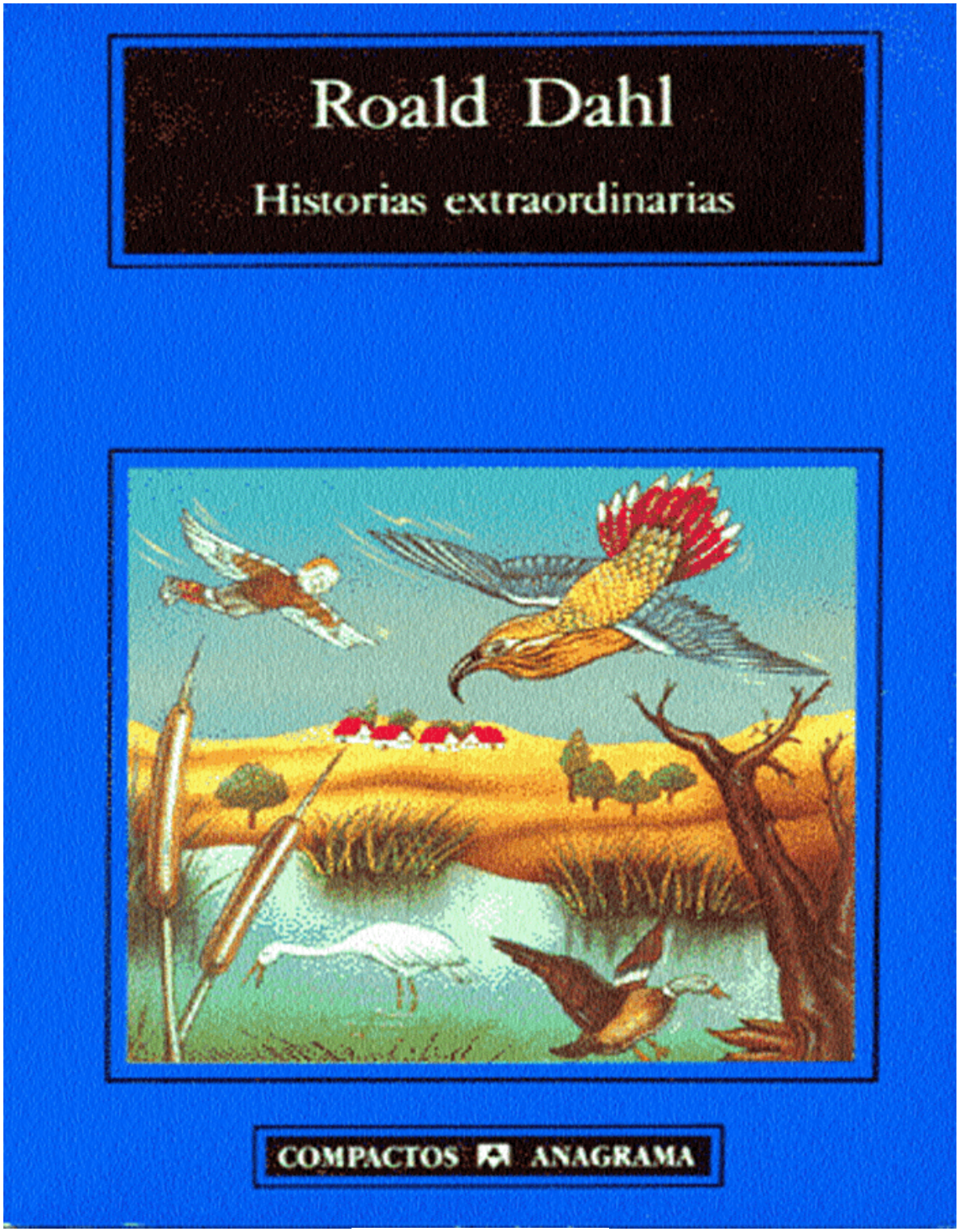
Historias extraordinarias
Roald Dahl



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

EL CHICO QUE HABLABA CON LOS ANIMALES

No hace mucho tiempo decidí pasar unas breves vacaciones en las Indias Occidentales. Los amigos me habían dicho que era un lugar maravilloso, que podría pasarme el día entero holgazaneando, tomando el sol en las playas de arenas plateadas y nadando en las aguas cálidas y verdes del mar.

Escogí Jamaica y volé directamente de Londres a Kingston. Tardé dos horas de coche en ir del aeropuerto de Kingston a mi hotel, situado en la costa norte. La isla estaba llena de montañas y éstas aparecían totalmente cubiertas de selvas oscuras y espesas. El jamaicano corpulento que conducía el taxi me dijo que en aquellas selvas vivían comunidades enteras de gentes diabólicas que seguían practicando el vudú, la brujería y otros ritos mágicos.

-No suba usted jamás a esas selvas de la montaña -me dijo, poniendo los ojos en blanco-. ¡Allí arriba suceden cosas que harían que el pelo se le volviese blanco en un minuto!

-¿Qué clase de cosas? -pregunté.

-Es mejor que no me lo pregunte -explicó-. No es prudente hablar de ello siquiera.

Y no quiso decirme nada más del asunto.

Mi hotel se alzaba al borde de una playa perlina y el paisaje era aún más bello de lo que me había imaginado. Pero en el instante en que crucé la gran puerta principal, empecé a sentirme inquieto. No había motivo alguno para ello. No vi nada extraño, pero la sensación era muy viva y no conseguí librarme de ella. Había algo sobrenatural y siniestro en el lugar. A pesar de la belleza y el lujo, un presagio de peligro flotaba en el aire como si fuera gas tóxico.

Y no tenía la seguridad de que se tratase solamente del hotel. Toda la isla, las montañas y las selvas, las rocas negras que jalonaban la costa y los árboles que parecían cascadas de flores escarlata, todas estas cosas y muchas otras hacían que me sintiese incómodo dentro de mi pellejo. Algo maligno se agazapaba debajo de la superficie de la isla. Lo presentía en mis huesos.

Mi habitación en el hotel tenía un pequeño balcón desde el cual podía bajar directamente a la playa. Crecían cocoteros por doquier y de vez en cuando un coco verde y enorme, del tamaño de un balón de fútbol, caía del cielo y producía un golpe sordo al chocar contra la arena. Se consideraba una estupidez tenderse debajo de un cocotero, ya que, si alguna de aquellas cosas te caía en la cabeza, podía destrozarte el cráneo.

La chica jamaicana que entró a arreglarme la habitación me dijo que un americano rico llamado Wasserman había encontrado la muerte precisamente de aquella manera hacía tan sólo dos meses.

-Lo dice en broma -le dije.

-¡Nada de broma! -exclamó la chica-. ¡No, señor! ¡Lo vi con mis propios ojos! ¡Sí, señor!

-¿Y no se organizó un escándalo a causa de lo ocurrido? -pregunté.

-Echaron tierra al asunto -contestó sombríamente-. La gente del hotel echó tierra y lo mismo hizo la gente de los periódicos, porque las cosas así son muy malas para el negocio turístico.

-¿Y dice usted que lo vio con sus propios ojos?

-Sí, señor -dijo-. Mister Wasserman estaba debajo de aquel árbol que hay allí en la playa. Entonces sacó su cámara y enfocó el crepúsculo. Esa noche el crepúsculo era rojo y muy bonito. De pronto un coco verde y grande se desprende y aterriza en su calva. ¡Bum! Y ése -añadió con cierto entusiasmo- fue el último crepúsculo que mister Wasserman vio en su vida.

-¿Quiere decir que murió en el acto?

-No sé si murió en el acto -dijo-. Recuerdo que lo siguiente que ocurrió es que la cámara se le cayó de las manos y fue a parar a la arena. Luego los brazos cayeron sobre sus costados y se le quedaron colgando allí. Entonces empezó a tambalearse. Se tambaleó varias veces hacia atrás y hacia adelante, muy suavemente, y yo estaba de pie mirándole y yo me dije: el pobre hombre está mareado y puede que vaya a desmayarse de un momento a otro. Entonces muy, muy despacio, se inclinó hacia adelante y se desplomó.

-¿Estaba muerto?

-Más muerto que mi abuela -dijo la chica.

-¡Cielo santo!

-Así es -dijo-. Nunca hay que colocarse debajo de un cocotero cuando hay brisa.

-Gracias -le dije-. No lo olvidaré.

Al atardecer de mi segundo día en el hotel me encontraba sentado en mi pequeño balcón con un libro sobre el regazo y un vaso de ponche en la mano. No estaba leyendo el libro, sino que contemplaba un pequeño lagarto verde que acechaba a otro pequeño lagarto verde en el suelo del balcón, a unos dos metros de mí. El primer lagarto se acercaba al otro por detrás, avanzando con gran lentitud y cautela, y cuando llegó cerca de él sacó su larga lengua y tocó la cola del otro. Este dio un salto y se volvió, quedando los dos cara a cara y sin moverse, pegados al suelo, agazapados, mirándose fijamente y muy tensos. De pronto iniciaron una extraña danza los dos. Saltaban al aire. Saltaban hacia atrás. Saltaban hacia adelante. Saltaban de lado. Daban vueltas el uno alrededor del otro, como dos boxeadores, sin dejar un solo momento de saltar, hacer cabriolas y danzar. El espectáculo resultaba muy raro y me dije que seguramente se trataba de algún ritual amoroso. Me quedé muy quieto, esperando ver lo que iba a pasar a continuación.

Pero nunca vi lo que pasó a continuación porque en aquel momento me di cuenta de que se producía una gran conmoción en la playa. Miré hacia allí y vi que un gran número de personas se arracimaba en torno a algo al borde del agua. Cerca de allí, varada en la arena, había una barca de pescador tipo canoa y lo único que se me ocurrió fue que el pescador acababa de llegar con un montón de peces y la gente los estaba mirando.

Una redada de peces es algo que siempre me ha fascinado. Dejé el libro y me levanté. Más gente bajaba de la veranda del hotel y se dirigía presurosamente a reunirse con la

multitud que se agolpaba al borde del agua. Los hombres llevaban esos horribles pantalones cortos que llamaban «bermudas» y que llegan hasta las rodillas y sus camisas resultaban biliosas de tanto rosa, naranja y otros colores discordantes como había en ellas. Las mujeres tenían mejor gusto y en su mayoría llevaban bonitos vestidos de algodón. Casi todo el mundo sostenía una copa en la mano.

Recogí mi propia copa y bajé del balcón a la playa. Di un pequeño rodeo para evitar el cocotero debajo del cual se suponía que mister Wasserman había hallado la muerte y crucé la hermosa arena plateada para reunirme con la multitud.

Pero no era una redada de peces lo que la gente estaba contemplando. Era una tortuga tumbada panza arriba sobre la arena. ¡Pero qué tortuga! Era gigantesca, un verdadero mamut. Nunca había creído posible que una tortuga pudiese ser tan enorme. ¿Cómo puedo describir su tamaño? Creo que, de no haber estado panza arriba, un hombre alto habría podido sentarse sobre su caparazón sin que sus pies tocaran el suelo. Tendría quizás un metro cincuenta de largo y un metro veinte de ancho, con un caparazón alto y abovedado de gran belleza.

El pescador que la capturara la había tumbado de panza arriba para que no pudiera escapar. Había también una gruesa soga atada alrededor del caparazón y un pescador orgulloso, delgado, negro y sin más vestimenta que un pequeño taparrabo se encontraba a poca distancia del animal, sujetando el extremo de la soga con ambas manos.

De panza arriba yacía aquella magnífica criatura, con sus cuatro gruesas patas agitándose frenéticamente en el aire y su cuello largo y arrugado sobresaliendo considerablemente del caparazón. En el extremo de las patas tenía unas garras grandes y afiladas.

-¡Apártense, por favor, damas y caballeros! -exclamó el pescador-. ¡Apártense! ¡Las garras son peligrosas! ¡Pueden arrancarles un brazo!

La multitud de huéspedes del hotel se mostraba excitada y a la vez encantada ante aquel espectáculo. Una docena de cámaras enfocaba el animal disparando sin cesar. Muchas mujeres soltaban gritos de placer y se aferraban al brazo de sus hombres, mientras que éstos demostraban su ausencia de temor y su masculinidad haciendo comentarios estúpidos en voz alta.

-Bonito par de gafas con montura de concha te harías con ese caparazón, ¿eh, Al?

-¡La muy condenada debe de pesar más de una tonelada!

-¿Pretendes decirme que realmente puede flotar?

-Claro que flota. Y es una estupenda nadadora, además. Capaz de tirar fácilmente de una barca.

-Es mordedora, ¿verdad?

-Esa no es de las que muerden. Las tortugas mordedoras no son tan grandes como ésa. Pero de una cosa puedes estar seguro: te arrancará la mano de un mordisco si te acercas demasiado.

-¿De veras haría eso? -preguntó una de las mujeres al pescador-. ¿Le arrancaría la mano a una persona?

-Ahora mismo -dijo el pescador, sonriendo con sus dientes blanquísimos-. No le hará ningún daño cuando esté en el océano, pero si la captura, la arrastra a la playa y la coloca panza arriba, ¡entonces hay que andarse con cuidado! ¡Morderá cualquier cosa que se ponga a su alcance!

-Supongo que a mí también me entraran ganas de dar mordiscos -dijo la mujer- si me encontrase en esta situación.

Un idiota acababa de encontrar un tablón que el agua había arrojado a la playa y se acercaba con él a la tortuga. Era un tablón bastante grande, de alrededor de un metro cincuenta de largo y quizá dos centímetros y medio de grueso. Con la punta del mismo empezó a tascar la cabeza de la tortuga.

-Yo no haría eso -dijo el pescador-. Sólo conseguirá enfurecerla más.

Cuando el extremo del tablón tocó el cuello de la tortuga, ésta volvió rápidamente su cabezota, abrió la boca y, ¡zas!, cogió el tablón y lo atravesó con sus dientes como si fuera un pedazo de queso.

-¡Atiza! -gritaron los espectadores-. ¿Habéis visto? ¡Me alegro de que no fuera mi brazo!

-Déjenla en paz -dijo el pescador-. No es conveniente excitarla.

Un hombre barrigudo, de muslos gruesos y piernas muy cortas se acercó al pescador y dijo:

-Escuche, buen hombre. Quiero ese caparazón. Se lo compro -y dirigiéndose a su regordeta esposa, añadió-: ¿Sabes qué voy a hacer, Mildred? Me llevaré ese caparazón a casa y haré que un experto le saque brillo. ¡Luego lo instalaré en el centro mismo de nuestra salita de estar! ¿Verdad que quedará bonito?

-Fantástico -dijo la esposa regordeta-. Adelante, cómpralo, querido.

-No te preocupes -dijo él-. Ya es mío -y volviéndose al pescador, dijo-: ¿Cuánto pide por el caparazón?

-Ya la he vendido -dijo el pescador-. La he vendido con caparazón y todo.

-No tan aprisa, buen hombre -dijo el hombre barrigudo-. Yo le pagaré más. Vamos. ¿Cuánto le han ofrecido?

-No hay nada que hacer -contestó el pescador-. Ya la he vendido.

-¿A quién? -preguntó el hombre barrigudo.

-Al director.

-¿Qué director?

-El director del hotel.

-¿Lo han oído? -gritó otro hombre-. ¡La ha vendido al director de nuestro hotel! ¿Y saben qué significa eso? ¡Significa sopa de tortuga! ¡Eso es lo que significa!

-¡Tiene mucha razón! ¡Y bistec de tortuga! ¿Alguna vez has comido filete de tortuga, Bill?

-Nunca, Jack. Pero ardo en deseos de probarlo.

-Un filete de tortuga es mejor que uno de buey si lo cocinas como es debido. Es más tierno y tiene mucho más sabor.

-Oiga -dijo el hombre barrigudo, dirigiéndose al pescador-. No trato de comprar la carne. El director puede quedársela. Puede quedarse con todo lo que haya dentro incluyendo los dientes y las uñas. Lo único que quiero es el caparazón.

-Y si te conozco bien, querido -dijo su esposa, sonriéndole de oreja a oreja-, tuyo será el caparazón.

Permanecí allí de pie, escuchando la conversación de aquellos seres humanos. Hablaban de la destrucción, el consumo y el sabor de una criatura que, incluso estando panza arriba, parecía extraordinariamente digna. Una cosa era segura. Era de mayor edad que ellos. Probablemente se había pasado ciento cincuenta años surcando las verdes aguas de las Indias Occidentales. En ellas estaba ya cuando George Washington era presidente de los Estados Unidos y Napoleón recibía una buena paliza en Waterloo. Por aquel entonces debía de ser una tortuga pequeña, pero no había la menor duda de que ya estaba allí.

Y ahora estaba aquí, tumbada de espaldas sobre la arena, esperando el momento de ser sacrificada y convertida en sopa y filetes. Era evidente que la alarmaban el ruido y los gritos que se oían a su alrededor. Alargaba el cuello viejo y arrugado y su cabezota se volvía a un lado y a otro como si buscase a alguien capaz de explicarle el motivo de tantos malos tratos.

-¿Cómo la llevará hasta el hotel? -preguntó el hombre barrigudo.

-Arrastrándola por la playa con la soga -repuso el pescador-. El personal del hotel vendrá pronto a llevársela. Harán falta diez hombres y que todos tiren a la vez.

-¡Escuchen! -exclamó un joven musculoso-. ¿Por qué no la arrastramos nosotros? -el joven musculoso llevaba unos «bermudas» color magenta y verde guisante e iba sin camisa. Su pecho era excepcionalmente peludo y saltaba a la vista que la ausencia de camisa era un detalle premeditado-. ¿Qué les parece si trabajamos un poco para ganarnos la cena? -dijo, moviendo los músculos-. ¡Vamos, amigos! ¿Quién quiere hacer un poco de ejercicio?

-¡Magnífica idea! -gritaron los demás-. ¡Un plan espléndido!

Los hombres entregaron sus copas a las mujeres y corrieron a coger la soga. Se colocaron al lado de ella como si se dispusieran a practicar el juego de la cuerda, y el joven del pecho peludo se nombró a sí mismo capitán del equipo.

-¡Vamos, muchachos! -gritó-. Cuando diga «¡ahora!» todos a tirar a la vez, ¿entendido?

Aquello no pareció hacerle mucha gracia al pescador.

-Es mejor que ese trabajo lo dejen para los del hotel -dijo.

-¡Tonterías! -gritó el del pecho peludo-. ¡Ahora, muchachos, ahora!

Tiraron todos. La gigantesca tortuga se tambaleó sobre su espalda y estuvo a punto de volcar.

-¡Que no vuelque! -chilló el pescador-. ¡Harán que vuelque si tiran así! Y si vuelve a quedar patas abajo, pueden estar seguros de que se escapará.

-Cálmese, buen hombre -dijo el del pecho peludo con aire de protección-. ¿Cómo quiere que se escape? La tenemos atada con una soga, ¿no es así?

-Si le dan la oportunidad, ¡los arrastrará a todos! -exclamó el pescador-. ¡Los arrastrará hasta el océano! ¡A todos!

-¡Ahora! -gritó el del pecho peludo, haciendo caso omiso del pescador-. ¡Ahora, muchachos, ahora!

Y la gigantesca tortuga empezó a deslizarse muy lentamente playa arriba, hacia el hotel, hacia la cocina, hacia el lugar donde se guardaban los cuchillos grandes. Las mujeres y los hombres más viejos, más gordos y menos atléticos siguieron a la comitiva jaleando a los que tiraban de la soga.

-¡Ahora! -gritó el peludo capitán del equipo-. ¡Ánimo, muchachos! ¡Más fuerte todavía!

De repente oí gritos. Todo el mundo los oyó. Eran unos gritos tan agudos, tan estridentes y tan apremiantes que se impusieron a los demás ruidos.

-¡No-o-o-o-o! -decían los gritos-. ¡No! ¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

La multitud se quedó helada. Los hombres que tiraban de la soga dejaron de tirar y los mirones dejaron de gritar mientras todos los presentes se volvían hacia el lugar de donde venían los gritos.

Medio caminando, medio corriendo, bajaban por la playa, procedentes del hotel, tres personas: un hombre, una mujer y un chico. Medio corrían porque el chico tiraba del hombre. El hombre tenía al chico cogido por la muñeca y trataba de hacerle aflojar el paso, pero el pequeño seguía tirando. Al mismo tiempo daba botes, se retorcía y trataba de librarse de la mano del padre. Era el chico quien gritaba.

-¡No! -gritó-. ¡No lo hagan! ¡Déjenla ir! ¡Déjenla ir, por favor!

La mujer, que era la madre del muchacho, trataba de sujetarle por el otro brazo y de esta manera ayudar al padre, pero el chico pegaba tantos botes que no lo consiguió,

-¡Suéltenla! -gritó el pequeño-. ¡Lo que hacen es horrible! ¡Déjenla, por favor!

-¡Basta ya, David! -dijo la madre, tratando aún de cogerle el otro brazo-. ¡No seas tan infantil! Te estás poniendo en ridículo.

-¡Papá! -gritó el chico-. ¡Papá! ¡Diles que la suelten!

-No puedo, David -contestó el padre-. No es asunto nuestro.

Los que arrastraban a la tortuga permanecieron inmóviles, aunque sin soltar la soga en cuyo extremo se hallaba atado el gigantesco animal. Todo el mundo estaba callado y sorprendido, mirando fijamente al chico. Parecían todos algo turbados. Todos presentaban la expresión ligeramente avergonzada de la gente a la que han pillado haciendo algo que no es del todo honorable.

-Vamos, David -dijo el padre, tirando del niño-. Volvamos al hotel y dejemos a esta gente en paz.

-¡No quiero volver! -gritó el chico-. ¡No quiero! ¡Quiero que la suelten!

-¡Vamos, David! -dijo la madre.

-Largo de aquí, mocoso -dijo el del pecho peludo.

- ¡Es usted horrible y cruel! -gritó el muchacho-. ¡Todos ustedes son horribles y crueles! -pronunció las palabras muy claramente, lanzándolas contra los cuarenta o cincuenta adultos que se encontraban en la playa, y nadie, ni siquiera el joven del pecho peludo, le contestó esta vez-. ¿Por qué no la devuelven al mar? -gritó el chico-. ¡Ella no les ha hecho nada! ¡Suéltenla!

El padre se sentía azorado ante el comportamiento de su hijo, pero en modo alguno avergonzado.

-Está loco por los animales -explicó, dirigiéndose a la multitud-. En casa tiene animales de todas las especies que existen bajo el sol. Habla con ellos.

-Los quiere mucho -dijo la madre.

Varias personas empezaron a moverse nerviosamente. Aquí y allá se advertía cierto cambio de actitud entre los espectadores, una sensación de incomodidad, incluso un leve

toque de vergüenza. El chico, que no tendría más de ocho o nueve años, ya había dejado de forcejear con su padre. Este seguía sujetándole la muñeca, pero sin demasiada fuerza.

-;Vamos! -gritó el pequeño-. ¡Déjenla ir! ¡Desátenle la soga y dejen que se vaya!

Se encaró a la multitud, pequeño y erguido, con los ojos brillándole como dos estrellas y el pelo agitado por el viento. Estaba magnífico.

-No hay nada que podamos hacer, David -dijo el padre con tono bondadoso-. Volvamos al hotel.

-¡No! -exclamó el niño.

Y en aquel momento dio un tirón repentino y se soltó al mismo tiempo que echaba a correr por la arena hacia la gigantesca tortuga tumbada panza arriba.

-¡David! -chilló el padre, echando a correr tras él-. ¡Detente! ¡Vuelve aquí!

El muchacho atravesó la multitud como un jugador de rugby corriendo con la pelota y la única persona que se adelantó para interceptarle fue el pescador.

-¡No te acerques a esa tortuga, muchacho! -gritó mientras trataba de echársele encima para detenerle. Pero el chico le esquivó y siguió corriendo-. ¡Te despedazará a mordiscos! -chilló el pescador-. ¡Detente, muchacho, detente!

Pero ya era demasiado tarde para detenerle y, al llegar corriendo hasta la tortuga, el animal le vio y su enorme cabezota se volvió para mirarle de frente.

La voz de la madre del chico, el gemido aterrado y atormentado de la madre, se alzó en el cielo crepuscular.

-¡David! ¡Oh, David!

Y segundos después el muchacho se postraba de rodillas en la arena, rodeaba con sus brazos el cuello viejo y arrugado del animal y apretaba a éste contra su pecho. La mejilla del chico se apretaba contra la cabezota de la tortuga mientras sus labios se movían, susurrando palabras dulces que nadie más podía oír. La tortuga se quedó absolutamente quieta. Incluso sus gigantescas patas dejaron de azotar el aire.

Un gran suspiro, un largo suspiro de alivio, surgió de la multitud. Muchas personas dieron uno o dos pasos hacia atrás, como si tratasen de alejarse un poco más de algo que escapaba a su comprensión. Pero el padre y la madre se adelantaron juntos y se detuvieron a unos tres metros del hijo.

-¡Papá! -exclamó el chico, sin dejar de acariciar la cabeza parda-. ¡Haz algo, por favor, papá! ¡Haz que la suelten, por favor!

-¿Puedo ayudarles en algo? -dijo un hombre vestido con un traje blanco que acababa de bajar del hotel. El hombre, como sabía todo el mundo, era mister Edwards, el director. Era un inglés alto y narigudo de cara larga y sonrosada-. ¡Qué cosa más extraordinaria! -dijo, mirando al chico y a la tortuga-. Tiene suerte de que no le haya arrancado la cabeza de una dentellada -y dirigiéndose al chico, añadió-: Será mejor que te apartes de ella, muchacho. Ese bicho es peligroso.

-¡Quiero que la suelten! -exclamó el pequeño, que seguía acunando la cabezota del animal entre sus brazos-. ¡Dígales que la suelten!

-Se dará usted cuenta de que el animal podría matarle en cualquier instante -dijo el director al padre del chico.

-Déjele en paz -contestó el padre.

-Ni pensarlo -dijo el director-. Haga el favor de apartarle de ahí. Pero dése prisa. Y

tenga cuidado.

-No -dijo el padre.

-¿Cómo que no? -dijo el director-. ¡Estas cosas son letales! ¿Es que no lo comprende?

-Sí -dijo el padre,

-Entonces, por el amor de Dios, hombre, ¡sáquelo de ahí! -exclamó el director-. Si no lo hace, se producirá un accidente muy desagradable.

-¿De quién es? -preguntó el padre-. ¿Quién es el propietario de la tortuga?

-Nosotros -repuso el director-. El hotel la ha comprado.

-En tal caso, hágame un favor -dijo el padre-. Permítame que se la compre.

El director miró al padre, pero no dijo nada.

-No conoce usted a mi hijo -explicó el padre, hablando con voz tranquila-. Se volverá loco si se llevan la tortuga al hotel y la matan. Se pondrá histérico.

-Limítese a apartarle de su lado -dijo el director-. Y dése prisa.

-Ama a los animales -insistió el padre-. Los ama de veras. Se comunica con ellos.

La multitud guardaba silencio, tratando de oír lo que decían los dos hombres. Nadie se alejó de allí. Parecían hipnotizados.

-Si la soltamos -dijo el director-, sólo servirá para que vuelvan a capturarla.

-Quizás sea así -dijo el padre-. Pero esos bichos saben nadar.

-Ya sé que saben nadar -contestó el director-. Pero la capturarán de todos modos. Se trata de un ejemplar valioso. Métaselo en la cabeza. El caparazón solo ya vale un montón de dinero.

-El coste no me importa -dijo el padre-. No se preocupe por eso. Quiero comprarla.

El niño seguía arrodillado en la arena al lado de la tortuga, acariciándole la cabeza.

El director se sacó un pañuelo del bolsillo del pecho y empezó a secarse los dedos. No tenía ganas de soltar a la tortuga. Probablemente ya tenía pensado el menú de la cena. Por otro lado, no quería que se produjese otro accidente horrible en su playa privada aquella temporada. Se dijo que mister Wasserman y su coco ya eran suficientes por un año.

-Lo consideraría un gran favor personal, mister Edwards -dijo el padre-, si me permitiera comprarla. Y le prometo que no lo lamentará. Ya me aseguraré de que así sea.

El director levantó ligeramente las cejas. Había captado la insinuación. Le estaban ofreciendo un soborno. Eso era distinto. Durante unos segundos siguió secándose las manos con el pañuelo. Luego se encogió de hombros y dijo:

-Bueno, supongo que si su chico va a sentirse mejor...

-Gracias -dijo el padre.

-¡Muchas gracias! -exclamó la madre-. ¡Muchísimas gracias!

-Willy -dijo mister Edwards, haciendo una seña al pescador.

Willy se adelantó. Se le veía totalmente perplejo.

-Nunca he visto nada parecido en toda mi vida -dijo-. ¡Esta tortuga vieja era la más feroz de cuantas he capturado! ¡Luchó como un diablo cuando la izamos a bordo! ¡Los

seis nos las vimos y deseamos para desembarcarla! ¡Ese chico está loco!

-Sí, ya lo sé -dijo el director-. Pero ahora quiero que la sueltes.

-¡Soltarla! -exclamó el pescador, horrorizado-. ¡No debe soltarla, mister Edwards! ¡Ha batido el récord! ¡Es la tortuga más grande que jamás se haya capturado en esta isla! ¡Con mucho la más grande! ¿Y qué me dice de nuestro dinero?

-Recibiréis vuestro dinero.

-Tengo que pagar a los otros cinco también -dijo el pescador, señalando a los cinco hombres semidesnudos y de piel negra que esperaban en la orilla, junto a una segunda barca-. Los seis estamos en el negocio, a partes iguales -prosiguió el pescador-. No puedo soltarla hasta que recibamos el dinero.

-Te garantizo que lo recibiréis -dijo el director-. ¿No te basta con que te lo garantice?

-Yo avalaré la garantía -dijo el padre del chico, dando un paso hacia adelante- Y habrá una propina para los seis pescadores, siempre y cuando la suelten en seguida. Quiero decir inmediatamente, en este mismo instante.

El pescador miró al padre, luego miró al director.

-De acuerdo -dijo-. Si eso es lo que quiere.

-Hay una condición -dijo el padre-. Antes de recibir su dinero, tiene que prometer que no saldrá a la mar inmediatamente para volver a capturarla. Al menos no esta noche. ¿Entendido?

-Desde luego -dijo el pescador-. Trato hecho.

Giró en redondo y echó a correr playa abajo, llamando a los otros cinco pescadores. Les gritó algo que no pudimos oír y al cabo de uno o dos minutos los seis volvieron juntos. Cinco de ellos llevaban unos palos de madera largos y gruesos.

El chico seguía arrodillado junto al animal.

-David -le dijo el padre con voz dulce-. Ya está todo arreglado, David. Van a soltarla.

El pequeño miró a su alrededor, pero no separó los brazos del cuello de la tortuga ni se levantó.

-¿Cuándo? -preguntó.

-Ahora -dijo el padre-. Ahora mismo. De modo que será mejor que te apartes.

-¿Lo prometes? -dijo el chico.

-Sí, David, te lo prometo.

El niño apartó los brazos, se levantó y retrocedió varios pasos.

-¡Que retrocedan todos! -gritó el pescador llamado Willy-. ¡Por favor, échense atrás!

La multitud retrocedió unos cuantos metros. Los hombres que habían arrastrado la tortuga soltaron la soga y retrocedieron con el resto de la gente.

Willy se puso a gatas y con mucha cautela se acercó a la tortuga. Después empezó a deshacer el nudo de la soga, procurando mantenerse fuera del alcance de las enormes patas del animal.

Una vez deshecho el nudo, Willy retrocedió a gatas. Entonces los otros cinco pescadores se adelantaron con sus palos, que medían algo más de dos metros y eran inmensamente gruesos. Metieron los palos debajo del caparazón de la tortuga y se pusieron a balancearla de un lado a otro. El caparazón formaba una cúpula muy alta que

se prestaba a que la balancearan.

-¡Arriba y abajo! -cantaban los pescadores mientras balanceaban al animal-. ¡Arriba y abajo! ¡Arriba y abajo! ¡Arriba y abajo!

La vieja tortuga se enfadó muchísimo. ¿Y quién podría culparla por ello? Las enormes patas se agitaban frenéticamente en el aire y la cabeza no cesaba de entrar y salir del caparazón.

-¡Démosle la vuelta! -cantaban los pescadores-. ¡Démosle la vuelta! ¡Otro empujón y ya está!

La tortuga se inclinó sobre un costado y luego cayó de cuatro patas sobre la arena.

Pero no se puso a andar inmediatamente. Asomó su cabezota parda y miró cautelosamente a su alrededor.

-¡Vete, tortuga, vete! -exclamó el chico-. ¡Vuelve al mar!

Los dos ojos negros de la tortuga se alzaron hacia el chico. Los ojos eran brillantes y animados, llenos de la sabiduría que da la vejez. El chico le devolvió la mirada a la tortuga y esta vez le habló con voz suave e íntima.

-Adiós, viejo -dijo-. Esta vez vete muy lejos de aquí.

Los ojos negros siguieron posados en el chico unos cuantos segundos más. Nadie se movió. Luego, con gran dignidad, la inmensa bestia se volvió y comenzó a andar torpemente hacia el borde del océano. No se dio ninguna prisa. Avanzaba calmosamente por la arena de la playa y su enorme caparazón se balanceaba ligeramente.

La multitud miraba en silencio.

El animal entró en el agua.

Siguió avanzando.

Pronto empezó a nadar. Ahora se encontraba en su elemento. Nadaba con mucha gracia y rapidez, con la cabeza bien alta. El mar estaba calmado y la tortuga producía pequeñas olas que se extendían en abanico a ambos lados de ella, como las que hace una embarcación. Pasaron varios minutos antes de que la perdiéramos de vista, y para entonces ya estaba a medio camino del horizonte.

Los huéspedes iniciaron el regreso al hotel. Se les veía curiosamente callados. Ya no se oían bromas, risas ni burlas. Algo había sucedido. Algo extraño había cruzado aleteando la playa.

Volví a mi pequeño balcón y me senté a fumar un cigarrillo. Me sentía inquieto y tenía la impresión de que el asunto aún no había terminado.

A las ocho del día siguiente la muchacha jamaicana, la que me había contado lo de mister Wasserman y el coco, me trajo un vaso de zumo de naranja a la habitación.

-¡La que se ha armado en el hotel esta mañana! -dijo mientras dejaba el vaso sobre la mesita y corría las cortinas-. Todo el mundo vuela de un lado a otro. Parecen locos.

-¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

-El muchachito de la número doce... ha desaparecido. Desapareció durante la noche.

-¿Se refiere al chico de la tortuga?

-Ese mismo -dijo-. Sus padres han puesto el grito en el cielo y el director se está volviendo loco.

-¿Cuándo notaron su desaparición?

-Hará unas dos horas su padre encontró la cama vacía. Aunque el chico puede haberse marchado en cualquier momento de la noche.

-Sí -dije-. Es posible.

-Le están buscando por todas partes -continuó la chica-. Y acaba de llegar un coche de la policía.

-Puede que se levantase temprano y fuera a escalar las rocas -insinué.

Sus ojos grandes, negros y obsesionados se posaron un momento en mi rostro, luego se desviaron hacia otro sitio.

-No lo creo -dijo y salió.

Me vestí a toda prisa y bajé corriendo a la playa. Dos policías nativos con uniforme caqui se encontraban allí con mister Edwards, el director. Era mister Edwards quien llevaba la voz cantante. Los dos policías le escuchaban pacientemente. A lo lejos, en ambos extremos de la playa, pude ver pequeños grupos de gente, sirvientes del hotel además de huéspedes, que se extendían en abanico y se encaminaban hacia las rocas. Hacía una hermosa mañana. El cielo era azul como el humo, con un leve toque amarillo. El sol estaba en lo alto y dibujaba diamantes sobre toda la superficie del mar tranquilo. Y mister Edwards hablaba en voz alta con los dos policías nativos y agitaba los brazos.

Yo quería ayudar. ¿Qué debía hacer? ¿Hacia dónde debía dirigirme? No hubiese servido de nada limitarme a seguir a los demás. De modo que continué caminando hacia mister Edwards. Fue más o menos entonces cuando divisé la barca de pesca. La larga canoa de madera con un solo mástil y una vela marrón agitada por la brisa se encontraba aún bastante lejos de la playa, pero hacia ella se dirigía. Los dos nativos que iban a bordo, uno en cada extremo, remaban con fuerza. Remaban con gran energía. Los remos se alzaban y caían con tan tremenda velocidad que hubiérase dicho que se trataba de una regata. Me detuve para contemplarlos. ¿Por qué tendrían tanta prisa por alcanzar la playa? Era obvio que tenían algo que contar. Mantuve los ojos sobre la canoa. A mi izquierda pude oír que mister Edwards les decía a los dos policías:

-Es perfectamente ridículo. No puedo tolerar que la gente desaparezca por las buenas del hotel. Será mejor que se den prisa en encontrarle, ¿entendido? Una de dos: o ha salido a dar una vuelta y se ha perdido o le han secuestrado. En uno u otro caso, es responsabilidad de la policía...

La barca de pesca pasó rozando el mar y aterrizó sobre la arena al borde del agua. Los dos nativos dejaron caer los remos y saltaron a tierra. Luego echaron a correr playa arriba. Reconocí al que iba delante: era Willy. Cuando divisó al director y a los dos policías, se dirigió rápidamente hacia ellos.

-¡Eh, mister Edwards! -gritó Willy-. ¡Acabamos de ver una cosa rarísima!

El director se puso rígido y volvió la cabeza. Los dos policías permanecieron impasibles. Estaban acostumbrados a las personas excitables. Se las encontraban cada día.

Willy se detuvo enfrente del grupo, con el pecho subiéndole y bajándole y la respiración entrecortada. El otro pescador le seguía de cerca. Ambos iban desnudos salvo por un diminuto taparrabo, y su piel negra relucía a causa del sudor.

-Hemos remado a toda velocidad durante un largo trecho -dijo Willy, excusándose por tener la respiración entrecortada-. Creímos que debíamos regresar lo más aprisa posible y dar parte.

-¿Dar parte de qué? -preguntó el director-. ¿Qué habéis visto?

-¡Algo raro! ¡Rarísimo!

-Desembucha de una vez, Willy. ¡Por el amor de Dios!

-No me creerá -dijo Willy-. Nadie nos creerá. ¿No es así, Tom?

-Así es -dijo el otro pescador, moviendo la cabeza vigorosamente-. Si Willy no hubiese estado conmigo para confirmarlo, ¡ni yo mismo me lo hubiese creído!

-¿Qué es lo que no te hubieses creído? -preguntó mister Edwards-. Vamos, decidnos qué habéis visto.

-Salimos a primera hora -dijo Willy-, sobre las cuatro de la madrugada y estaríamos a unas dos millas mar adentro cuando hubo luz suficiente para distinguir las cosas con claridad. De repente, al emerger el sol, vemos ante nosotros, a no más de cincuenta metros, vemos algo que no podíamos creer ni siquiera con nuestros ojos...

-¿Qué? -dijo secamente mister Edwards-. ¡Sigue, por lo que más quieras!

-Vemos aquella tortuga monstruosa nadando en el mar, la misma que ayer arrastramos a la playa, y vemos al chico sentado en lo alto del caparazón de la tortuga ¡cabalgando por el mar como si fuera a caballo!

-¡Tienen que creernos! -exclamó el otro pescador-. ¡Yo también lo vi! ¡Tienen que creernos!

Mister Edwards miró a los dos policías. Los dos policías miraron a los pescadores.

-No nos estaréis tomando el pelo, ¿eh? -dijo uno de los policías.

-¡Lo juro! -exclamó Willy-. ¡Es la pura verdad! ¡El muchachito cabalgaba a lomos de la vieja tortuga y sus pies ni siquiera tocaban el agua! ¡Estaba seco como un hueco y sentada tan cómodamente como podía estar! Así que fuimos tras él. Desde luego que fuimos tras él. Al principio tratamos de acercarnos a ellos silenciosamente, como hacemos siempre que perseguimos una tortuga, pero el chico nos vio. En aquel momento ya no estábamos muy lejos de ellos, ¿entienden? No más lejos que de aquí a la orilla. Y cuando nos vio, el chico se inclinó hacia adelante como si le dijera algo a la vieja tortuga y el animal levantó la cabeza y se puso a nadar como si la persiguiera el diablo. ¡Cómo corría la tortuga! Tom y yo podemos remar muy aprisa cuando queremos, ¡pero no teníamos ninguna probabilidad de alcanzar a aquel monstruo! ¡Ninguna! ¡Por lo menos corría el doble que nosotros! ¿Qué opinas tú, Tom?

-Diría que por lo menos corría tres veces más -contestó Tom-. Y les diré por qué. Al cabo de diez o quince minutos nos llevaban una milla de ventaja.

-¿Por qué diablo no llamasteis al pequeño? -preguntó el director-. ¿Por qué no le hablasteis antes, cuando estabais más cerca?

-¡Pero si no paramos de llamarle! -exclamó Willy-. En cuanto el chico nos vio y dejamos de acércanos sigilosamente a él, entonces nos pusimos a chillar. Chillamos y le llamamos de todo para conseguir que subiese a bordo. «¡Eh, chico!», le grité. «¡Vuelve con nosotros! ¡Te llevaremos a casa! ¡Eso que haces no está nada bien, chico! ¡Salta de ahí y nada mientras puedas y nosotros te recogeremos! ¡Vamos, muchacho, salta! Tu mamá te estará esperando en casa, pequeño, así que, ¿por qué no vienes con nosotros?» Y otra vez le grité: «¡Escúchame, chico! ¡Vamos a prometerte algo! ¡Te prometemos no capturar esa tortuga si te vienes con nosotros!»

-¿El os contestó? -preguntó el director.

-¡Ni siquiera se volvió para mirarnos! -dijo Willy-. ¡Siguió sentado allí arriba, balanceando el cuerpo hacia adelante y hacia atrás como si azuzase a la vieja tortuga para que corriera más! ¡Perderá usted a ese muchachito, mister Edwards, a menos que alguien vaya a buscarlo en seguida y se lo traiga para acá!

El rostro sonrosado del director se había vuelto blanco como el papel.

-¿En qué dirección iban? -preguntó secamente.

-Hacia el norte -contestó Willy-. Casi directamente hacia el norte.

-¡Muy bien! -exclamó el director-. ¡Cogeremos la lancha rápida! Quiero que vengas con nosotros, Willy. Y tú también, Tom.

El director, los dos policías y los dos pescadores echaron a correr hacia la lancha que se utilizaba para el esquí náutico, que se encontraba varada en la arena. La empujaron hacia el mar, e incluso el director les echó un mano, metiéndose en el mar hasta que el agua llegó hasta las rodillas de sus pantalones blancos y bien planchados. Luego subieron todos a bordo.

Vi cómo se alejaban velozmente.

Dos horas después les vi regresar. No habían visto nada.

Durante todo el día lanchas rápidas y yates de los demás hoteles de la costa barrieron el océano. Por la tarde el padre del chico alquiló un helicóptero. El mismo subió al aparato, que estuvo en el aire durante tres horas. No encontraron ni rastro de la tortuga y del chico.

La búsqueda se prolongó durante toda la semana, pero sin resultado alguno.

Y ahora ha transcurrido casi un año desde aquel día. Durante este tiempo sólo se ha recibido una noticia significativa. Un grupo de norteamericanos zarpó de Nassau, en las Bahamas, para pescar en alta mar, a la altura de una isla llamada Eleuthera. En aquella zona hay literalmente millares de arrecifes de coral e islotes deshabitados, y en uno de éstos el capitán del yate divisó a través de sus prismáticos la figura de una persona de baja estatura. En el islote había una playa de arena y la persona estaba paseando por ella. Los prismáticos circularon de mano en mano y todos los que miraron a través de ellos coincidieron en afirmar que se trataba de algún niño. Huelga decir que se armó un gran alboroto a bordo del yate y que rápidamente recogieron los sedales. El capitán puso proa hacia el islote. Cuando se encontraban a media milla pudieron ver claramente, gracias a los prismáticos, que la figura que se paseaba por la playa era un chico y que éste, pese a estar tostado por el sol, era de raza blanca y no un nativo. En aquel momento los que iban en el yate divisaron también algo que parecía una tortuga gigantesca y que se encontraba en la arena, cerca del muchacho. Lo que ocurrió a continuación sucedió muy rápidamente. El pequeño, que probablemente había visto el yate que se acercaba, saltó sobre la tortuga y el inmenso animal, tras meterse en el agua, empezó a nadar velozmente, dio la vuelta al islote, y se perdió de vista. El yate estuvo buscándoles durante un par de horas, pero no volvieron a ver ni al chico ni a la tortuga.

No hay razón para no creer en esta noticia. Había cinco personas a bordo del yate. Cuatro de ellas eran americanas y el capitán era de Nassau. Todas ellas vieron sucesivamente al muchacho a través de los prismáticos.

Para llegar por mar a la isla de Eleuthera desde Jamaica, primero hay que navegar doscientas cincuenta millas en dirección nordeste y cruzar el Paso de los Vientos entre Cuba y Haití. Luego hay que navegar otras trescientas millas como mínimo en dirección noroeste. Esto significa una distancia total de quinientas cincuenta millas, lo cual

representa una travesía muy larga para un niño pequeño montado a lomos de una tortuga gigante.

¿Quién sabe cómo interpretar todo esto?

Puede que algún día el chico regrese, aunque personalmente dudo que lo haga. Tengo la impresión de que se siente muy feliz allí donde se encuentra.

EL AUTOSTOPISTA

Tenía un coche nuevo. Era un juguete excitante, un enorme «B.M.W. 3.3. Li», lo cual significa 3.3 litros, larga distancia entre los ejes, inyección del combustible. Tenía una velocidad punta de doscientos kilómetros por hora y una aceleración tremenda. La carrocería era de color azul pálido. Los asientos eran de un azul más oscuro y estaban hechos de cuero, cuero auténtico, suave, de la mejor calidad. Las ventanillas funcionaban por medio de electricidad, igual que el tejadillo. La antena subía cuando conectaba la radio y bajaba de nuevo cuando la desconectaba. El potente motor gruñía de impaciencia cuando circulaba a poca velocidad, pero cuando sobrepasaba los noventa kilómetros por hora cesaban los gruñidos y el motor ronroneaba de placer.

Un hermoso día de junio cogí el coche y me fui a Londres yo sólito. En los campos estaban en plena recolección del heno y había ranúnculos a ambos lados de la carretera. Conducía tranquilamente a ciento diez por hora, cómodamente instalado en el asiento, sin más que un par de dedos apoyados en el volante para mantener la dirección. Ante mí vi a un hombre que hacía autostop. Apreté el freno de pie y detuve el coche a su lado. Siempre me detenía cuando veía algún autostopista. Sabía por experiencia cómo se sentía uno cuando se encontraba junto a una carretera rural viendo cómo los coches pasaban sin detenerse. Odiaba a los automovilistas por fingir que no me veían, especialmente los de los automóviles grandes con tres asientos desocupados. Los coches grandes y caros raramente se paraban. Siempre eran los más pequeños los que se brindaban a llevarte; o los viejos y herrumbrosos; o los que ya iban llenos de críos hasta los topes y cuyo conductor decía «Me parece que, apretándonos un poco, aún cabe otro más».

El autostopista metió la cabeza por la ventanilla y preguntó'

-¿Va usted a Londres, jefe?

-Sí -contesté-. Suba.

Subió y proseguí mi viaje.

Era un hombre bajito con cara ratonil y dientes grises. Sus ojos eran negros, vivos e inteligentes, como los ojos de una rata, y tenía las orejas ligeramente puntiagudas por su parte superior. Se cubría la cabeza con una gorra de paño y llevaba una chaqueta grisácea de bolsillos enormes. La chaqueta gris, junto con los ojos vivos y las orejas puntiagudas, le hacía parecerse más que a nada a una especie de enorme rata humana.

-¿A qué parte de Londres se dirige? -le pregunté.

-Pienso atravesar Londres de parte a parte y salir por el otro lado -dijo-. Voy a Epsom, a las carreras. Hoy es el día del Derby.

-En efecto -dije-. Ojalá fuera yo con usted. Me gusta mucho apostar a los caballos.

-Yo nunca apuesto a los caballos -dijo-. Ni siquiera los miro cuando corren. Me parece una cosa estúpida.

-¿Entonces por qué va? -pregunté.

Al parecer, la pregunta no le gustó. Su cara pequeña y ratonil se mostró absolutamente inexpresiva y clavó los ojos en la carretera, sin decir una palabra.

-Supongo que trabajará usted como encargado de las máquinas de apostar o algo parecido -dije.

-Eso es aún más estúpido -contestó-. No resulta divertido encargarse de las cochinas máquinas y vender boletos a los bobos. Eso puede hacerlo cualquier imbécil.

Se produjo un largo silencio. Decidí no hacerle más preguntas. Recordé que en mis días de autostopista me irritaba mucho que los automovilistas me hicieran preguntas y más preguntas. ¿Adónde va? ¿Por qué va allí? ¿A qué se dedica? ¿Está casado? ¿Tiene novia? Cómo se llama su novia ¿Qué edad tiene usted? Y así sucesivamente. Lo detestaba.

-Le pido perdón -dije-. Lo que usted haga o deje de hacer no es asunto mío. Lo malo es que soy escritor y la mayoría de los escritores somos muy fisgones...

-¿Escribe usted libros? -preguntó.

-Sí.

-Escribir libros está bien -dijo-. Es lo que yo llamo un oficio especializado. Yo también soy un trabajador especializado. La gente a la que desprecio es la que se pasa toda la vida haciendo algún trabajo rutinario, de esos para los que no se necesita ninguna especialización. ¿Entiende lo que quiero decirle?

-Sí.

-El secreto de la vida -dijo- es llegar a ser muy, pero que muy bueno en algo que resulte muy difícil de hacer.

-Como usted -dije.

-Exactamente. Como usted y como yo.

-¿Qué le hace pensar que soy bueno en mi trabajo? -pregunté-. Los malos escritores abundan.

-No llevaría usted un coche como éste si no hiciera bien su trabajo de escritor -contestó-. Le habrá costado un montón de dinero este cacharrito.

-Desde luego no es barato.

-¿Qué velocidad máxima puede alcanzar? -preguntó.

-Doscientos kilómetros por hora -le dije.

-Apuesto a que no.

-Apuesto a que sí.

-Todos los fabricantes de coches son unos embusteros -dijo-. Puede comprar el coche que más le guste y verá que no hace nada de lo que dicen los anuncios.

-Este sí.

-Apriete el acelerador y demuéstrelo -dijo-. Vamos, jefe, pise a fondo y veamos qué es capaz de hacer.

Hay un cruce giratorio en Chalfont Saint Peter e inmediatamente después viene una sección larga y recta de carretera de doble calzada. Salimos del cruce y, al coger la citada carretera, pisé el acelerador. El cochazo dio un salto hacia adelante como si

acabasen de pincharle. En cuestión de unos diez segundos alcanzamos los ciento cuarenta.

-¡Espléndido! -exclamó-. ¡Magnífico! ¡Siga, siga!

Apreté el acelerador hasta el fondo y lo mantuve clavado contra el suelo.

-¡Ciento sesenta! -gritó-. ¡Ciento setenta!... ¡Ciento ochenta!... ¡Ciento ochenta y cinco! ¡Siga, siga! ¡No afloje!

Iba por la calzada exterior y adelantamos a varios coches que parecían parados: un «Mini» verde, un «Citroën» grande color crema, un «Land-Rover» blanco, un enorme camión que llevaba un contenedor en la parte trasera, un minibús «Volkswagen» de color naranja...

-¡Ciento noventa! -gritó mi pasajero, pegando botes en el asiento-. ¡Siga! ¡Adelante! ¡Alcance los doscientos siete!

En aquel momento oí el alarido de una sirena de la policía. Sonaba tan fuerte que parecía estar dentro del coche. Luego apareció un motorista a nuestro lado, nos adelantó y levantó una mano para que nos detuviéramos.

-¡Bendita sea mi tía! -dije-. ¡Nos han pillado!

El policía debía de ir a doscientos diez cuando pasó por nuestro lado, ya que tardó mucho tiempo en aminorar la marcha. Finalmente detuvo la moto en el arcén y yo paré el coche detrás de él.

-No sabía que las motos de la policía podían correr tanto -dije sin mucha convicción.

-Esa sí puede -dijo mi pasajero-. Es de la misma marca que su coche. Es una «B.M.W. R90S». La moto más rápida que existe. Esa es la que utilizan hoy día.

El policía se apeó de la moto y la aparcó en batería. Luego se quitó los guantes y los depositó cuidadosamente sobre el sillín de la máquina. Ya no tenía prisa. Nos tenía donde quería tenernos y lo sabía.

-Esto se pone feo -dije-. No me gusta ni pizca.

-No hable con él más de lo estrictamente necesario, ¿me comprende? -dijo mi compañero-. Estése quietecito y con la boca cerrada.

Como un verdugo acercándose a su víctima, el policía echó a andar lentamente hacia nosotros. Era un hombre carnoso, corpulento y barrigudo y los pantalones azules le quedaban muy ceñidos a sus enormes muslos. Se había colocado las gafas sobre el casco, dejando al descubierto una cara rojiza de anchas mejillas.

Seguimos sentados en el coche, como dos colegiales pillados en falta, aguardando su llegada.

-Cuidado con ese hombre -susurró mi pasajero-. Tiene cara de malas pulgas.

El policía se acercó a mi ventanilla y apoyó una mano carnosa en el marco.

-¿A qué viene tanta prisa? -dijo.

-No hay prisa alguna, agente -contesté.

-Quizás lleva una mujer a punto de dar a luz en la parte trasera y corría para llegar a tiempo al hospital. ¿Se trata de eso?

-No, agente.

-¿O tal vez se ha incendiado su casa y corría usted a salvar a su familia, atrapada por las llamas en el piso de arriba? -su voz resultaba amenazadoramente tranquila y burlona.

-Mi casa no se está quemando, agente.

-En tal caso -dijo-, se ha metido usted en un buen lío, ¿no le parece? ¿Sabe usted cuál es el límite de velocidad en este país?

-Ciento veinte -dije.

-¿Y le importaría decirme exactamente qué velocidad llevaba hace unos momentos?

Me encogí de hombros y no dije nada.

Cuando volvió a hablar levantó tanto la voz que pegué un bote.

-*¡Ciento noventa kilómetros por hora!* -chilló-. ¡Eso representa setenta kilómetros por encima del máximo permitido!

Volvió la cabeza y soltó un enorme escupitajo, el cual aterrizó en el guardabarros de mi coche y empezó a bajar deslizándose por mi hermosa pintura azul. Luego volvió la cabeza de nuevo y miró severamente a mi pasajero.

-¿Y usted quién es? -preguntó secamente.

-Es un autostopista -dije-. Le he recogido en la carreterra.

-No se lo he preguntado a usted -cortó el policía-. Se lo pregunto a él.

-¿Es que he hecho algo malo? -dijo mi pasajero con voz suave y untuosa como el fijapelo.

-Es más que probable -repuso el policía-. Sea como sea, es usted testigo. Me ocuparé de usted dentro de un minuto. El permiso de conducir -dijo secamente, alargando una mano.

Se desabrochó el bolsillo izquierdo del pecho de la guerrera y extrajo el temido talonario de multas. Copió cuidadosamente el nombre y la dirección que constaban en el permiso y luego me lo devolvió. Dio la vuelta hasta colocarse delante del coche, leyó el número de la matrícula y lo anotó también. Luego escribió la fecha, la hora y los detalles de la infracción cometida por mí. Después arrancó el original y me lo entregó, no sin antes comprobar que toda la información constase claramente en la copia del talonario. Finalmente se guardó el talonario en el bolsillo de la guerrera y abrochó el botón.

-Ahora usted -dijo a mi pasajero, dando la vuelta al coche para colocarse junto a la otra ventanilla. Del otro bolsillo de la guerrera extrajo una libretita de tapas negras-. ¿Nombre? -inquirió secamente.

-Michael Fish -contestó mi pasajero.

-¿Dirección?

-Catorce de "Windsor Lane, Luton.

-Enséñeme algo que demuestre que éstos son su nombre y dirección verdaderos -dijo el policía.

Mi pasajero rebuscó en sus bolsillos y finalmente sacó su propio permiso de conducir. El policía comprobó el nombre y la dirección y le devolvió el permiso.

-¿Cuál es su oficio? -preguntó.

-Soy portador de capachos.

-¿Cómo dice?

-Portador de capachos.

-Haga el favor de deletrearlo.

-P-O-R-T-A-D-O-R D-E C-A...

-Ya basta. ¿Y se puede saber qué es un portador de capachos?

-Un portador de capachos, agente, es una persona que sube el cemento por la escalera para entregárselo al albañil. Y el capacho es donde se transporta el cemento. Tiene un asa muy larga y en la parte superior hay dos trozos de madera colocados en ángulo.

-De acuerdo, de acuerdo. ¿Para quién trabaja?

-Para nadie. Estoy parado.

El policía tomó nota de todo en la libreta de tapas negras. Luego se la guardó en el bolsillo y abrochó el botón.

-Cuando vuelva al cuartelillo haré unas cuantas comprobaciones para ver si me ha dicho la verdad -dijo a mi pasajero.

-¿Yo? ¿Qué mal he hecho? -preguntó el hombre con cara de rata.

-No me gusta su cara, eso es todo -dijo el policía-. Y podría ser que tuviéramos una foto suya en los archivos -volvió a dar la vuelta al coche y se colocó junto a mi ventanilla-. Supongo que se dará usted cuenta de que está en serios apuros -dijo, dirigiéndose a mí.

-Sí, agente.

-No volverá a conducir este coche de fantasía durante una larga temporada cuando hayamos terminado con usted. Bien pensado, no volverá a conducir ningún coche durante varios años. Y se lo tiene merecido. Espero que le encierren para acabar de redondear la cosa.

-¿Quiere decir en la cárcel? -pregunté, alarmado.

-No le quepa duda -dijo, relamiéndose-. En chirona. Entre rejas. Junto con todos los demás delincuentes que infringen la ley. Y encima una buena multa. Nadie se alegrará de ello más que yo. Les veré a los dos en el juzgado. Ya recibirán la correspondiente citación.

Se volvió de espaldas y echó a andar hacia su moto. Plegó el soporte con un pie y pasó la pierna por encima del sillín. Luego dio un puntapié al mecanismo de arranque y se perdió de vista en medio del estruendo del motor.

-¡Uf! -exclamé-. Estoy listo.

-Nos han atrapado -dijo mi pasajero-. Nos han atrapado con todo el equipo.

-Querrá decir que me han atrapado.

-Así es -dijo-. ¿Qué piensa hacer ahora, jefe?

-Ir directamente a Londres y hablar con mi abogado -dije, poniendo en marcha el automóvil.

-No debe creer usted lo que ha dicho sobre meterle en la cárcel -dijo mi pasajero-. No encierran a nadie en chirona sólo por saltarse el límite de velocidad.

-¿Está seguro? -pregunté.

-Totalmente -repuso-. Pueden quitarle el permiso e imponerle una multa morrocotuda, pero ahí acabará el asunto.

Me sentí tremendamente aliviado.

-A propósito -dije-. ¿Por qué le ha mentido?

-¿Quién, yo? -dijo-. ¿Qué le hace pensar que le he mentido?

-Le ha dicho que era portador de capachos y que estaba parado. Pero a mí me había dicho que tenía un oficio muy especializado.

-Y lo tengo -dijo-. Pero no conviene contárselo todo a un poli.

-¿Se puede saber a qué se dedica? -le pregunté.

-Ah -dijo con expresión astuta-. Eso sería confesar, ¿no le parece?

-¿Se trata de algo que le da vergüenza?

-¿Vergüenza? -exclamó-. ¿Avergonzarme yo de mi oficio? ¡Me siento tan orgulloso de él como cualquier otra persona del mundo!

-¿Entonces por qué no quiere decírmelo?

-Desde luego, ustedes los escritores son unos fisgones, ¿eh? -dijo-. Y usted no se dará por satisfecho hasta saber exactamente cuál es la respuesta, ¿no es así?

-En realidad me da lo mismo una cosa que otra -le dije, mintiendo.

Me dirigió una miradita astuta y ratonil por el rabillo del ojo.

-Me parece que sí le importa -dijo-. Puedo ver en su cara que se figura que tengo un oficio muy peculiar y que se muere de ganas de saber cuál es.

No me gustó que leyera mis pensamientos. Permanecí silencioso, con los ojos clavados en la carretera.

-Y no se equivoca -prosiguió-. Mi oficio es en verdad muy peculiar. Es el más raro de todos los oficios peculiares.

Me quedé esperando que continuase.

-Por esto tengo que andar con mucho cuidado según con quién hable, ¿comprende? ¿Quién me dice a mí, por ejemplo, que no es usted otro poli de paisano?

-¿Tengo cara de poli?

-No -dijo-. No la tiene. Y no lo es. Cualquier imbécil se daría cuenta de que no lo es.

Sacó del bolsillo una lata de tabaco y un librito de papel de fumar y se puso a liar un cigarrillo. Le observé por el rabillo del ojo y vi que ejecutaba esa operación más bien difícil con una velocidad increíble. El cigarrillo quedó liado y listo para ser encendido en unos cinco segundos. Pasó la lengua por el borde del papel, lo pegó y se metió el cigarrillo entre los labios. Luego, como surgido de la nada, un encendedor apareció en su mano. Del encendedor surgió una llamita. El cigarrillo quedó encendido El encendedor desapareció. Fue una operación verdaderamente notable.

-Jamás había visto liar un cigarrillo tan de prisa -dije.

-Ah -dijo él, dando una larga chupada al pitillo-. De modo que se ha dado cuenta.

-Claro que me he dado cuenta. Ha sido fantástico.

Se reclinó en el asiento y sonrió. Le complació mucho que yo me hubiese percatado de la velocidad con que era capaz de liar un cigarrillo.

-¿Quiere saber cómo puedo hacerlo tan aprisa? -preguntó.

-Sí.

-Es porque tengo unos dedos fantásticos. Estos dedos míos dijo, alzando ambas

manos- ¡son más rápidos e inteligentes que los dedos del mejor pianista del mundo!

-¿Es usted pianista?

-No sea tonto -dijo-. ¿Acaso tengo cara de pianista?

Eché un vistazo a sus dedos. Tenían una forma tan hermosa, eran tan finos, largos y elegantes, que no hacían juego con el resto de su persona. Se parecían más a los dedos de un cirujano del cerebro o de un relojero.

-Mi oficio -prosiguió- es cien veces más difícil que tocar el piano. Cualquier mentecato puede aprender a tocar el piano. Hoy día en casi todas las casas hay algún mocoso que aprende a tocar el piano. Tengo razón, ¿no?

-Más o menos -dije.

-Claro que la tengo. Pero no hay una sola persona en diez millones que pueda aprender a hacer lo que yo hago. ¡Ni una en diez millones! ¿Qué le parece?

-Asombroso -dije.

-Y usted que lo diga.

-Me parece que ya sé a qué se dedica -dije-. Hace usted juegos de manos. Es prestidigitador.

-¿Yo? -dijo, bufando-. ¿Prestidigitador? ¿Acaso puede imaginarme yendo de una fiesta de críos a otra sacando conejos de un sombrero de copa?

-Entonces es jugador de naipes. Hace que la gente juegue a naipes con usted y se da a sí mismo unas manos maravillosas.

-¿Yo? ¿Me toma por un vil tahúr? -exclamó-. Ese es un oficio despreciable como pocos.

-De acuerdo. Me rindo.

Ahora llevaba el coche despacio, sin sobrepasar los sesenta kilómetros por hora, para tener la seguridad de que no volvieran a pararme. Habíamos llegado a la carretera principal de Londres a Oxford y corríamos pendiente abajo hacia Denham.

De pronto mi pasajero alzó una mano y me mostró una correa de cuero negro.

-¿Había visto esto anteriormente? -preguntó.

La correa tenía una hebilla de latón de extraña forma.

-¡Oiga! -exclamé-. Este cinturón es mío, ¿no? ¡Sí lo es! ¿De dónde lo ha sacado?

Sonrió y movió suavemente el cinturón de un lado a otro.

-¿De dónde cree que lo he sacado? -dijo-. De la parte superior de sus pantalones, por supuesto.

Bajé la mano en busca del cinturón. No estaba.

-¿Pretende decirme que me lo ha quitado mientras conducía? -pregunté, estupefacto.

Asintió con la cabeza sin dejar de observarme con sus ojillos ratoniles.

-Es imposible -dije-. Tendría que desabrocharme la hebilla y tirar de él para que se saliera de todas las presillas. Le habría visto hacerlo. Y aunque no le hubiese visto, lo habría notado.

-Ah, pero no lo notó, ¿verdad? -dijo con expresión triunfal. Dejó caer el cinturón sobre su regazo y de pronto vi que de sus dedos colgaba un cordón de zapato color marrón-. Entonces, ¿qué me dice de esto? -exclamó, agitando el cordón.

-¿Qué quiere que le diga? -dije.

-¿Hay alguien aquí que haya perdido un cordón de zapato? -preguntó, sonriendo.

Miré mis zapatos. A uno de ellos le faltaba el cordón.

-¡Demonio! -exclamé-. ¿Cómo lo ha hecho? No le he visto agacharse en ningún momento.

-No me ha visto hacer nada -dijo orgullosamente-. Ni siquiera me ha visto moverme. ¿Y sabe por qué?

-Sí -dije-. Porque tiene unos dedos fantásticos.

-¡Exactamente! -exclamó-. Aprende usted muy de prisa, ¿no le parece? -se echó hacia atrás y siguió dando chupadas a su cigarrillo de confección casera, expulsando un hilillo de humo contra el parabrisas. Sabía que me había impresionado mucho con sus trucos y esto le llenaba de felicidad-. No quiero llegar tarde -dijo-. ¿Qué hora es?

-Tiene un reloj delante de usted -le dije.

-No me fío de los relojes de los coches -dijo-. ¿Qué hora señala su reloj de pulsera?

Me subí un poco la manga para consultar mi reloj. No estaba en su sitio. Miré a mi acompañante. El me devolvió la mirada y sonrió.

-¡También me ha quitado el reloj! -dije.

Abrió la mano y vi mi reloj en su palma.

-Hermoso reloj -dijo-. De calidad superior. Otro de dieciocho quilates. Y fácil de colocar, además. Nunca resulta difícil quitarse de encima los objetos de calidad.

-Me gustaría que me lo devolviese, si no le importa -dije con cierto tono de mal humor.

Con mucho cuidado colocó el reloj en la cubeta de cuero que había delante de él.

-No sería capaz de birlarle nada a usted, jefe -dijo-. Usted es mi compañero y me ha recogido en su coche.

-Me alegra saberlo -dije.

-Lo único que hago es responder a sus preguntas -prosiguió-. Usted me ha preguntado cómo me ganaba la vida y se lo estoy demostrando.

-¿Qué más me ha quitado?

Sonrió de nuevo y empezó a sacarse de los bolsillos un objeto tras otro, todos de mi propiedad: mi permiso de conducir, un llavero con cuatro llaves, varios billetes de una libra, unas cuantas monedas, una carta de mis editores, mi diario, un lápiz viejo, un encendedor y, al final de todo, un hermoso y antiguo anillo de zafiros con perlas perteneciente a mi esposa. Precisamente llevaba el anillo a un joyero de Londres porque le faltaba una de las perlas.

-He aquí otro objeto bellísimo -dijo, acariciando el anillo con los dedos-. Si no me equivoco, es del siglo dieciocho, del reinado de Jorge III.

-En efecto -dije, impresionado-. Ha dado usted en el clavo.

Colocó el anillo en la bandeja de cuero con los demás objetos.

-De modo que es usted carterista -dije.

-No me gusta esa palabra -contestó-. Es una palabra grosera y vulgar. Los carteristas son gente basta y vulgar que sólo hacen trabajitos fáciles de aficionado. Les birlan el

dinero a las ancianitas ciegas.

-Entonces, ¿qué nombre da a su profesión?

-¿Yo? Soy dedero. Soy dedero profesional -pronunció las palabras solemne y orgullosamente, como si me estuviese diciendo que era el presidente del Real Colegio de Cirujanos o el Arzobispo de Canterbury.

-Es la primera vez que oigo esa palabra -dije-. ¿La ha inventado usted?

-Claro que no la he inventado yo -replicó-. Es el nombre que se da a quienes alcanzan la cima de la profesión. Habrá oído hablar de los orfebres y los plateros, por ejemplo. Son los expertos en oro y plata. Yo soy experto con mis dedos, de modo que soy un dedero.

-Debe de ser un oficio interesante.

-Es maravilloso -contestó-. Es encantador.

-¿Y por eso va usted a las carreras?

-Las carreras son pan comido -dijo-. Lo único que hay que hacer es permanecer ojo avizor después de la carrera y observar a los afortunados que hacen cola para cobrar su dinero. Y cuando ves que alguien recibe un buen fajo de billetes, sencillamente vas tras él y se los coges. Pero no me interprete mal, jefe. Nunca les cojo nada a los perdedores. Y tampoco a los pobres. Sólo voy tras los que pueden permitírselo, los ganadores y los ricos.

-Eso es muy considerado de su parte -dije-. ¿Le echan el guante muy a menudo?

-¿Echarme el guante? -exclamó, poniendo cara de disgusto-. ¿Echarme el guante a mí? Eso sólo les ocurre a los carteristas. Escúcheme, podría quitarle la dentadura postiza de la boca si quisiera hacerlo y usted ni siquiera se daría cuenta.

-No llevo dentadura postiza -dije.

-Ya lo sé -contestó-. ¡De lo contrario se la habría quitado hace un buen rato!

Le creí. Aquellos dedos delgados y largos parecían capaces de hacer cualquier cosa.

Permanecimos silenciosos durante un rato.

-Ese policía piensa investigarle a conciencia -dije-. ¿Eso no le preocupa ni pizca?

-Nadie va a investigarme -dijo.

-Por supuesto que lo harán. Escribió su nombre y dirección con mucho cuidado en su libretita negra.

Mí pasajero me dedicó otra de sus sonrisitas astutas y ratoniles.

-Ah -dijo-. Es verdad. Pero apuesto a que no lo tiene todo escrito en su memoria también. Aún no he conocido a ningún poli que tuviera buena memoria. Algunos ni siquiera se acuerdan de su propio nombre.

-¿Qué tiene que ver la memoria con este asunto? -pregunté-. Lo tiene escrito en la libreta, ¿no es así?

-Sí, jefe, así es. Pero lo malo es que ha perdido la libreta. Ha perdido las dos cosas, la libreta con mi nombre y el talonario con el suyo.

Con los dedos largos y delicados de su mano derecha el hombre sostenía triunfalmente las dos cosas que había sacado de los bolsillos del policía.

-Ha sido el trabajo más fácil de toda mi vida -anunció con orgullo.

Estuve a punto de lanzar el coche contra una camioneta de la leche, tan grande era mi excitación.

-Ese poli ya no tiene nada contra nosotros -dijo.

-¡Es usted un genio! -exclamé.

-No tiene nombres, ni direcciones, ni la matrícula del coche, ni nada de nada -dijo.

-¡Es usted brillante!

-Creo que será mejor que salga de la carretera principal cuanto antes -dijo-. Entonces podremos hacer una hoguera y quemar esto.

-¡Es usted fantástico! -exclamé.

-Gracias, jefe -dijo-. Siempre es agradable ver que se reconocen tus méritos.

NOTA SOBRE LA HISTORIA SIGUIENTE

En 1946, hace ya más de treinta años, yo todavía era soltero y vivía con mi madre. Obtenía unos ingresos bastante apreciables escribiendo dos narraciones cortas por año. Necesitaba cuatro meses para completar cada una de ellas y, afortunadamente, tanto en mi país como en el extranjero había gente que estaba dispuesta a comprarlas.

Una mañana de abril de aquel año leí en el periódico la noticia de un notable hallazgo de plata romana. Había sido descubierto cuatro años antes por un labrador cerca de Mildenhall, en el condado de Suffolk, pero por alguna razón el hecho se había mantenido en secreto hasta entonces. El periódico decía que se trataba del mayor tesoro hallado jamás en la Gran Bretaña y que había sido adquirido por el Museo Británico. Daba también el nombre del labrador: Gordon Butcher.

Las historias auténticas sobre el hallazgo de tesoros realmente importantes hacen que una especie de corriente eléctrica me baje por las piernas hasta las plantas de los pies. En cuanto leí la noticia me levanté de un salto, sin terminar mi desayuno, dije adiós a mi madre y salí corriendo en busca de mi coche. El coche era un «Wolseley» de nueve años al que yo llamaba «el negro furtivo». Funcionaba bien, pero no corría mucho.

Mildenhall se encontraba a unos ciento noventa kilómetros de casa, y trasladarse allí era un viaje dificilillo por carreteras serpenteantes y caminos vecinales. Llegué a la hora del almuerzo y en la comisaría local me indicaron dónde vivían Cordón Butcher y su familia. El hombre estaba almorzando en casa cuando llamé a su puerta.

Le pregunté si le importaba contarme cómo había descubierto el tesoro.

-No, gracias -dijo-. Ya he visto a suficientes periodistas. No quiero ver otro en lo que me resta de vida.

-No soy periodista -le dije-. Escribo narraciones cortas y vendo mis obras a las revistas. Me las pagan bien.

Agregué que si me contaba exactamente cómo había dado con el tesoro, escribiría una historia verídica sobre ello. Y si tenía la suerte de venderla, repartiría el dinero a partes iguales con él.

Al final accedió a hablar conmigo. Nos pasamos varias horas sentados en su cocina y me contó una historia apasionante. Cuando terminó, hice una visita al otro hombre que había intervenido en el asunto, un individuo de mayor edad llamado Ford. Este no quiso hablar conmigo y me dio con la puerta en las narices. Pero para entonces yo tenía ya mi historia y emprendí la vuelta a casa.

Al día siguiente fui al Museo Británico para ver el tesoro que Cordón Butcher encontrara. Era fabuloso. El simple hecho de contemplarlo hizo que la corriente eléctrica volviese a correr mis piernas.

Escribí la historia de forma tan fidedigna como me fue posible y la envié a América. La compró una revista llamada *Saturday Evening Post.* Me la pagaron bien. Cuando llegó el dinero envié la mitad exacta del mismo a Cordón Butcher de Mildenhall.

Al cabo de una semana recibí una carta de mister Butcher escrita sobre lo que debía de ser una página arrancada del cuaderno de ejercicios de un niño. Decía: «...me quedé pasmado al ver su cheque. Fue encantador. Quiero darle las gracias...»

He aquí la historia casi exactamente como la escribí hace treinta años. He hecho muy pocos cambios. Simplemente he suavizado algunos de los pasajes más floridos y he eliminado unos cuantos adjetivos superfluos y frases innecesarias.

EL TESORO DE MILDENHALL

Sobre las siete de la mañana Gordon Butcher se levantó de la cama y encendió la luz. Se acercó descalzo a la ventana, corrió las cortinas y se asomó.

Corría el mes de enero y aún estaba oscuro, pero pudo ver que no había nevado durante la noche.

-Ese viento -dijo en voz alta, dirigiéndose a su esposa-. Escucha ese viento.

La esposa también se había levantado y se encontraba a su lado, cerca de la ventana, y los dos se quedaron callados, escuchando el silbido del viento helado que soplaba sobre los pantanos.

-Viene del nordeste -dijo Gordon Butcher.

-Seguro que nevará antes de la noche -dijo la mujer-. Y copiosamente.

La mujer se vistió antes que él, entró en la habitación contigua, se inclinó sobre la camita de su hija de seis años y la besó. Dio los buenos días a los otros dos niños mayores que dormían en la tercera habitación, luego bajó a preparar el desayuno.

A las ocho menos cuarto Gordon Butcher se puso el abrigo, la gorra y los guantes de piel y salió por la puerta de atrás al crudo tiempo invernal de primera hora de la mañana. Mientras cruzaba el patio entre dos luces, camino del cobertizo donde guardaba su bicicleta, le pareció que el viento le cortaba las mejillas como un cuchillo. Sacó la bicicleta, montó en ella y empezó a pedalear por el centro del camino estrecho, metiéndose de cara en la galerna.

Gordon Butcher tenía treinta y ocho años. No era un simple jornalero agrícola. No recibía órdenes de nadie a menos que quisiera recibirlas. Era dueño de su propio tractor y con él araba los campos ajenos y recogía las cosechas de los demás bajo contrato. Sólo pensaba en su esposa, su hijo y sus dos hijas. Su riqueza estaba en su pequeña casa de ladrillo, sus dos vacas, su tractor y su pericia como labrador.

La cabeza de Gordon Butcher tenía una forma curiosa: la parte posterior sobresalía como el extremo puntiagudo de un huevo enorme, tenía las orejas muy salidas y le faltaba uno de los dientes de la izquierda. Pero nada de todo esto parecía tener mucha importancia cuando te lo encontrabas cara a cara al aire libre. Te miraba con ojos azules y firmes en los que no había el menor asomo de malicia, astucia o codicia. Y en las comisuras de la boca no había esas finas líneas de amargura que uno ve tan a menudo en los hombres que trabajan la tierra y pasan sus días luchando contra los elementos.

Su única excentricidad, que él reconocía alegremente si se lo preguntabas, consistía en hablar en voz alta consigo mismo cuando estaba solo. Según él, semejante hábito nacía del hecho de que, debido al trabajo que hacía, estaba completamente solo diez horas diarias, seis días a la semana.

-Me siento acompañado -decía- oyendo mi propia voz de vez en cuando.

Bajó la pendiente montado en su bicicleta, pedaleando con energía contra el viento

brutal.

-De acuerdo -dijo-, de acuerdo, ¿por qué no soplas un poquito? ¿Eso es lo mejor que sabes hacer? ¡Válgame el cielo! ¡Apenas te noto esta mañana!

El viento aullaba a su alrededor, azotando su abrigo y colándose por los poros de la gruesa lana, atravesando la chaqueta que llevaba debajo del abrigo, luego la camisa y la camiseta, hasta tocarle la piel desnuda con las puntas heladas de sus dedos.

-¡Caramba! -dijo-. Hoy estás muy templado. Tendrás que esforzarte mucho más si esperas que me den escalofríos.

La oscuridad empezaba a diluirse para dar paso a la luz pálida y grisácea de la mañana, y Gordon Butcher distinguió el techo nuboso del cielo muy bajo sobre su cabeza y volando a impulsos del viento. Grises y azules eran las nubes, salpicadas de negro aquí y allá, una masa sólida que iba de horizonte a horizonte, moviéndose con el viento, deslizándose por encima de su cabeza como una enorme plancha de metal gris que se estuviera desenrollando. A su alrededor se extendía la región pelada y solitaria de los pantanos de Suffolk, kilómetro tras kilómetro del mismo paisaje que parecía prolongarse hasta el infinito.

Siguió pedaleando. Cruzó la periferia de la pequeña ciudad de Mildenhall y se encaminó hacia el pueblo de West Row, donde tenía su casa el hombre llamado Ford.

El día anterior había dejado su tractor en casa de Ford, ya que el trabajo que debía hacer a continuación consistía en arar unas dos hectáreas en Thistley Green para Ford. La tierra no pertenecía a Ford. Es importante recordar este detalle, pero Ford era el que le había pedido que hiciese tal trabajo.

En realidad, el propietario de las dos hectáreas era un agricultor llamado Rolfe.

Rolfe le había pedido a Ford que las hiciese arar porque Ford, al igual que Gordon Butcher, se dedicaba a arar los campos de otros hombres. La diferencia entre Ford y Gordon Butcher consistía en que el primero era más importante. Era un ingeniero agrícola bastante próspero que poseía una bonita casa y un patio grande lleno de cobertizos para guardar aperos y maquinaria agrícolas. Gordon Butcher poseía un solo tractor.

En esta ocasión, sin embargo, cuando Rolfe le había pedido a Ford que arase sus dos hectáreas en Thistley Green, Ford estaba demasiado ocupado para hacerlo personalmente, de modo que había contratado a Gordon Butcher para que llevase a cabo el trabajo.

No había nadie en el patio de Ford cuando Butcher penetró en él. Aparcó la bicicleta, llenó el depósito de su tractor con parafina y gasolina, calentó el motor, enganchó el arado, se subió al alto asiento del tractor y emprendió el camino de Thistley Green.

El campo estaba a poco más de medio kilómetro, y alrededor de las ocho y media Butcher atravesó con el tractor la verja que daba directamente al mismo. Thistley Green tendría unas cuarenta hectáreas en total y se encontraba rodeado por un seto de poca altura. Y aunque en realidad era un solo y extenso campo, distintas partes del mismo eran propiedad de distintos hombres. Estas partes separadas eran fáciles de definir porque cada una de ellas era cultivada a su manera. La parcela de dos hectáreas propiedad de Rolfe se encontraba a un lado del campo, cerca del límite sur. Butcher sabía dónde estaba, de modo que condujo el tractor por el borde del campo y luego penetró en éste hasta llegar a la parcela.

La tierra de la parcela aparecía llena de los tallos cortos y podridos de la cebada

cosechada el otoño anterior, y hasta hacía poco no la habían preparado para ser arada.

-Hay que ararla a fondo -le había dicho Ford a Butcher el día antes-. Rolfe quiere plantar remolacha azucarera allí.

Solamente se ara hasta unos diez centímetros de profundidad cuando se quiere plantar cebada, pero cuando se desea plantar remolacha azucarera se hacen surcos más profundos, de veinticinco a treinta centímetros. Esa profundidad no se consigue cuando del arado tira un caballo. Sólo desde la aparición de los tractores podían los agricultores arar con la profundidad deseada. La tierra de Rolfe ya había sido arada para plantar remolacha azucarera unos años antes, pero del trabajo no se había encargado Butcher y saltaba a la vista que quien lo había hecho se había tomado el trabajo un tanto a la ligera y no había atado tan hondo como era debido. De haberlo hecho, lo que iba a ocurrir aquel día hubiese sucedido antes y la historia habría sido distinta.

Gordon Butcher empezó a arar. Campo arriba y campo abajo iba hundiendo el arado cada vez más, hasta que al final alcanzó los treinta centímetros de profundidad y levantaba una ola de tierra suave y negra a su paso.

El viento soplaba ahora con más fuerza, procedente del mar, barriendo los campos llanos de Norfolk, pasando por Saxthorpe y Reepham y Honingham y Swaffahm y Larling y, tras cruzar la frontera de Suffolk, llegando hasta Mildenhall y Thistley Green, donde Gordon Butcher se encontraba sentado en su tractor, con el cuerpo muy erguido, recorriendo la parcela llena de rastrojos de cebada que pertenecía a Rolfe. Gordon Butcher olfateaba el olor penetrante de la nieve no muy lejos de allí y podía ver el techo bajo del cielo, que ya no estaba punteado de negro, sino de gris claro y blanquecino, pasando por encima de su cabeza como si fuera una plancha sólida de metal que se estuviera desenrollando allí arriba.

-Bueno -dijo, alzando su voz por encima del estruendo del tractor-. No hay duda de que hoy se la tienes jurada a alguien. Hay que ver la que estás armando con tanto soplar y silbar y helar. Igual que una mujer -añadió-. Justamente igual que lo que una mujer hace a veces por la noche -y sonrió sin apartar los ojos del surco que el arado iba abriendo en la tierra.

Al mediodía detuvo el tractor, desmontó y buscó su almuerzo en el bolsillo. Lo encontró y se sentó en el suelo al abrigo de una de las enormes ruedas del tractor. Se comió grandes pedazos de pan y pedacitos muy pequeños de queso. No tenía nada que beber, ya que su único termo se había roto dos semanas antes a causa del traqueteo del tractor y en tiempo de guerra, pues esto sucedía en enero de 1942, no había forma de comprar otro en ninguna parte. Durante unos quince minutos siguió sentado en el suelo, amparado por la rueda, comiéndose su almuerzo. Luego se levantó y examinó su estaquilla.

A diferencia de muchos labradores, Butcher siempre utilizaba una estaquilla de madera para enganchar el arado al tractor. De esta manera, si el arado tropezaba con una raíz o una piedra, la estaquilla se rompía en el acto dejando atrás el arado y evitando que las rejas del mismo sufrieran serios desperfectos. Por toda la región pantanosa, a poca distancia de la superficie, se hallaban enterrados los troncos de enormes robles añejos, por lo que, en el curso de una semana, son numerosas las ocasiones en que una estaquilla de madera salva a las rejas del arado. Aunque la tierra de Thistley Green estaba bien cultivada, era tierra de campo y no de pantano; Butcher no quería correr riesgos con su arado.

Examinó la estaquilla de madera, la encontró en buen estado, volvió a montar en el

tractor y siguió arando.

El tractor recorría el campo de un extremo a otro, dejando una estela de tierra negra tras de sí. Y el viento soplaba más frío, pero no nevaba.

Sobre las tres de la tarde ocurrió la cosa.

Hubo una ligera sacudida, la estaquilla se rompió y el tractor siguió su camino dejando el arado atrás. Butcher paró el motor, se apeó del tractor y se acercó al arado para ver con qué había chocado. Era extraño que hubiese ocurrido en tierra de campo. En aquel lugar se suponía que no había troncos de roble bajo la tierra.

Se arrodilló junto al arado y empezó a remover la tierra para dejar al descubierto las puntas de la reja, que estaban clavadas hasta treinta centímetros de profundidad, por lo que había mucha tierra que quitar. Butcher clavaba los dedos enguantados en la tierra y la sacaba con ambas manos. Quince centímetros de profundidad... veinte centímetros... veinticinco centímetros... treinta. Recorrió con los dedos la cuchilla de la reja hasta que tocó la punta. La tierra estaba suelta y una y otra vez volvía a caer en el sitio de donde acababa de extraerla. A causa de ello, no podía ver la punta clavada a treinta centímetros de profundidad. Sólo podía palparla. Y al cabo de un instante se dio cuenta de que la punta se había enganchado con algo sólido. Extrajo más tierra. Agrandó el agujero. Era necesario ver claramente con qué clase de obstáculo había chocado. Si era bastante pequeño, tal vez podría desenterrarlo con sus propias manos y luego seguir arando. Si se trataba del tronco de un árbol, tendría que ir a buscar una pala en casa de Ford.

-Vamos -dijo en voz alta-. Voy a sacarte de aquí, demonio escondido, trasto putrefacto.

Y de repente, cuando los dedos enguantados extraían un último puñado de tierra negra, divisó el borde curvo de algo plano, como el borde de una bandeja enorme y gruesa que sobresaliera de la tierra. Frotó el borde con los dedos una y otra vez. De pronto el borde despidió un destello verdoso y Gordon Butcher agachó la cabeza, clavando los ojos en el interior del agujerito que había cavado con sus propias manos. Por última vez frotó con los dedos el borde para dejarlo limpio y vio claramente la inconfundible costra verdiazul del metal antiguo enterrado. El corazón le dio un vuelco.

Convendría explicar aquí que los agricultores de aquella parte de Suffolk, y de modo especial los de la región de Mildenhall, llevan muchos años desenterrando objetos antiguos. Se han encontrado numerosísimas puntas de flechas hechas de piedra, pero, lo que es aún más interesante, también se han encontrado vasijas y aperos romanos. Se sabe que esa parte del país fue una de las favoritas de los romanos durante la ocupación de Inglaterra por los mismos y, por consiguiente, todos los agricultores locales conocen muy bien la posibilidad de encontrar alguna cosa interesante durante la jornada de trabajo. Por ello, la gente de Mildenhall era siempre consciente de que había tesoros escondidos debajo de sus tierras.

La reacción de Gordon Butcher, en cuanto vio el borde de aquella enorme bandeja, fue curiosa. Se apartó inmediatamente. Después se levantó y se volvió de espaldas a lo que acababa de ver. Se detuvo sólo el tiempo suficiente para desconectar el motor de su tractor antes de echar a andar rápidamente hacia la carretera.

No sabía exactamente qué le había impulsado a dejar de cavar y alejarse de allí. Os dirá que lo único que recuerda de aquellos primeros segundos fue el olorcillo de peligro que desprendía aquel pequeño retazo de metal azul verdoso. En el momento en que lo tocó con sus dedos una sacudida eléctrica le recorrió todo el cuerpo y tuvo una poderosa

premonición de que aquella cosa era capaz de destruir la paz y la felicidad de muchas personas.

Al principio su único deseo había sido el de alejarse de aquel objeto, dejarlo tras de sí y no volver a saber nada más de él. Pero después de andar un centenar de metros o así, empezó a aflojar el paso. Al llegar a la verja de salida de Thistley Green, se detuvo.

-¿Se puede saber qué le ocurre a usted, mister Gordon Butcher? -dijo en voz alta, dirigiéndose al viento aullante-. ¿Es que tiene miedo o qué? No, no tengo miedo. Pero se lo diré sin rodeos: no me hace gracia ocuparme de eso yo solo.

Fue entonces cuando pensó en Ford.

Pensó primero en Ford porque era para éste para quien estaba trabajando. En segundo lugar pensó en él porque sabía que Ford era una especie de coleccionista de cosas antiguas, de todas las piedras antiguas y puntas de flecha que la gente desenterraba de vez en cuando en aquel distrito y llevaba a Ford, que las colocaba en la repisa de la chimenea de la sala de estar. Se creía que Ford vendía tales cosas, aunque nadie sabía ni le importaba cómo lo hacía.

Gordon Butcher tomó la dirección de la casa de Ford, salió rápidamente por la verja, cogió el camino angosto, bajó por la carretera, dobló por el ángulo izquierdo y finalmente llegó a la casa. Encontró a Ford en el cobertizo grande, reparando una grada estropeada. Butcher se detuvo en la puerta y exclamó:

-¡Mister Ford!

Ford volvió la cabeza sin enderezar el cuerpo.

-¿Qué ocurre, Gordon? -preguntó.

Ford era un hombre de mediana edad o puede que algo mayor, calvo, de nariz larga y una expresión de zorro astuto en el rostro. Tenía la boca delgada y adusta y cuando te miraba y veías la boca apretada y el mohín adusto de sus labios, sabías que era una boca que nunca sonreía. Tenía el mentón huidizo, la nariz larga y afilada y el aire de un zorro astuto, viejo y malhumorado salido de los bosques.

-¿De qué se trata? -dijo, apartando la vista de la grada.

Gordon Butcher seguía parado en la puerta, con las mejillas amoratadas por el frío, y la respiración algo entrecortada, frotándose lentamente las manos.

-El tractor se desenganchó del arado -dijo en voz baja-. Hay metal ahí debajo. Lo he visto.

Ford movió la cabeza con brusquedad.

-¿Qué clase de metal? -preguntó secamente.

-Plano. Muy plano, como una especie de bandeja grande.

-¿No lo has desenterrado? -Ford se irguió y en sus ojos apareció un brillo aguileño.

-No. Lo he dejado allí y he venido directamente -contestó Butcher.

Ford se dirigió rápidamente a un rincón y descolgó el abrigo del clavo donde lo había dejado. Cogió la gorra y los guantes, luego tomó una pala y echó a andar hacia la puerta. Observó que había algo extraño en el comportamiento de Butcher.

-¿Estás seguro de que es metal?

-Encostrado -dijo Butcher-. Pero no hay duda de que es metal.

-¿A mucha profundidad?

-Treinta centímetros. Al menos la parte superior estaba a treinta centímetros de profundidad. El resto está más hondo.

-¿Cómo sabes que es una bandeja?

-No lo sé -dijo Butcher-. Sólo he visto un trocito del borde. Pero me ha parecido que era una bandeja. Una bandeja enorme.

La cara zorruna de Ford se volvió completamente blanca a causa de la excitación.

-Vamos -dijo-. Iremos a echar un vistazo.

Los dos hombres salieron del cobertizo y quedaron expuestos a la furia creciente del viento. Ford se puso a temblar.

-Maldito sea este cochino tiempo -dijo-. Maldito sea este frío de los demonios -y hundió su cara zorruna y puntiaguda en el cuello de su abrigo y empezó a sopesar las posibilidades del hallazgo de Butcher.

Una cosa sabía Ford que Butcher ignoraba. Sabía que en 1932 un hombre llamado Lethbridge, catedrático de antigüedades anglosajonas en la Universidad de Cambridge, había estado excavando en la zona y había descubierto los cimientos de una villa romana en el mismísimo Thistley Green. Ford no se había olvidado de ello y apretó el paso. Butcher caminaba a su lado sin hablar y pronto llegaron al campo. Cruzaron la verja y se acercaron al arado, que se encontraba a unos diez metros detrás del tractor.

Ford se arrodilló junto a la parte delantera del arado y echó un vistazo al agujerito que Gordon Butcher cavara con sus manos. Tocó el borde de metal verdiazul con un dedo enguantado. Lo rascó para quitar un poco más de tierra. Se inclinó aún más, hasta que su nariz puntiaguda se introdujo en el agujero. Pasó los dedos por encima de la superficie verde y rugosa. Luego se levantó y dijo:

-Saquemos el arado de aquí y cavemos un poco más.

Aunque había fuegos artificiales estallando dentro dé su cabeza y sentía escalofríos por todo el cuerpo, Ford habló en voz baja y aparentando tranquilidad.

Entre los dos apartaron el arado un par de metros.

-Dame esa pala -dijo Ford y empezó a cavar cuidadosamente trazando un círculo de unos noventa centímetros de diámetro alrededor de la parte de metal expuesta. Cuando el agujero alcanzó los sesenta centímetros de profundidad, arrojó la pala y utilizó las manos. Se arrodilló y siguió sacando tierra y poco a poco el pequeño retazo de metal fue haciéndose más grande y más aún hasta que finalmente apareció ante sus ojos el disco grande y redondo de una enorme bandeja. Tendría sus buenos sesenta centímetros de diámetro. La punta del arado había rascado el borde del centro salido de la bandeja, toda vez que se veía la señal.

Con mucho cuidado, Ford extrajo la bandeja del agujero. Se puso en pie, limpió la tierra que cubría el objeto y empezó a darle vueltas y más vueltas en la mano. No había mucho que ver, ya que toda la superficie estaba encostrada con una gruesa capa de una sustancia dura de color azul tirando a verde. Pero Ford adivinó que se trataba de una bandeja o plato enorme de gran peso y espesor. ¡Pesaba unos ocho kilos!

Ford se quedó de pie en el campo lleno de rastrojos amarillos de cebada y contempló la voluminosa bandeja. Las manos empezaron a temblarle. Una excitación tremenda y casi insoportable comenzó a hervir en su interior y no le resultó fácil ocultarla. Pero hizo cuanto pudo.

-Es una especie de plato -dijo.

-Debe de ser bastante antiguo -dijo Butcher, que seguía arrodillado junto al agujero.

-Podría serlo -dijo Ford-. Pero está todo oxidado y corroído.

-A mí eso no me parece herrumbre -dijo Butcher-. Esa sustancia verde no es herrumbre. Es otra cosa...

-Es herrumbre verde -dijo Ford con cierta arrogancia, dando por zanjado el asunto.

Con las manos enguantadas, Butcher, que seguía arrodillado, hurgaba distraídamente en el interior del agujero de noventa centímetros de diámetro.

-Hay otra aquí dentro -dijo.

Ford dejó inmediatamente el plato en el suelo. Se arrodilló junto a Butcher y en unos minutos sacaron una segunda bandeja grande y cubierta por una costra verde. Esta era ligeramente más pequeña que la otra y algo más honda también. Era más un cuenco que un plato.

Ford se levantó con el nuevo hallazgo entre las manos. También pesaba mucho y ahora Ford tuvo la certeza de que habían encontrado algo absolutamente tremendo. Habían encontrado un tesoro romano que, casi sin duda alguna, era de plata pura. Dos cosas hacían suponer que se trataba de plata pura. La primera era el peso; y la segunda, aquella costra verde producida por la oxidación.

¿Con qué frecuencia se descubre en el mundo alguna pieza de plata romana?

Ya casi nunca. ¿Y alguna vez se habían desenterrado piezas tan grandes?

Ford no estaba seguro, pero dudaba mucho que así fuese.

Debían de valer millones.

Valdrían literalmente millones de libras.

Respiraba entrecortadamente y el aliento formaba pequeñas nubes blancas en la gélida atmósfera.

-Todavía hay más ahí dentro, mister Ford -dijo Butcher-. Con la mano noto que está lleno de cosas. Necesitará emplear la pala nuevamente.

La tercera pieza que sacaron era otra bandeja grande que se parecía un poco a la primera. Ford la colocó sobre los rastrojos de cebada, al lado de las otras dos.

Al notar en la mejilla el primer copo de nieve, Butcher levantó los ojos y vio que hacia el nordeste una gran cortina blanca cruzaba el cielo, una sólida pared de nieve que avanzaba en alas del viento.

-¡Ya la tenemos encima! -exclamó y Ford, al mirar a su alrededor y ver que la nieve se les acercaba, dijo-: Es una ventisca. ¡Una sucia y asquerosa ventisca!

Los dos hombres se quedaron mirando fijamente la ventisca que se les aproximaba velozmente. Instantes después cayó sobre ellos y se vieron envueltos por la nieve y los copos se les metían por los ojos y las orejas y la boca y el cuello y por todas partes. Y cuando, al cabo de unos segundos, Butcher miró hacia el suelo, vio que ya estaba blanco.

-¡Lo que nos faltaba! -dijo Ford-. Una cochina ventisca -y se estremeció al tiempo que hundía su cara de zorro en el cuello del abrigo-. Vamos -dijo-. Veamos si hay algo más.

Butcher se arrodilló otra vez y empezó a hurgar en el suelo, luego, con el tono tranquilo y despreocupado del que busca una sorpresa en un barril de serrín, extrajo otra

bandeja y se la enseñó a Ford, que la cogió y la puso con las otras tres. Luego Ford se arrodilló al lado de Butcher y se puso a cavar en el suelo.

Durante una hora entera los dos hombres siguieron cavando y rascando en el agujero de noventa centímetros de diámetro. Y durante aquella hora encontraron y depositaron en el suelo ¡no menos de treinta y cuatro piezas separadas! Había platos, cuencos, copas, cucharas, cucharones y otros objetos diversos, todos ellos recubiertos por una costra, pero perfectamente reconocibles. Y durante todo el rato la ventisca rugió en torno a ellos y la nieve formó blancos montoncitos sobre sus gorras y hombros, y los copos se derritieron en sus mejillas haciendo que riachuelos de agua helada se les metieran por el cuello de la camisa. Un enorme glóbulo de líquido medio congelado colgaba continuamente, como una gota de nieve, de la punía de la afilada nariz de Ford.

Trabajaban en silencio. Hacía demasiado frío para hablar. Y a medida que iban sacando un artículo precioso tras otro, Ford los colocaba cuidadosamente en el suelo, formando hileras, deteniéndose de vez en cuando para quitar la nieve acumulada sobre un plato o una cuchara que corría el peligro de quedar cubierto por completo.

Finalmente Ford dijo:

-Me parece que esto es todo.

-Sí.

Ford se puso en pie y golpeó el suelo con los pies.

-¿Tienes un saco en el tractor? -preguntó, y mientras Butcher iba en busca del saco, se volvió y se quedó contemplando las treinta y cuatro piezas que yacían sobre la nieve a sus pies. Las contó otra vez. Si eran de plata, como seguramente eran, y si eran romanas, como indudablemente eran, entonces se trataba de un descubrimiento que sacudiría el mundo.

-Sólo hay un saco sucio y viejo -dijo Butcher desde el tractor.

-Servirá.

Butcher se acercó con el saco y lo mantuvo abierto mientras Ford metía cuidadosamente los objetos dentro de él. Cupieron todos menos uno. La maciza bandeja de sesenta centímetros era demasiado grande para pasar por la boca del saco.

Los dos hombres sentían verdadero frío ahora. Se habían pasado más de una hora arrodillados y escarbando en el campo abierto, envueltos por la ventisca. Ya habían caído casi quince centímetros de nieve. Butcher estaba medio congelado. Sus mejillas eran blancas como las de un cadáver, con manchas amoratadas, y tenía los pies dormidos como si fuesen de madera; y cuando movía las piernas no podía sentir el suelo bajo sus pies. Tenía mucho más frío que Ford. Su abrigo y el resto de su ropa no eran tan gruesos como los de Ford y desde primera hora de la mañana había estado sentado en el alto sillín del tractor, expuesto al viento helado. Su rostro blanco y azulado permanecía tenso e inmóvil. Todo lo que quería era volver a casa con su familia y sentarse junto al fuego que en aquel momento estaría ardiendo en el hogar.

Ford, por el contrario, no pensaba en el frío. Su mente estaba concentrada exclusivamente en una cosa: cómo apoderarse del fabuloso tesoro. Su posición no era fuerte y él lo sabía muy bien.

En Inglaterra existe una ley muy curiosa acerca del hallazgo de tesoros de oro o plata. Esta ley data de centenares de años y todavía hoy se hace cumplir rigurosamente. La ley establece que si una persona saca del suelo, incluso de su propio jardín, un trozo de metal que sea oro o plata, este trozo de metal se convierte inmediatamente en lo que se

denomina «tesoro hallado» y es propiedad de la corona. Actualmente la corona no significa el rey o la reina propiamente dichos, sino que se refiere al país o al gobierno. La ley dice también que constituye delito ocultar semejante hallazgo. Sencillamente no se te permite esconder lo hallado y quedártelo para ti. Debes dar cuenta del mismo en el acto, preferiblemente a la policía. Y si das cuenta de él inmediatamente, tú, como autor del hallazgo, tienes derecho a recibir del gobierno el importe en dinero del valor total que el objeto tenga en el mercado. No estás obligado a dar parte del descubrimiento de otros metales. Se te permite encontrar tanto peltre, bronce, cobre o incluso platino como desees y te lo puedes quedar todo para ti, mas no así el oro o la plata.

La otra parte curiosa de esta curiosa ley es ésta: es la persona que descubre el tesoro en primer lugar la que recibe la recompensa del gobierno. El propietario de la tierra no recibe nada: a no ser, claro está, que el autor del hallazgo se encuentre sin permiso en dicha tierra en el momento de efectuar el descubrimiento. Pero si el autor del hallazgo ha sido contratado por el propietario para que lleve a cabo un trabajo, entonces él, el autor del hallazgo, recibe la totalidad de la recompensa.

En el caso que nos ocupa, el autor del hallazgo era Gordon Butcher. Además, no se hallaba en finca ajena sin permiso, sino que estaba ejecutando el trabajo para el que había sido contratado. El tesoro, por consiguiente, pertenecía a Butcher y a nadie más. Todo lo que tenía que hacer era cogerlo y mostrarlo a un experto, que inmediatamente lo identificaría como plata, y entregarlo después a la policía. A su debido tiempo recibiría del gobierno el cien por cien de su valor: tal vez un millón de libras.

Todo esto dejaba a Ford al margen, y él lo sabía. La ley no le confería derecho alguno sobre el tesoro. Así, pues, debió de pensar que la única probabilidad de hacerse con el tesoro residía en el hecho de que Butcher era un hombre ignorante que no conocía la ley y que, por lo demás, no tenía la menor idea del valor del hallazgo. Lo más probable era que en cuestión de unos días Butcher se olvidara por completo del asunto. Era un sujeto demasiado candoroso, ingenuo, confiado y desinteresado para pensar

Ahora bien, allí en el campo desolado y cubierto de nieve, Ford se agachó y con una mano asió el enorme plato. Lo alzó pero sin levantarlo del suelo. El borde inferior siguió descansando sobre la nieve. Con la otra mano asió el extremo superior del saco. Tampoco alzó el saco. Sólo lo sujetó. Y allí se quedó en medio de la lluvia de copos de nieve, abrazando el tesoro con ambas manos, por decirlo así, pero sin llegar a cogerlo. Fue un gesto sutil y astuto. De alguna manera significaba la propiedad antes de que se hubiera hablado de ésta. Un niño pequeño hace lo mismo cuando alarga la mano y cierra los dedos sobre el • bombón de chocolate más grande que hay en la bandeja y luego dice: «¿Puedo coger éste, mamá?» Ya lo ha cogido.

-Bien, Gordon -dijo Ford, agachado y sujetando el saco y el plato grande con los dedos enguantados-. Supongo que estas cosas viejas no te interesan.

No era una pregunta. Era la afirmación de un hecho disfrazada de pregunta.

La ventisca seguía rugiendo. Nevaba tan copiosamente que los dos hombres apenas podían verse.

-Deberías irte a casa y calentarte un poco -prosiguió Ford-. Pareces muerto de frío.

-Me siento como si estuviera muerto de frío -dijo Butcher.

-Entonces sube al tractor y regresa rápido a casa -dijo Ford, muy considerado y bondadoso él-. Deja el arado aquí y la bicicleta en mi casa. Lo importante es que regreses y te calientes antes de que pilles una pulmonía.

-Me parece que eso es justamente lo que voy a hacer, mister Ford -dijo Butcher-. ¿Podrá llevar ese saco usted solo? ¡Pesa una tonelada!

-Puede que ni siquiera me tome la molestia de llevármelo hoy -dijo Ford sin darle importancia al asunto-. A lo mejor lo dejo aquí y ya volveré a recogerlo en otro momento. Total son trastos viejos y oxidados.

-Hasta la vista pues, mister Ford.

-Adiós, Gordon.

Gordon Butcher subió al tractor y se alejó en medio de la ventisca.

Ford se echó el saco a la espalda y luego, no sin dificultad, levantó la bandeja maciza con la otra mano y se la metió debajo del brazo.

-Estoy transportando -se dijo a sí mismo mientras avanzaba penosamente por la nieve-, estoy transportando lo que probablemente es el mayor tesoro jamás encontrado en la historia de Inglaterra.

Cuando Gordon Butcher entró pisando fuerte y soplando por la puerta trasera de su casita de ladrillo a última hora de aquella misma tarde, se encontró a su esposa planchando junto al fuego. La mujer levantó los ojos y vio su rostro blanco y amoratado y la nieve incrustada en su ropa.

-¡Cielo santo, Gordon! ¡Pareces muerto de congelación! -exclamó.

-Lo estoy -dijo él-. Ayúdame a quitarme esta ropa, amor. Apenas puedo mover los dedos.

La esposa le quitó los guantes, el abrigo, la chaqueta, la camisa mojada. Luego le quitó las botas y los calcetines. Fue en busca de una toalla y le frotó vigorosamente el pecho y la espalda para que la sangre volviese a circular normalmente. Después le frotó los pies.

-Siéntate junto al fuego -dijo- y te traeré una taza de té bien caliente.

Al cabo de un rato, ya cómodamente instalado junto al fuego, vestido con ropa seca y el tazón de té en la mano, Gordon le contó lo que había ocurrido aquella tarde.

-Ese mister Ford es un zorro -dijo ella, sin apartar la vista de la prenda que estaba planchando-. Nunca me ha gustado.

-Se excitó mucho a causa del hallazgo, tenlo por seguro -dijo Gordon Butcher-. Saltaba como una liebre.

-Puede que sí -dijo la esposa-. Pero deberías haber tenido más sentido común y no haberte puesto a gatear bajo una ventisca sólo porque mister Ford te lo ordenó.

-Estoy bien -dijo Gordon Butcher-. Ya voy entrando en calor.

Y ésa, créanlo o no, fue más o menos la última vez que el asunto del tesoro fue comentado en casa de Butcher durante unos cuantos años.

Al lector debería recordársele que todo esto sucedía en 1942, es decir, durante la guerra. Inglaterra estaba totalmente absorta en la guerra desesperada contra Hitler y Mussolini. Alemania bombardeaba Inglaterra e Inglaterra bombardeaba Alemania, y casi cada noche Gordon Butcher oía el rugido de los motores en el gran aeródromo de la cercana Mildenhall cuando los bombarderos despegaban con destino a Hamburgo, Berlín, Kiel, Wilhelmshaven o Frankfurt. A veces se despertaba por la madrugada y los oía regresar a casa y a veces la aviación alemana volaba por encima de su casa para bombardear el aeródromo, y entonces la casa de los Butcher se estremecía a causa de las

bombas que estallaban no muy lejos de allí.

El propio Butcher estaba exento del servicio militar. Era agricultor, hábil en el manejo del arado, y le habían dicho, al presentarse como voluntario en 1939, que no le necesitaban. Le habían dicho que la isla debía seguir bien abastecida de alimentos y que era de vital importancia que los hombres como él siguieran en su puesto y cultivasen la tierra.

Ford también estaba exento, ya que tenía el mismo oficio.

Era soltero, vivía solo y, por consiguiente, podía llevar una vida secreta y hacer cosas secretas entre las cuatro paredes de su casa.

Y así, en aquella terrible tarde de nieve en que desenterraron el tesoro, Ford se lo llevó a casa y lo colocó todo sobre una mesa de la habitación posterior.

¡Treinta y cuatro piezas distintas! Cubrían toda la mesa. Y a juzgar por su aspecto, su estado era maravilloso. La plata no se oxida. La costra verde de herrumbre incluso puede proteger la superficie del metal que hay debajo. Y con un poco de cuidado podía quitarse por completo.

Ford decidió utilizar un producto doméstico corriente, llamado «Silvo», que se utilizaba para dar brillo a la plata, así que compró un buen surtido del mismo en la ferretería de Mildenhall. Luego cogió primero la bandeja grande de sesenta centímetros de diámetro, que pesaba más de ocho kilos. Trabajaba en ella por la noche. La empapó bien con «Silvo». Después frotó y frotó. Durante más de dieciséis semanas trabajó pacientemente, limpiando sólo aquella bandeja.

Al final, una noche memorable, apareció una pequeña porción de plata reluciente en el lugar donde tanto frotara, y sobre la plata se veía parte de la cabeza de un hombre en relieve, bellamente labrada.

Siguió trabajando en ella y poco a poco la porción de metal reluciente fue haciéndose más y más grande, al mismo tiempo que la costra de herrumbre retrocedía hacia los bordes, hasta que finalmente la superficie de la enorme bandeja apareció ante sus ojos con todo su esplendor, cubierta totalmente por un maravilloso dibujo de animales y hombres y otras muchas cosas legendarias.

Ford quedó atónito ante la belleza de la bandeja. Estaba llena de vida y movimiento. Había una cara feroz con el pelo enmarañado, una cabra con cabeza humana que bailaba, había hombres y mujeres y animales de muchas clases haciendo cabriolas alrededor del borde, y sin duda alguna todos ellos contaban una historia.

Seguidamente se puso a limpiar el reverso de la bandeja. Necesitó semanas y semanas. Y cuando la tarea quedó completada y toda la bandeja brillaba como una estrella por ambos lados, la guardó en lugar seguro: en el último cajón de su gran aparador de roble, tras lo cual cerró con llave la puerta del mismo.

Una a una fue ocupándose de las restantes treinta y tres piezas. Para entonces una especie de manía ya se había apoderado de él, una fuerza irresistible que le empujaba a hacer que cada uno de los objetos brillase con todo el esplendor de la plata. Quería ver la totalidad de las treinta y cuatro piezas expuestas en la mesa grande y formando un deslumbrante despliegue de plata. Deseaba eso más que cualquier otra cosa y trabajaba desesperadamente para ver cumplido su deseo.

Seguidamente limpió los dos platos pequeños, luego la voluminosa escudilla acanalada, después los cinco cucharones, las copas, las cucharas. Cada una de las piezas fue limpiada con el mismo cuidado hasta hacerla brillar igual que las demás. Y cuando

hubo acabado con todas, ya habían transcurrido dos años y corría el año 1944.

Pero a ningún extraño le fue permitido contemplar el hallazgo. Ford no habló del asunto con ningún hombre ni ninguna mujer, y Rolfe, el propietario de la parcela de Thistley Green donde se había encontrado el tesoro, nada supo salvo que Ford, o alguien contratado por éste, había arado su tierra extremadamente bien, haciendo unos surcos muy profundos.

Cabe imaginarse por qué Ford escondió el tesoro en lugar de dar parte del hallazgo a la policía. De haber dado parte, se lo hubieran quitado y Gordon Butcher hubiese recibido una recompensa por ser el autor del hallazgo. Le habrían recompensado con una fortuna. Así que lo único que podía hacer Ford era conservarlo y tenerlo escondido con la esperanza de poder venderlo secretamente a algún anticuario o coleccionista al cabo de cierto tiempo.

También es posible, por supuesto, ver las cosas desde un punto de vista más caritativo y suponer que Ford se guardó el tesoro sólo porque amaba las cosas bellas y quería tenerlas a su alrededor. Nadie sabrá jamás la verdadera respuesta.

Transcurrió otro año.

La guerra contra Hitler terminó en victoria.

Y entonces, en 1946, poco después de Pascua, alguien llamó a la puerta de Ford y éste la abrió.

-Hola, mister Ford. ¿Cómo está usted? Hacía años que no nos veíamos.

-Hola, doctor Fawcett -dijo Ford-. ¿Qué tal le ha ido?

-Bien, gracias -dijo el doctor Fawcett-. Ha pasado mucho tiempo, ¿verdad?

-Sí -dijo Ford-. La guerra nos ha tenido a todos muy ocupados.

-¿Me permite pasar? -preguntó el doctor Fawcett.

-No faltaría más -dijo Ford.

El doctor Hugh Alderson Fawcett era un perspicaz y culto arqueólogo que antes de la guerra solía visitar a Ford una vez al año en busca de piedras antiguas o puntas de flecha. Durante los doce meses precedentes Ford solía reunir una colección de tales objetos y siempre se mostraba dispuesto a vendérselos a Fawcett. Raramente eran de mucho valor, pero de vez en cuando aparecía algo realmente bueno.

-Bien -dijo el doctor Fawcett, quitándose el abrigo en el recibidor-. Bien, bien, bien. Han pasado casi siete años desde mi última visita.

-Sí, ha pasado mucho tiempo -dijo Ford.

Ford le condujo a la habitación de delante y le enseñó una caja llena de puntas de flecha fabricadas con piedras y que habían sido recogidas en el distrito. Algunas eran buenas, otras no lo eran tanto. Fawcett las examinó, las clasificó y finalmente hicieron un trato.

-¿Nada más?

-No, creo que no.

Ford deseaba fervorosamente que el doctor Fawcett no hubiese vuelto jamás. Y deseaba aún más fervorosamente que se marchase cuanto antes.

Fue en aquel momento cuando Ford se fijó en algo que le hizo sudar. De pronto vio que sobre la repisa de la chimenea se había dejado olvidadas las dos cucharas romanas

más bellas de todo el hallazgo. Las cucharas le habían fascinado porque cada una de ellas llevaba grabado el nombre de una niña romana a la que se las habían regalado, seguramente con motivo de su bautizo, sus padres romanos que se habían convertido al cristianismo. Uno de los nombres era Pascentia, el otro era Papittedo. Unos nombres bastante bonitos.

Sudando de miedo, Ford trató de colocarse entre el doctor Fawcett y la repisa de la chimenea. Pensó que tal vez incluso podría meterse las cucharas en el bolsillo si se le presentaba la oportunidad.

La oportunidad no se presentó.

Quizá Ford las había bruñido tan bien que un destello de plata captó la atención del doctor. ¿Quién sabe? Lo cierto es que Fawcett las vio y en cuanto las vio saltó como un tigre.

-¡Por todos los santos! -exclamó-. ¿Qué es esto?

-Peltre -dijo Ford, sudando más que nunca-. No son más que un par de viejas cucharas de peltre.

-¿Peltre? -exclamó Fawcett, cogiendo una de las cucharas y examinándola-. ¡Peltre! ¿A esto lo llama *peltre?*

-En efecto -dijo Ford-. Es peltre.

-¿Sabe usted qué es esto? -preguntó Fawcett con voz cada vez más aguda a causa de la excitación-. ¿Quiere que le diga qué es realmente esto?

-No necesita decírmelo -dijo Ford con tono truculento-. Ya sé qué es. Es peltre viejo. Y muy bonito, por cierto.

Fawcett leyó la inscripción en letras romanas que había en la cavidad de la cuchara.

-¡Papittedo! -exclamó.

-¿Qué significa eso? -le preguntó Ford.

Fawcett cogió la otra cuchara.

-Pascentia -dijo-. ¡Qué hermosos! ¡Son los nombres de niños romanos! ¡Y estas cucharas, amigo mío, están hechas de plata maciza! ¡Plata romana maciza!

-¡No es posible! -dijo Ford.

-¡Son magníficas! -exclamó Fawcett, extasiándose-. ¡Son perfectas! ¡Son increíbles! ¿Dónde diablos las encontró? ¡Es importantísimo saber dónde las encontró! ¿Había algo más con ellas?

Fawcett iba pegando botes por toda la habitación.

-Pues... -dijo Ford, pasándose la lengua por los labios secos.

-¡Tiene que dar parte inmediatamente! -exclamó Fawcett-. ¡Esto es un «tesoro hallado»! ¡Tenga la seguridad de que el Museo Británico las querrá! ¿Cuánto tiempo hace que las tiene?

-Sólo un poquito -le dijo Ford.

-¿Y quién las encontró? -preguntó Fawcett, mirándole a los ojos-. ¿Las encontró usted mismo o las recibió de otra persona? ¡Esto es esencial! ¡Quien las encontró podrá hablarnos de ello!

A Ford le pareció que las paredes de la habitación amenazaban con aplastarle y no sabía qué tenía que hacer.

-¡Vamos, hombre! ¡Por fuerza sabrá de dónde las sacó! Tendrá que dar toda clase de detalles cuando las entregue. ¿Me promete que las entregará a la policía inmediatamente?

-Pues... -dijo Ford.

-Si no lo hace, me temo que tendré que dar parte yo mismo -le dijo Fawcett-. Es mi deber.

La cosa ya no tenía remedio, y Ford lo sabía. Le harían mil y una preguntas. ¿Cómo las encontró? ¿Cuándo las encontró? ¿Qué hacía usted? ¿Exactamente dónde las encontró? ¿De quién es el campo que usted estaba arando? Y era inevitable que tarde o temprano el nombre de Gordon Butcher saliera a relucir. Y entonces, cuando interrogasen a Butcher, éste se acordaría de la magnitud del hallazgo y lo contaría todo.

De modo que el juego se había terminado. Y la única cosa que podía hacerse en aquel momento era abrir las puertas del aparador grande y mostrarle todo el hallazgo al doctor Fawcett.

La única excusa que podía dar Ford por haberse quedado con todo era que creía que se trataba de peltre. Se dijo a sí mismo que si se aferraba a tal excusa, no podrían hacerle nada.

Probablemente el doctor Fawcett sufriría un ataque cardíaco cuando viera lo que había dentro del aparador.

-En realidad, hay bastantes cosas más -dijo Ford.

-¿Dónde? -exclamó Fawcett, girando en redondo-. ¿Dónde están? ¡Vamos, dígamelo, hombre! ¡Enséñemelo!

-De veras creía que eran de peltre -dijo Ford, acercándose lentamente y de muy mala gana al aparador de roble-. De no ser así, como es natural, habría dado parte en seguida.

Se inclinó para abrir las puertas del aparador.

Y efectivamente, entonces el doctor Hugh Alderson Fawcett estuvo en un tris de sufrir un ataque cardíaco. Se postró de rodillas. Soltó un respingo. Se le atragantó la saliva. Empezó a echar salpicaduras como una marmita vieja. Alargó las manos para coger la gran bandeja de plata. La sostuvo con manos temblorosas y el rostro se le puso blanco como la nieve. No dijo nada. No podía. Quedó literal, física y mentalmente paralizado al ver el tesoro.

La parte interesante de la historia termina aquí. El resto es pura rutina. Ford se presentó en el cuartelillo de policía de Mildenhall y dio parte de lo ocurrido. La policía se presentó inmediatamente en su casa y recogió la totalidad de las treinta y cuatro piezas, que fueron enviadas con una escolta al Museo Británico para su examen.

Luego la policía de Mildenhall recibió un mensaje urgente del museo. Era con mucho la mejor plata romana jamás encontrada en las islas Británicas. Su valor era enorme. El museo (que es de hecho una institución pública gubernamental) expresó su deseo de adquirirla. De hecho insistió en adquirirla.

Las ruedas de la ley empezaron a girar. Se dispuso que se llevase a cabo una investigación judicial en la ciudad más cercana: Bury Saint Edmunds. Allí fue trasladada la plata con una escolta especial de la policía. Ford fue llamado a comparecer ante el juez de primera instancia y un jurado compuesto de catorce personas. Al mismo tiempo a Gordon Butcher, aquel hombre bueno y callado, se le ordenó presentarse para prestar declaración.

El lunes primero de julio de 1946 se celebró la vista, y el juez de primera instancia sometió a Ford a un detenido interrogatorio.

-¿Usted creyó que se trataba de peltre?

-Sí.

-¿Incluso después de limpiar los objetos?

-Sí.

-¿No dio ningún paso para comunicar el hallazgo a algún experto?

-No.

-¿Qué pensaba hacer con los objetos?

-Nada. Sólo guardarlos.

Y cuando hubo terminado de prestar declaración, Ford pidió permiso para salir a tomar el aire fresco porque, según dijo, se sentía algo mareado. A nadie le sorprendió.

Entonces hicieron comparecer a Butcher, que con unas pocas y sencillas palabras relató su participación en el asunto.

El doctor Fawcett dio testimonio y lo mismo hicieron otros doctos arqueólogos, todos los cuales confirmaron la extrema rareza del tesoro. Dijeron que databa del siglo cuarto después de Cristo; que era el servicio de mesa de alguna acaudalada familia romana; que probablemente había sido enterrado por el mayordomo del propietario para ponerlo a salvo de la rapiña de los pictos y los escoceses, que llegaron del norte en los años 365 a 367 de nuestra era y saquearon numerosos asentamientos romanos. Probablemente el hombre que enterrara el tesoro había sido liquidado por un picto o un escocés y desde entonces la plata había permanecido enterrada treinta centímetros bajo tierra. La hechura de los objetos, dijeron los expertos, era magnífica. Puede que parte de los mismos hubiese sido ejecutada en Inglaterra, pero lo más probable era que los artículos hubiesen sido hechos en Italia o en Egipto. La bandeja grande, ni que decir tiene, era la mejor pieza de toda la colección. La cabeza grabada en su centro era la de Neptuno, el dios del mar, con delfines en su cabello y algas en la barba. A su alrededor retozaban ninfas y monstruos marinos. En el ancho borde de la bandeja se encontraban Baco y sus acompañantes. Corrían el vino y la alegría. Hércules estaba presente, completamente borracho, apoyado por dos sátiros, y la piel de león se le había caído de los hombros. También estaba Pan, bailando con sus patas de cabra y sosteniendo su flauta en la mano. Y por doquier había ménades, las sacerdotisas de Baco, unas mujeres algo achispadas.

Se informó también al tribunal de que varias cucharas llevaban el monograma de Cristo (Ji-Rho) y que las dos que ostentaban los nombres de Pascentia y Papittedo indudablemente eran regalos de bautizo.

Los expertos concluyeron sus declaraciones y el tribunal levantó la sesión. El jurado no tardó en volver a la sala y su veredicto fue asombroso. Nadie fue culpado de nada, aunque el autor del hallazgo ya no tenía derecho a recibir compensación plena de la corona debido a que no había dado parte en el acto. No obstante, probablemente se le pagaría cierta compensación y a tal efecto el jurado declaró que los autores del hallazgo eran Ford y Butcher conjuntamente.

No Butcher. Ford y Butcher.

Nada más hay que contar, salvo que el tesoro fue adquirido por el Museo Británico, donde actualmente se encuentra orgullosamente expuesto a la vista de todos en una gran vitrina. Y ya hay gente que ha recorrido grandes distancias para admirar aquellos

objetos preciosos que Gordon Butcher encontrara bajo su arado aquella fría y ventosa tarde de invierno. Algún día se escribirán uno o dos libros sobre ello, libros llenos de suposiciones y abstrusas conclusiones, y los hombres que frecuentan los círculos arqueológicos hablarán para siempre del tesoro de Mildenhall.

El Museo Británico tuvo el gesto de recompensar a los coautores del hallazgo con la suma de mil libras esterlinas a cada uno. Butcher, el verdadero autor del hallazgo, se sintió felizmente sorprendido al recibir tanto dinero. No se dio cuenta de que, si le hubiesen permitido llevarse el tesoro a casa de buen principio, era casi seguro que habría revelado su existencia y, por consiguiente, habría tenido derecho a percibir el cien por cien de su valor, es decir, una suma comprendida entre el medio millón y el millón de libras.

Nadie sabe qué pensó Ford de todo ello. Debió de sentirse aliviado y puede que algo sorprendido al oír que el tribunal se había creído su historia sobre el peltre. Pero, por encima de todo, debió de quedar destrozado ante la pérdida de su gran tesoro. Durante el resto de su vida se pegaría patadas por dejar aquellas dos cucharas en la repisa de la chimenea para que las viese el doctor Fawcett.

EL CISNE

A Ernie le habían regalado un rifle del calibre veintidós con motivo de su cumpleaños. Su padre, que ya estaba repanchigado en el sofá mirando la tele a las nueve y media de la mañana de aquel sábado, dijo:

-Veamos qué eres capaz de cazar, hijo mío. Sé útil y tráenos un conejo para la cena.

-Hay conejos en ese campo grande del otro lado del lago -dijo Ernie-. Los he visto.

-Entonces ve a cazar uno -dijo el padre, limpiándose los restos del desayuno que tenía entre los dientes con una cerilla partida-. Sal a cazar un conejo para nosotros.

-Os traeré dos -dijo Ernie.

-Y cuando vuelvas -dijo el padre-, me traes una botella de cerveza negra.

-Dame el dinero, pues -dijo Ernie.

Sin apartar los ojos de la pantalla del televisor, el padre buscó un billete de una libra en sus bolsillos.

-Y no trates de quedarte con el cambio como hiciste la última vez -dijo-. Si lo intentas, te tiraré de las orejas, sea o no sea tu cumpleaños.

-No te preocupes -dijo Ernie.

-Y si quieres practicar tu puntería con ese rifle -dijo el padre-, los pájaros son lo mejor. A ver cuántos gorriones consigues cazar, ¿de acuerdo?

-De acuerdo -dijo Ernie-. Los setos que hay junto al camino están llenos de gorriones. Cazar gorriones es fácil.

-Si crees que cazar gorriones resulta fácil -dijo el padre-, a ver si cazas una hembra de reyezuelo. Las hembras de reyezuelo son la mitad de grandes que los gorriones y nunca permanecen un segundo en el mismo sitio. Caza una hembra de reyezuelo antes de ponerte a fanfarronear sobre lo listo que eres.

-Vamos, Albert -dijo su esposa, apartando los ojos del fregadero-. No está nada bien cazar pajaritos cuando están en época de anidar. Los conejos son otra cosa, pero cazar pajaritos en época de anidar es algo muy distinto.

-Cierra el pico -dijo el padre-. Nadie te ha pedido tu opinión. Y escúchame, muchacho -añadió, dirigiéndose a Ernie-. No vayas enseñando esto por la calle, porque no tienes permiso de armas. Escóndelo en la pernera del pantalón hasta que estés en el campo, ¿entendido?

-No te preocupes -dijo Ernie.

Cogió el rifle y la caja de balas y salió a ver qué podía matar. Ernie era un gamberro corpulento que cumplía quince años aquel día. Al igual que su padre, que era camionero, tenía unos ojillos que más bien parecían rajas y estaban muy juntos cerca de la parte superior de la nariz. Tenía la boca floja y los labios mojados a menudo. Criado

en una casa donde la violencia física era pan de cada día, el mismo Ernie era una persona extremadamente violenta. Casi todos los sábados por la tarde él y una pandilla de amigos cogían el tren o el autobús para presenciar algún partido de fútbol y consideraban que habían desperdiciado el día si antes de regresar a casa no se habían metido en alguna pelea encarnizada. A Ernie le gustaba horrores atrapar algún niño pequeño al salir de la escuela y retorcerle el brazo contra la espalda. Luego le ordenaba decir cosas insultantes y asquerosas sobre sus propios padres.

-¡Ay! ¡No, Ernie! ¡No, por favor!

-¡Dilo o te arranco el brazo!

Siempre lo decían. Entonces él les retorcía el brazo una vez más y la víctima se marchaba llorando desconsoladamente.

El mejor amigo de Ernie se llamaba Raymond. Vivía cuatro puertas más allá y, para la edad que tenía, también él era un chico corpulento. Pero, mientras que Ernie era grueso y grosero, Raymond era alto, esbelto y musculoso.

Al llegar frente a la casa de Raymond, Ernie se metió dos dedos en la boca y emitió un silbido largo y estridente. Raymond salió casi en seguida.

-Mira qué me han regalado para mi cumpleaños -dijo Ernie, mostrándole el rifle.

-¡Atiza! -exclamó Raymond-. ¡Con eso lo pasaremos bomba!

Los dos muchachos se pusieron en camino. Era la mañana de un sábado del mes de mayo y el campo presentaba un aspecto bellísimo alrededor del pueblecito donde vivían Ernie y Raymond. Los castaños habían florecido y los espinos de los setos estaban blancos. Para llegar al campo grande de los conejos, Ernie y Raymond tuvieron que bajar primero por un sendero angosto, bordeado de setos, durante cosa de medio kilómetro. Después tuvieron que cruzar la vía férrea y dar la vuelta al lago grande, cobijo de patos silvestres y pollas de agua y fojas y mirlos. Más allá del lago, al otro lado de la colina, estaba el campo de los conejos. El campo era propiedad de mister Douglas Highton y el mismo lago era refugio de aves acuáticas.

Durante el camino se turnaron con el rifle, disparando contra los pajaritos posados en los setos. Ernie cobró un pinzón real y una curruca. Raymond cazó un segundo pinzón real, una curruca zarcera y un escribano cerillo. Cada pájaro que mataban era atado por las patas a un cordel. Raymond jamás iba a ninguna parte sin llevar un grueso ovillo de cordel en el bolsillo de la chaqueta y un cuchillo. Ahora había ya cinco pajaritos colgando del cordel.

-¿Sabes qué? -dijo Raymond-. Podemos comérnoslos.

-¡No digas estupideces! -dijo Ernie-. Ninguno de ellos tiene carne suficiente siquiera para alimentar a una cochinilla.

-Sí tienen -dijo Raymond-. Los franchutes se los comen y lo mismo hacen los italianos. Mister Sanders nos lo dijo en clase. Dijo que los franchutes y los italianos tienden redes para cazarlos por millones y luego se los comen.

-De acuerdo, pues -dijo Ernie-. Veamos cuántos conseguimos cazar. Luego nos los llevaremos a casa y los meteremos en el estofado de conejo.

Siguieron avanzando por el sendero y disparando contra todos los pajaritos que veían. Cuando llegaron a la línea férrea, del cordel colgaban catorce pajaritos.

-¡Eh! -susurró Ernie, señalando con uno de sus largos brazos-. ¡Mira allí!

Había un grupo de árboles y arbustos al lado de las vías y junto a uno de los arbustos

se encontraba un niño pequeño. Tenía unos prismáticos con los que enfocaba las ramas de un árbol añejo.

-¿Sabes quién es? -susurró Raymond-. Es ese pequeño imbécil de Watson.

-¡Tienes razón! -susurró Ernie-. Es Watson, ¡la escoria de la tierra!

Peter Watson era siempre el enemigo. Ernie y Raymond detestaban a Peter porque éste era casi todo lo que ellos no eran. Peter tenía un cuerpo pequeño y frágil. Su cara estaba llena de pecas y llevaba gafas de cristales gruesos. Era un alumno brillante que, pese a tener sólo trece años, ya iba a la clase de los mayores. Amaba la música y tocaba muy bien el piano. Los deportes no se le daban bien. Era callado y cortés. Su ropa, aunque remendada y zurcida, siempre estaba limpia. Y su padre no conducía un camión ni trabajaba en una fábrica. Era empleado de banca.

-Vamos a darle un susto a ese tunante -susurró Ernie.

Los dos muchachotes se acercaron sigilosamente a Peter, que no pudo verlos porque aún tenía los prismáticos en los ojos.

-¡Manos arriba! -gritó Ernie, apuntando con el rifle.

Peter Watson pegó un bote. Bajó los prismáticos y se quedó mirando a los dos intrusos a través de los gruesos cristales de sus gafas.

-¡Vamos! -gritó Ernie-. ¡Las manos arriba!

-Yo en tu lugar no apuntaría con ese rifle -dijo Peter Watson.

-¡Aquí las órdenes las damos nosotros! -exclamó Ernie.

-Así que arriba esas manos -dijo Raymond-, ¡a menos que prefieras que te metamos una bala en las tripas!

Peter Watson permaneció completamente inmóvil, sujetando los prismáticos con ambas manos. Miró a Raymond. Luego miró a Ernie. No tenía miedo, pero sabía que era mejor no hacer el tonto con aquel par. A lo largo de los años había sufrido mucho a causa de sus atenciones.

-¿Qué queréis? -preguntó.

-¡Que subas las manos! -le chilló Ernie-. ¿Es que no entiendes el inglés?

Peter Watson no se movió.

-Contaré hasta cinco -dijo Ernie-. Y si para entonces no las has subido, te pego un tiro en la barriga. Uno... dos... tres...

Lentamente Peter Watson levantó las manos por encima de la cabeza. Era la única cosa sensata que podía hacer. Raymond dio un paso al frente y le arrebató los prismáticos de las manos.

-¿Qué es esto? -dijo secamente-. ¿A quién estás espiando?

-A nadie.

-No mientas, Watson. ¡Estas cosas se utilizan para espiar! ¡Apuesto a que nos estabas espiando a nosotros! Es cierto, ¿no? ¡Confiésalo!

-Os aseguro que no os estaba espiando.

-Dale un coscorrón en la oreja -ordenó Ernie-. Enséñale a no mentirnos.

-Ahora mismo lo haré -dijo Raymond-. Déjame que me prepare.

Peter Watson estudió la posibilidad de intentar la fuga. Lo único que podía hacer era

girar en redondo y echar a correr, pero eso no hubiese servido de nada. Le habrían atrapado en cuestión de segundos. Y si gritaba pidiendo socorro, nadie le oiría. Así, pues, todo lo que podía hacer era conservar la calma y tratar de salir del apuro a fuerza de razonamientos.

-¡No bajes las manos! -ladró Ernie, moviendo el cañón del fusil de un lado a otro, como había visto hacer a los gángsters de la tele-. ¡Vamos, chico, las manos bien altas!

Peter hizo lo que le ordenaban.

-Vamos a ver: ¿a quién estabas espiando? -preguntó Raymond-. ¡Desembucha!

-Estaba contemplando un pito real -dijo Peter.

-¿Un qué?

-Un pito real macho. Estaba picando el tronco de ese árbol muerto, buscando gusanos.

-¿Dónde está? -preguntó Ernie, alzando el fusil-. ¡Me lo voy a cargar!

-No, no te lo cargarás -dijo Peter, mirando la ristra de pajaritos que colgaba del hombro de Raymond-. Salió volando en cuanto os oyó gritar. Los pitos reales son unos pájaros muy asustadizos.

-¿Por qué lo estabas contemplando? -preguntó Raymond con suspicacia-. ¿Para qué sirve? ¿Es que no tienes nada mejor que hacer?

-Es divertido observar los pájaros -dijo Peter-. Es mucho más divertido que matarlos a tiros.

-Conque sí, ¿eh, descarado? -exclamó Ernie-. ¿De modo que no te gusta que matemos pájaros? ¿Es eso lo que quieres decir?

-Me parece absolutamente sin sentido.

-No te gusta nada de lo que hacemos, ¿no es así? -dijo Raymond.

Peter no contestó.

-Pues voy a decirte algo -prosiguió Raymond-. Tampoco a nosotros nos gusta nada de lo que haces.

A Peter empezaban a dolerle los brazos. Decidió correr un riesgo. Poco a poco los fue bajando hasta los costados.

-¡Arriba! -chilló Ernie-. ¡Rápido!

-¿Y si me niego?

-¡Maldita sea! Tienes mucho descaro, ¿no es así? -dijo Ernie-. Te lo digo por última vez: ¡arriba las manos o aprieto el gatillo!

-Eso sería una acción criminal -dijo Peter-. Sería un caso para la policía.

-¡Y tú serías un caso para el hospital! -dijo Ernie.

-Adelante: dispara -dijo Peter-. Si lo haces, te enviarán al reformatorio. Eso es igual que la cárcel.

Peter vio que Ernie titubeaba.

-Lo estás pidiendo de veras, ¿no es así? -dijo Raymond.

-Lo único que pido es que me dejéis en paz -repuso Peter-. No os he hecho ningún daño.

-Eres un farsante engreído -dijo Ernie-. Eso es exactamente lo que eres: un farsante

engreído.

Raymond se inclinó y le susurro algo al oído a Ernie, que le escuchó con gran atención. Luego se dio una palmada en el muslo y dijo:

-¡Me gusta! ¡Es una gran idea!

Ernie dejó el rifle en el suelo y avanzó hacia el pequeño. Lo agarró y lo derribó al suelo. Raymond se sacó el ovillo de cordel del bolsillo y cortó un trozo. Los dos juntos obligaron al pequeño a juntar los brazos por delante y le ataron fuertemente las muñecas.

-Ahora las piernas -dijo Raymond.

Peter empezó a forcejear y recibió un puñetazo en el estómago. Eso le dejó sin aliento y se quedó inmóvil. Seguidamente le ataron los tobillos con más cordel. Peter quedó atado como una gallina y completamente indefenso.

Ernie recogió el rifle y luego cogió uno de los brazos de Peter con la otra mano. Raymond le asió el otro brazo y juntos empezaron a arrastrar al pequeño por la hierba hacia la línea férrea.

Peter se mantuvo absolutamente callado. Tramasen lo que tramasen, hablar con ellos no iba a solucionar las cosas.

Arrastraron a su víctima por el terraplén hasta llegar a la vía propiamente dicha. Entonces uno lo cogió por los brazos y el otro por los pies, le alzaron y lo depositaron en sentido longitudinal entre dos raíles.

-¡Estáis locos! -exclamó Peter-. ¡No podéis hacer esto!

-¿Quién dice que no podemos? Esto no es más que una leccioncita que te estamos dando para que no seas descarado.

-¡Más cordel! -gritó Ernie.

Raymond sacó el ovillo y los dos muchachotes procedieron a atar a la víctima de tal modo que no pudiera alejarse culebreando de los raíles. Lo hicieron atando el cordel alrededor de cada uno de sus brazos y pasándolo después por debajo de los dos raíles. Luego hicieron lo mismo con la cintura y los tobillos. Una vez hubieron terminado, Peter Watson quedó atado e impotente, virtualmente inmóvil entre los raíles. Las únicas partes de su cuerpo que podía mover un poco eran la cabeza y los pies.

Ernie y Raymond retrocedieron unos pasos para inspeccionar su obra.

-Hemos hecho un buen trabajo -dijo Ernie.

-Por esta línea pasan trenes cada media hora -dijo Raymond-. No tendremos que esperar mucho rato.

-¡Esto es un asesinato! -exclamó el pequeño que yacía entre los raíles.

-No lo es -le dijo Raymond-. No es nada de eso.

-¡Soltadme! ¡Por favor, soltadme! ¡Moriré si pasa algún tren!

-Si mueres, pequeño -dijo Ernie-, será por culpa tuya y voy a decirte por qué. Porque si levantas la cabeza, justo como haces ahora, ¡estás listo, pequeño! No te muevas de como estás y puede que salgas con vida. Por otro lado, puede que no sea así, porque no estoy muy seguro de si queda mucho espacio libre debajo de los trenes. ¿Por casualidad sabes tú, Raymond, cuánto espacio libre hay debajo de los trenes?

-Muy poco -dijo Raymond-. Cada vez los construyen dejando menos espacio debajo.

-Puede que haya suficiente y puede que no -dijo Ernie.

-Pongámoslo de esta manera -dijo Raymond-: Probablemente habría suficiente para una persona normal como yo o tú, Ernie. Pero mister Watson aquí presente... de él ya no estoy tan seguro. Y te diré por qué.

-Dime -dijo Ernie, incitándole a seguir hablando.

-Mister Watson aquí presente tiene la cabeza muy gorda. He aquí el porqué. Tiene tal cabezota que personalmente creo que la parte inferior del tren se la rascará pase lo que pase. Cuidado: no quiero decir que vaya a arrancarle la cabeza. De hecho, estoy seguro de que no lo hará. Pero le va a hacer un buen afeitado. De eso puedes estar completamente seguro.

-Me parece que tienes razón -dijo Ernie.

-No es aconsejable -dijo Raymond- tener un cabezón tan voluminoso y repleto de sesos si uno está tumbado en la vía férrea y se le acerca un tren. Es así, ¿no, Ernie?

-Así es -dijo Ernie.

Los dos muchachotes volvieron a subir por el terraplén y se sentaron sobre la hierba detrás de unos arbustos. Ernie sacó un paquete de cigarrillos y ambos encendieron uno.

Peter Watson, tendido entre los raíles sin poder hacer nada, comprendió que no iban a soltarle. Eran un par de chicos locos y peligrosos. Vivían para el momento y jamás se paraban a pensar en las consecuencias. Peter se dijo que tenía que procurar mantenerse sereno y pensar. Permaneció tumbado, totalmente inmóvil, sopesando sus probabilidades. Estas eran buenas. El punto más alto de su cara era la nariz. Calculó que la punta de la nariz sobresaldría unos diez centímetros por encima de los raíles. ¿Sería demasiado? No estaba muy seguro del espacio libre que quedaba entre el suelo y las dieseis modernas. Desde luego no era mucho. La parte posterior de su cabeza reposaba sobre la grava suelta que había entre dos traviesas. Debía tratar de hacer un pequeño hoyo en la grava. Así, pues, empezó a mover la cabeza de un lado a otro, apartando la grava y formando gradualmente un pequeño hueco en el que meter la cabeza. Al final calculó que había bajado la cabeza cinco centímetros más. Eso bastaría para la cabeza. Pero, ¿y los pies? También ellos sobresalían. Solucionó el problema echando los dos pies atados hacia un lado hasta colocarlos de forma casi paralela al suelo.

Se quedó esperando la llegada del tren. ¿Le vería el maquinista? Era muy poco probable, ya que aquélla era la línea principal Londres-Doncaster-York-Newcastle-Escocia y en ella se utilizaban locomotoras grandes y largas en las que el maquinista ocupaba una cabina situada muy hacia atrás y sólo estaba atento a las señales. En aquella parte del trayecto los trenes solían circular a unos ciento veinte kilómetros por hora. Peter lo sabía. Se había sentado en el terraplén muchas veces para verlos pasar. Cuando era más pequeño solía apuntar el número de los trenes en una libretita y a veces en el costado de la locomotora había un nombre escrito con letras doradas.

Se dijo que, de un modo u otro, iba a ser una experiencia aterradora. El ruido sería ensordecedor y el silbido de un tren circulando a ciento veinte kilómetros por hora tampoco iba a resultar muy divertido. Durante unos momentos se preguntó si el tren, al pasar velozmente sobre él, crearía algún tipo de vacío que tiraría de él hacia arriba. Podía ser que sí. De manera que, pasara lo que pasara, tenía que concentrar toda su atención en mantener todo el cuerpo bien apretado contra el suelo. Debía evitar que el cuerpo perdiera su rigidez. Debía permanecer tenso, apretándose contra el suelo.

-¿Qué tal te va, cara de rata? -le preguntó uno de ellos desde detrás de los arbustos-.

¿Qué tal resulta esperar la ejecución?

Decidió no contestar. Contempló el cielo azul encima de su cabeza y vio que un solo cúmulo se desplazaba de izquierda a derecha. Y para no pensar en lo que iba a ocurrir al cabo de pocos momentos, se puso a jugar a algo que su padre le había enseñado hacía mucho tiempo, en un caluroso día de verano en que los dos se encontraban tumbados boca arriba sobre la hierba que crecía en lo alto de los acantilados de Beachy Head. El juego consistía en buscar caras extrañas entre los pliegues, sombras y ondulaciones de los cúmulos. Su padre le había dicho que si uno forzaba la vista, siempre encontraba algún tipo de cara allí arriba. Peter dejó que sus ojos recorriesen lentamente la nube. En un lugar encontró el rostro de un tuerto que llevaba barba. En otro vio una bruja que tenía el mentón alargado y se reía. Un avión cruzó la nube de este a oeste. Era un monoplano pequeño de alas altas y fuselaje encarnado. Le pareció que se trataba de un viejo «Piper Cub». Lo estuvo observando hasta que desapareció.

Y entonces, de repente, oyó un curioso ruidito vibrante que procedía de los raíles situados a ambos lados de su cuerpo. Era un sonido muy quedo, apenas audible, un ligerísimo susurro monótono que parecía acercarse por los raíles desde muy lejos.

El sonido vibrante de los raíles fue haciéndose más y más fuerte. Alzó la cabeza y miró la línea férrea larga y absolutamente recta que se extendía a lo largo de kilómetro y medio o más hacia la lejanía. Fue entonces cuando vio el tren. Al principio era sólo una manchita, un puntito negro y lejano, pero durante los pocos segundos que mantuvo alzada la cabeza, el puntito fue creciendo y empezó a cobrar forma y pronto dejó de ser un puntito para convertirse en el hocico grande, cuadrado y chato de una locomotora diesel. Peter bajó la cabeza y la apretó con fuerza dentro del pequeño hueco que había cavado en la grava. Echó los pies hacia un lado. Cerró fuertemente los ojos y procuró hundir el cuerpo en el suelo.

El tren pasó por encima de él como una explosión. Fue como si un fusil se hubiera disparado dentro de su cabeza. Y junto con la explosión llegó un viento arrasador y estridente y le pareció que un huracán se le metía por los orificios de la nariz y le llegaba hasta los pulmones. El ruido resultó demoledor. El viento le ahogó. Tuvo la sensación de que algún monstruo asesino se lo estaba comiendo vivo y tragándoselo hacia el interior de su panza.

Y entonces todo terminó. El tren ya había pasado. Peter abrió los ojos y vio el cielo azul y la nube grande y blanca flotando sobre su cabeza. Todo había pasado y lo había conseguido. Había sobrevivido.

-¡No le ha tocado! -dijo una voz.

-¡Qué lástima! -dijo otra voz.

Peter miró hacia un lado y vio a los dos gamberros corpulentos de pie junto a él.

-Córtale las ligaduras -dijo Ernie.

Raymond cortó los cordeles que le tenían atado a los raíles por ambos lados.

-Desátale los pies para que pueda andar, pero déjale las manos atadas -dijo Ernie.

Raymond le cortó los cordeles que le sujetaban los tobillos.

-Levántate -dijo Ernie.

Peter se puso en pie.

-Sigues siendo nuestro prisionero, amigo -dijo Ernie.

-¿Qué me dices de los conejos? -preguntó Raymond-. Creí que íbamos a cazar unos

cuantos conejos.

-Hay tiempo de sobra para eso -contestó Ernie-. Acaba de ocurrírseme que, de paso, podríamos arrojar a ese imbécil al lago.

-Estupendo -dijo Raymond-. Eso le refrescará.

-Ya os habéis divertido -dijo Peter Watson-. ¿Por qué no me dejáis ir ahora?

-Porque estás prisionero -dijo Ernie-. Y no eres un prisionero corriente. Eres un espía. Y ya sabes qué les pasa a los espías cuando los atrapan, ¿no? Los colocan contra el paredón y los fusilan.

Peter no dijo nada más después de aquello. No servía de nada provocar a aquel par. Cuanto menos les dijera y cuanta menos resistencia ofreciera, mayores serían sus probabilidades de salir ileso. No tenía la menor duda de que eran capaces de infligirle graves lesiones corporales. Sabía con certeza que en una ocasión Ernie le había roto el brazo al pequeño Wally Simpson al salir éste de la escuela y que los padres de Wally habían acudido a la policía. También había oído a Ernie jactarse de «darle a las botas» en los partidos de fútbol a los que asistía como espectador. Esto, según tenía entendido Peter, significaba atizar patadas a la cara o el cuerpo de alguien que estuviera caído en el suelo. Aquellos dos eran unos gamberros y, a juzgar por lo que Peter leía diariamente en el periódico de su padre, en modo alguno eran los únicos. Al parecer, el país entero estaba lleno de gamberros. Destrozaban el interior de los trenes, libraban batallas encarnizadas por las calles, utilizando cuchillos, cadenas de bicicleta y barras de metal, atacaban a los transeúntes, especialmente a los otros chicos jóvenes que iban solos por la calle, y arrasaban las cafeterías que encontraban junto a las carreteras. Aunque quizá todavía no eran gamberros totalmente calificados, era indudable que Ernie y Raymond iban camino de serlo.

Por consiguiente, Peter se dijo que debía seguir mostrándose pasivo. No insultarles. No ofenderles de ninguna manera. Y, sobre todo, no tratar de atacarles físicamente. Cabía la esperanza de que en tal caso acabaran por aburrirse con su jueguecito desagradable y se marchasen a cazar conejos.

Cada uno de los dos muchachotes tenía a Peter cogido por un brazo y le obligaron a cruzar el campo contiguo en dirección al lago. El prisionero seguía teniendo las muñecas atadas ante sí. Ernie llevaba el rifle en la mano que le quedaba libre. Raymond llevaba los prismáticos que le había quitado a Peter. Llegaron al lago.

El lago estaba hermoso en aquella dorada mañana de mayo. Era un lago largo y bastante estrecho en cuyas márgenes crecía algún que otro sauce. En el centro el agua era pura y cristalina, pero más cerca de la orilla había una verdadera jungla de cañas y juncos.

Ernie y Raymond condujeron a su prisionero hasta la orilla del lago y se detuvieron allí.

-Vamos a ver -dijo Ernie-. Sugiero lo siguiente: tú lo coges por los brazos, yo le cojo los pies, lo balanceamos una, dos, tres veces y lo arrojamos tan lejos como nos sea posible sobre las cañas y el barro. ¿Qué te parece?

-Me gusta -dijo Raymond-. Y sin desatarle las manos, ¿correcto?

-Correcto -dijo Ernie-. ¿Qué opinas tú, mocoso?

-Si eso es lo que vais a hacer, poco puedo hacer yo para impedirlo -dijo Peter, esforzándose por hablar con voz tranquila.

-Tú intenta impedírnoslo -dijo Ernie, sonriendo- y ya verás lo que te pasa.

-Una última pregunta -dijo Peter-. ¿Os habéis metido alguna vez con alguien tan grande como vosotros?

En cuanto lo hubo dicho, comprendió que acababa de cometer una equivocación. Vio que a Ernie se le enrojecían las mejillas y que una chispita peligrosa danzaba en sus ojillos negros.

Por suerte, en aquel preciso momento Raymond le sacó del apuro al exclamar:

-¡Eh! ¡Mira qué pájaro nada entre aquellas cañas! ¡Vamos a por él!

Era un pato real con el pico curvo, en forma de cuchara y amarillo y la cabeza color verde esmeralda con un anillo blanco alrededor del cuello.

-Esos sí que se pueden comer -prosiguió Raymond-. Es un pato silvestre.

-¡Voy a cazarlo! -exclamó Ernie, soltando el brazo del prisionero y echándose el rifle al hombro.

-Esto es un refugio de aves -dijo Peter.

-¿Un qué? -preguntó Ernie, bajando el rifle.

-Nadie dispara contra los pájaros aquí. Está rigurosamente prohibido.

-¿Quién dice que está prohibido?

-El propietario, mister Douglas Highton.

-Bromeas sin duda -dijo Ernie.

Volvió a echarse el rifle al hombro. Disparó. El pato se desplomó en el agua.

-Ve a recogerlo -dijo Ernie a Peter-. Córtale las ligaduras de las manos, Raymond, así podrá hacernos de perrito y recoger los pájaros que cacemos.

Raymond sacó el cuchillo y cortó el cordel que ataba las manos de Peter.

-¡Anda! -exclamó Ernie-. ¡Ve a buscarlo!

La muerte del hermoso pato había trastornado mucho a Peter.

-Me niego -dijo.

Ernie le asestó una bofetada en pleno rostro. Peter no cayó al suelo, pero un hilillo de sangre empezó a manarle de la nariz.

-¡Mocoso cochino! -exclamó Ernie-. Trata de negarte otra vez y te voy a hacer una promesa. Y la promesa es ésta: niégate a obedecerme una vez más, una sola vez, y te haré saltar todos los dientes, los de arriba y los de abajo. ¿Entendido?

Peter no dijo nada.

-¡Contesta! -ladró Ernie-. ¿Me has entendido?

-Sí -susurró Peter en voz baja-. Te he entendido.

-¡Pues ve a buscar el pato! -gritó Ernie.

Peter bajó por la orilla, se metió en el agua cenagosa que había entre las cañas y recogió el pato. Luego volvió a la orilla con él. Raymond se lo quitó de las manos y ató un trozo de cordel alrededor de las patas del animal.

-Ahora que ya tenemos perro cobrador, veamos si podemos cazar unos cuantos patos más -dijo Ernie. Echó a andar por la orilla, con el rifle en la mano, buscando entre las cañas. De pronto se detuvo. Se agachó. Apoyó un dedo en los labios y dijo-: ¡Chitón!

Raymond fue a colocarse a su lado. Peter se quedó varios metros atrás, con los pantalones enfangados hasta las rodillas.

-¡Mira allí! -susurró Ernie, señalando un espeso grupo de juncos-. ¿Ves lo mismo que yo?

-¡Diablos! -exclamó Raymond-. ¡Qué belleza!

Peter volvió los ojos hacia aquel lugar y en seguida divisó lo que estaban mirando. Era un cisne, un magnífico cisne blanco que reposaba serenamente en su nido. El nido consistía en un enorme montón de cañas y juncos que se alzaba unos sesenta centímetros por encima de la superficie del lago y en lo alto del mismo se encontraba sentado el cisne como una majestuosa y blanca dama del lago. Tenía la cabeza vuelta hacia los chicos de la orilla, alerta y vigilante.

-¿Qué te parece? -dijo Ernie-. Mejor que los patos, ¿no crees?

-¿Crees que podrás darle? -preguntó Raymond.

-Claro que puedo darle. ¡Voy a hacerle un buen agujero!

Peter sintió que una rabia desenfrenada nacía dentro de él. Se acercó a los dos muchachos.

-Yo, en vuestro lugar, no dispararía contra ese cisne -dijo, procurando hablar con voz serena-. Los cisnes son los pájaros más protegidos de Inglaterra.

-¿Y eso qué tiene que ver? -le preguntó Ernie con tono lleno de desprecio.

-Y os diré algo más -prosiguió Peter, olvidándose de toda cautela-. Nadie dispara contra un pájaro que esté reposando en su nido. ¡Absolutamente nadie! ¡Puede que haya crías debajo! ¡Simplemente no podéis hacerlo!

-¿Quién dice que no podemos? -preguntó Raymond con voz burlona-. Mister Peter Watson el mocoso, ¿es él quien lo dice?

-Lo dice el país entero -contestó Peter-. Lo dice la ley y lo dice la policía, ¡y todo el mundo lo dice!

-¡Yo no lo digo! -exclamó Ernie, levantando el rifle.

-¡No dispares! -gritó Peter-. ¡No dispares, por favor!

¡Pum! El rifle hizo fuego. La bala alcanzó al cisne en mitad de su elegante cabeza y su cuello largo y blanco se derrumbó sobre el costado del nido.

-¡Le he dado! -exclamó Ernie.

-¡Buen tiro! -gritó Raymond.

Ernie se volvió hacia Peter, que se encontraba absolutamente rígido y con la cara blanca.

-¡Ve a buscarlo! -ordenó Ernie.

Una vez más Peter no se movió.

Ernie se acercó al pequeño y se inclinó hasta que su rostro quedó a pocos centímetros del de Peter.

-Te lo digo por última vez -dijo en voz baja, amenazadora-. ¡Ve a recogerlo!

Las lágrimas bañaban la cara de Peter cuando lentamente bajó hasta la orilla y se metió en el agua. Vadeó hasta llegar al sitio donde se encontraba el cisne muerto y lo recogió tiernamente con ambas manos. Debajo del cadáver había dos polluelos

diminutos, con el cuerpo cubierto de flojel amarillo. Estaban acurrucados el uno contra el otro en el centro del nido.

-¿Hay huevos? -gritó Ernie desde la orilla.

-No -contestó Peter-. No hay nada.

Pensó que había una probabilidad de que, al regresar al nido, el cisne macho siguiera alimentando a los polluelos si éstos seguían allí. Desde luego no quería dejarlos a la tierna merced de Ernie y Raymond.

Peter regresó a la orilla con el cisne muerto y lo depositó en el suelo. Luego se levantó y se enfrentó a los otros dos. Sus ojos, mojados aún por las lágrimas, llameaban de furia.

-¡Eso ha sido una cochinada! -gritó-. ¡Ha sido una gamberrada estúpida y sin sentido! ¡Sois un par de idiotas ignorantes! ¡Vosotros deberíais estar muertos en vez del cisne! ¡No sois dignos de seguir viviendo!

Se quedó allí de pie, irguiendo el cuerpo tanto como podía, espléndido en su furia, plantando cara a los dos chicos mayores que él, sin importarle ya lo que éstos pudieran hacerle.

Ernie no le pegó esta vez. Al principio pareció algo cortado ante aquel estallido de rabia, pero se repuso rápidamente. Y entonces sus labios flojos formaron una mueca astuta y húmeda y sus ojillos empezaron a brillar de una manera sumamente maligna.

-De modo que te gustan los cisnes, ¿no es verdad? -preguntó en voz baja.

-¡Me gustan los cisnes y os odio a vosotros! -exclamó Peter.

-¿Y tengo razón al pensar -prosiguió Ernie con la misma mueca burlona-, tengo absolutamente toda la razón al pensar que desearías que ese cisne viejo estuviera vivo en lugar de muerto?

-¡Esa es una pregunta estúpida! -gritó Peter.

-Ese mocoso necesita un buen pescozón en las orejas -dijo Raymond.

-Espera -dijo Ernie-. Quiero hacer este ejercicio -se volvió de nuevo hacia Peter-. De modo que si pudieras devolverle la vida al cisne y hacerle volar de nuevo por el aire, entonces te sentirías feliz, ¿no es así?

-¡Esa es otra pregunta estúpida! -exclamó Peter-. ¿Quién te has creído que eres?

-Te diré quién soy yo -dijo Ernie-. Soy un mago, eso soy yo. Y para que estés feliz y contento, voy a ejecutar un truco de magia que hará que este cisne muerto resucite y vuelva a volar en el cielo.

-¡Tonterías! -dijo Peter-. Me voy.

Dio media vuelta y empezó a alejarse.

-¡Agárralo! -dijo Ernie.

Raymond lo agarró.

-¡Déjame en paz! -exclamó Peter.

Raymond le abofeteó con fuerza.

-Vamos, vamos -dijo-. No te pelees con tu tiíta a menos que quieras que te hagan daño.

-Dame tu cuchillo -dijo Ernie, alargando una mano.

Raymond se lo dio. Ernie se arrodilló al lado del cisne muerto y extendió una de sus enormes alas.

-Mira esto -dijo.

-¿Qué vas a hacer? -preguntó Raymond.

-Aguarda y lo verás -repuso Ernie.

Y con el cuchillo procedió a separar el ala grande y blanca del resto del cuerpo del cisne. Hay una articulación en el hueso allí donde el ala se junta con el costado del pájaro. Ernie la localizó, clavó el cuchillo en la articulación y cortó el tendón. El cuchillo estaba muy afilado y cortaba bien, por lo que el ala no tardó en desprenderse de una sola pieza.

Ernie dio la vuelta al cisne y cortó la otra ala.

-Cordel -dijo, tendiendo la mano hacia Raymond.

Raymond, que sujetaba el brazo de Peter, contemplaba la escena fascinado.

-¿Dónde has aprendido a cortar un pájaro así? -preguntó.

-Con las gallinas -dijo Ernie-. Solíamos birlar gallinas en la granja de Stevens y luego las troceábamos para venderlas a una tienda de Aylesbury. Dame el cordel.

Raymond le dio el ovillo de cordel. Ernie cortó seis trozos, de unos noventa centímetros cada uno.

Hay una serie de huesos resistentes a lo largo del borde superior del ala de un cisne y Ernie cogió una de las alas y empezó a atar un extremo de los trozos de cordel a lo largo del borde superior de la misma. Una vez hubo terminado, levantó el ala con los seis trozos de cordel colgando de ella y se volvió hacia Peter.

-Alarga el brazo -dijo.

-¡Estás loco de remate! -gritó el pequeño-. ¡Has perdido el juicio!

-Hazle extender el brazo, Raymond -dijo Ernie.

Raymond cerró un puño, lo acercó al rostro de Peter y le frotó suavemente la nariz.

-¿Ves esto? -dijo-. Pues te voy a dar en la boca con él si no haces exactamente lo que se te ordene. ¿Entendido? Vamos, extiende el brazo. Así me gusta.

Peter sintió que su resistencia se venía abajo. No podía seguir plantando cara a aquella gente. Durante unos segundos miró fijamente a Ernie. Con sus ojillos negros y juntos, Ernie daba la impresión de ser capaz de hacer cualquier cosa si se enfurecía de verdad. En aquel momento Peter se dijo que Ernie podía matar fácilmente a una persona si perdía los estribos. Ernie, el chico retrasado y peligroso, estaba jugando y sería una tremenda imprudencia estropearle la diversión. Peter extendió un brazo.

Entonces Ernie procedió a atar uno por uno los extremos de los seis trozos de cordel al brazo de Peter y cuando hubo terminado el ala blanca del cisne se hallaba atada firmemente a lo largo de todo el brazo de Peter.

-¿Qué te parece? -dijo Ernie, retrocediendo para examinar su obra.

-Ahora el otro -dijo Raymond, que ya empezaba a comprender lo que hacía Ernie-. No esperarás que vuele por el cielo con una sola ala, ¿verdad?

-Marchando la segunda ala -dijo Ernie. Volvió a arrodillarse y ató otros seis trozos de cordel a los huesos superiores de la segunda ala. Luego se levantó otra vez-. A ver el otro brazo -dijo.

Peter, sintiéndose enfermo y ridículo, extendió el otro brazo. Ernie le ató fuertemente el ala.

-¡Ahora! -exclamó Ernie, batiendo palmas y dando unos pasos de baile sobre la hierba-. ¡Ahora volvemos a tener un auténtico cisne vivo! ¿Acaso no te he dicho que era un mago? ¿No te he dicho que haría un truco de magia y devolvería este cisne a la vida y le haría volar por todo el cielo? ¿No te lo he dicho?

Peter se quedó de pie bajo el sol, a orillas del lago, en aquella hermosa mañana de mayo, con las alas enormes, fláccidas y levemente ensangrentadas colgándole grotescamente sobre los costados.

-¿Has terminado? -preguntó.

-Los cisnes no hablan -dijo Ernie-. ¡Así que cierra el pico! Y ahorra energía, pequeño, porque vas a necesitar toda la fuerza y la energía que tengas cuando llegue el momento de volar por el cielo -Ernie recogió el rifle del suelo, luego sujetó a Peter por la nuca con su mano libre y dijo-. ¡Adelante!

Anduvieron por la orilla del lago hasta que llegaron a un sauce alto y elegante. Allí se detuvieron. El árbol era un sauce llorón y sus largas ramas colgaban desde gran altura hasta casi tocar la superficie del lago.

-Y ahora el cisne mágico va a mostrarnos un poquito de vuelo mágico -anunció Ernie-. Así que lo que va usted a hacer ahora, mister Cisne, es encaramarse hasta la copa de ese árbol y cuando llegue arriba extenderá las alas como un cisnito inteligente y emprenderá el vuelo.

-¡Fantástico! -exclamó Raymond-. ¡Fabuloso! ¡Me gusta mucho!

-A mí también -dijo Ernie-. Porque ahora vamos a averiguar exactamente cuán inteligente es en realidad este cisnito. Es inteligentísimo en la escuela, eso lo sabemos todos, y es el primero de la clase y un sinfín de cosas buenas, pero ahora veremos exactamente cuán inteligente es cuando se encuentra en la copa de un árbol. ¿Conformes, mister Cisne?

Empujó a Peter hacia el árbol.

Peter se preguntó hasta dónde podía llegar aquella locura. El mismo empezaba a sentirse un poco loco, como si ya nada fuera real y ninguna de aquellas cosas estuviera sucediendo de verdad. Pero al menos la idea de encontrarse en lo alto del árbol, lejos del alcance de aquel par de gamberros, era algo que le atraía enormemente. Podría quedarse allí arriba. Dudaba mucho que se tomaran la molestia de subir tras él. Y aunque subieran, podría alejarse de ellos por encima de una rama delgada que no pudiese aguantar el peso de dos personas.

El árbol resultaba bastante fácil de escalar, ya que tenía varias ramas bajas que le ayudarían al principio. Empezó la ascensión. Las alas blancas y enormes que colgaban de sus brazos le estorbaban a cada momento, pero no le importó. Lo que ahora le importaba a Peter era que cada centímetro que subía representaba otro centímetro que le alejaba de sus torturadores. Nunca había sido muy aficionado a encaramarse a los árboles y no lo hacía demasiado bien, pero nada del mundo iba a impedir que llegase a la copa de aquél. Y pensó que era improbable que, una vez llegase allí arriba, pudieran siquiera verle debido a las hojas.

-¡Más arriba! -gritó la voz de Ernie-. ¡No te detengas!

Peter siguió subiendo y finalmente llegó a un punto desde el que era imposible subir más. Tenía los pies apoyados en una rama más o menos del grosor de la muñeca de una

persona; la rama se extendía sobre la superficie del lago y luego se curvaba grácilmente hacia abajo. Todas las ramas que quedaban por encima de su cabeza eran delgadas y flexibles, pero aquella a la que se aferraba con las manos parecía tener suficiente resistencia. Se detuvo allí y descansó de la escalada. Miró hacia abajo por primera vez. Estaba muy alto, por lo menos a quince metros. Pero no podía ver a los dos chicos. Ya no estaban de pie en la base del árbol. ¿Era posible que por fin se hubiesen ido?

-¡Muy bien, mister Cisne! -dijo la temida voz de Ernie-. ¡Ahora escucha atentamente!

Los dos se habían alejado un poco del árbol hasta alcanzar un punto desde el que podían ver claramente al pequeño encaramado en la copa. Al mirar de nuevo hacia abajo, Peter se dio cuenta de lo dispersas y delgadas que eran las hojas de un sauce. Apenas le proporcionaban cobijo.

-¡Escucha atentamente, mister Cisne! -gritó la voz-. ¡Empieza a caminar por esa rama en la que estás de pie! ¡No te detengas hasta quedar sobre el agua cenagosa! ¡Entonces emprende el vuelo!

Peter no se movió. Estaba quince metros por encima de ellos y no conseguirían atraparle otra vez. Abajo se hizo un largo silencio. Duró medio minuto tal vez. No apartó los ojos de las dos figuras lejanas que se divisaban en el campo. Permanecían muy quietas, mirando hacia arriba.

-¿Está bien, mister Cisne? -dijo la voz de Ernie-. Voy a contar hasta diez, ¿de acuerdo? Y si para entonces no has extendido las alas y emprendido el vuelo, ¡te pegaré un tiro con esta escopetita! ¡Y de esta manera hoy habré cazado dos cisnes en lugar de uno solo! ¡Empiezo a contar, mister Cisne! ¡Uno!... ¡Dos!... ¡Tres!... ¡Cuatro!... ¡Cinco!... ¡Seis!...

Peter permaneció inmóvil. Nada lograría que se moviese de allí.

-¡Siete!... ¡Ocho!... ¡Nueve!... ¡Diez!

Peter vio que el rifle subía hacia el hombro. Le apuntaba directamente. Luego oyó la detonación y el silbido de la bala al pasar a poca distancia de su cabeza. Resultaba aterrador. Pero él siguió sin moverse. Pudo ver que Ernie cargaba el arma con otra bala.

-¡La última oportunidad! -chilló Ernie-. ¡La próxima te dará de lleno!

Peter siguió inmóvil. Esperó. Observó al muchacho que se encontraba de pie entre los ranúnculos del prado con otro muchacho a su lado. El rifle volvió a subir hacia el hombro.

Esta vez oyó la detonación en el mismo momento en que la bala le alcanzaba el muslo. No sintió dolor, pero la fuerza del proyectil era devastadora. Fue como si alguien acabase de golpearle la pierna con un martillo pilón, haciendo que ambos pies se apartasen de la rama donde reposaban. Se agarró con las dos manos para no caer. La rama pequeña a la que se asió empezó a doblarse y finalmente se partió.

Algunas personas, cuando ya han soportado demasiado y se han visto empujadas más allá de los límites de su resistencia, simplemente se vienen abajo y se rinden. Hay otras, aunque no son muchas, que por alguna razón serán siempre inconquistables. Las encuentras en tiempo de guerra y también en tiempo de paz. Poseen un espíritu indomable y nada, ni el dolor ni la tortura ni la amenaza de muerte, logrará que se rindan.

El pequeño Peter Watson era una de éstas. Y mientras luchaba y se debatía para no caer desde la copa de aquel árbol, de pronto comprendió que iba a ganar. Alzó los ojos y vio una luz que brillaba sobre las aguas del lago, una luz tan intensa y hermosa que no

pudo apartar los ojos de ella. La luz le estaba llamando, atrayéndole, y Peter se lanzó hacia ella al mismo tiempo que extendía las alas.

Tres personas distintas manifestaron haber visto un gran cisne blanco volando en círculo sobre el pueblo aquella mañana: una maestra de escuela llamada Emily Mead, un hombre que estaba cambiando algunas tejas del tejado de la farmacia y cuyo nombre era William Eyles, y un chico llamado John Underwood que se encontraba en un campo cercano haciendo volar su avión en miniatura.

Y aquella mañana mistress Watson, que estaba fregando los platos en la cocina, casualmente levantó los ojos y miró por la ventana en el preciso momento en que algo grande y blanco se dejaba caer sobre el césped del jardín de atrás. Mistress Watson salió corriendo. Se arrodilló al lado de la figura pequeña y encogida de su único hijo.

-¡Hijo mío! -exclamó al borde de la histeria y casi incapaz de creer lo que veían sus ojos-. ¡Hijo del alma! ¿Qué te ha pasado?

-Me duele la pierna -dijo Peter, abriendo los ojos.

Luego se desmayó.

-¡Está sangrando! -exclamó la madre, cogiéndole en brazos y entrando en la casa.

Rápidamente telefoneó al médico y pidió una ambulancia. Y mientras esperaba que llegase la ayuda, cogió unas tijeras y empezó a cortar el cordel que sujetaba las dos grandes alas de cisne a los brazos de su hijo.

LA MARAVILLOSA HISTORIA DE HENRY SUGAR

Henry Sugar tenía cuarenta y un año y era soltero. También era rico. Era rico porque había tenido un padre rico que ya había muerto. Era soltero porque era demasiado egoísta para compartir su dinero con una esposa.

Medía un metro ochenta y cinco de estatura, pero en realidad no era tan guapo como él creía.

Prestaba mucha atención a su atuendo. Encargaba sus trajes a un sastre muy caro, sus camisas a un camisero, y sus zapatos a un zapatero.

Gastaba una costosa loción para después del afeitado, y para tener las manos suaves utilizaba una crema que contenía grasa de tortuga.

Su peluquero le cortaba el pelo cada diez días y siempre aprovechaba la ocasión para hacerse la manicura.

Se había gastado una fortuna en hacerse esmaltar los dientes de arriba porque los dientes originales tenían un color amarillento bastante desagradable. Un cirujano estético le había extirpado un pequeño lunar de la mejilla izquierda.

Conducía un «Ferrari» que debía de haberle costado más o menos lo mismo que una casa de campo.

Pasaba los veranos en Londres, pero en cuanto aparecían las primeras heladas de octubre se iba a las Indias Occidentales o al sur de Francia, donde se alojaba en casa de sus amigos. Todos sus amigos eran ricos porque habían heredado dinero.

Henry no había trabajado un solo día en toda su vida y su lema personal, inventado por él mismo, era éste: Es mejor soportar una leve regañina que realizar una tarea onerosa. Sus amigos opinaban que dicho lema era divertidísimo.

Hombres como Henry Sugar los encuentras flotando a la deriva como algas por todo el mundo. Se les ve especialmente en Londres, Nueva York, París, Nassau, Montego Bay, Cannes y Saint Tropez. No son unos hombres especialmente malos. Pero tampoco son hombres buenos. No tienen verdadera importancia. Simplemente forman parte del decorado.

Todos ellos, toda la gente rica de este tipo, tienen una peculiaridad en común: sienten un tremendo deseo de hacerse aún más ricos de lo que ya son. El millón nunca es suficiente. Tampoco lo son los dos millones. Siempre sienten ese anhelo insaciable de obtener más dinero. Y eso se debe a que viven bajo el terror constante de despertarse una mañana y encontrarse con que no les queda nada en el banco.

Toda esta gente emplea los mismos métodos para tratar de incrementar su fortuna. Compran acciones y valores y contemplan cómo suben y bajan. Juegan fuertes cantidades a la ruleta y al *blackjack* en los casinos. Apuestan a los caballos. Apuestan a casi todo. En cierta ocasión Henry Sugar se había jugado mil libras sobre el resultado de

una carrera de tortugas celebrada en el campo de tenis de lord Liverpool. Y había doblado dicha suma para jugársela con un hombre llamado Esmond Hanbury en una apuesta aún más estúpida, que era la siguiente: soltaron al perro de Henry en el jardín y lo observaron desde una ventana. Pero antes de soltar al perro, cada uno de los dos hombres tuvo que predecir cuál sería el primer objeto ante el cual el animal levantaría la pata. ¿Sería una pared, un poste, un arbusto o un árbol? Esmond eligió una pared. Henry, que llevaba días estudiando los habitas de su perro con vistas a hacer aquella apuesta precisa, escogió un árbol y ganó el dinero.

Con juegos ridículos como éstos trataban Henry y sus amigos de vencer el mortal aburrimiento que les producía el hecho de ser tan ociosos como ricos.

El propio Henry, como habrán observado, no le hacía ascos a estafar un poco a sus amigos cuando se le presentaba la oportunidad. La apuesta sobre el perro fue decididamente poco honrada. Y, si quieren saber la verdad, tampoco fue honrada la apuesta sobre la carrera de tortugas. Henry hizo trampas, ya que una hora antes del comienzo de la carrera obligó a la tortuga de su contrario a tragarse una pildorita para hacer dormir.

Y ahora que ya tienen una idea aproximada de la clase de persona que era Henry Sugar, puedo empezar mi historia.

Un fin de semana veraniego Henry cogió el coche y bajó de Londres a Guilford para pasar un par de días en casa de sir William Wyndham. La casa era magnífica y lo mismo los jardines, pero, al llegar Henry aquel sábado por la tarde, caía un fuerte chaparrón. El tenis quedaba descartado; el croquet, también. Lo mismo cabía decir de nadar en la piscina al aire libre de sir William. El anfitrión y sus invitados se sentaron en la sala de estar, contemplando con expresión aburrida la lluvia que azotaba los cristales de las ventanas. A la gente muy rica el mal tiempo les sienta como un tiro. Es la única incomodidad que su dinero no puede remediar.

-Juguemos a la canasta. Cantidades elevadas -dijo uno de los que se encontraban en la sala de estar.

A los demás la idea les pareció espléndida, pero, como eran cinco personas en total, una de ellas tendría que conformarse con ver jugar a las demás. Cortaron las cartas. Henry sacó la carta más baja, la de la mala suerte.

Los otros cuatro se sentaron y empezaron a jugar. A Henry le molestó verse excluido de la partida. Salió de la sala de estar y dio un paseo por el inmenso vestíbulo. Pasó un rato contemplando los cuadros, luego siguió paseando por la casa, muerto de aburrimiento por no tener nada que hacer. Finalmente se refugió en la biblioteca.

El padre de sir William había sido un famoso coleccionista de libros y las cuatro paredes de aquella espaciosa habitación se hallaban cubiertas de libros del suelo al techo. Henry Sugar no se sintió impresionado. Ni siquiera se sintió interesado. Los únicos libros que leía él eran novelas policíacas y de aventuras. Recorrió despacio la habitación, mirando los libros por si había alguno que le gustara. Pero los que contenía la biblioteca de sir William eran todos volúmenes encuadernados en piel que ostentaban nombres tales como Balzac, Ibsen, Voltaire, Johnson y Pepys. Tonterías aburridas, todos sin excepción, según se dijo Henry. Y se disponía a salir de allí cuando le llamó la atención un libro totalmente distinto de todos los demás. Era tan delgado que no se hubiese fijado en él de no haber sobresalido un poco de los que había a uno y otro lado. Y cuando lo sacó de la estantería, vio que en realidad no era más que una libreta de ejercicios, del tipo que utilizan los escolares, con tapa de cartón. La tapa era azul

oscuro, pero no había nada escrito en ella. Henry abrió la libreta. En la primera página, escrito con tinta y letras de imprenta, decía:

INFORME SOBRE UNA ENTREVISTA
CON IMHRAT KHAN, EL HOMBRE QUE
PODÍA VER SIN LOS OJOS
POR
EL DOCTOR JOHN F. CARTWRIGHT
BOMBAY, INDIA
DICIEMBRE DE 1934

Henry pensó que aquello parecía moderadamente interesante. Volvió una página. Todo lo demás venía escrito a mano con tinta negra. La letra era clara y pulcra. Henry leyó de pie las dos primeras páginas. De pronto le entraron ganas de seguir leyendo. Lo que leyó era bueno. Era fascinante. Se llevó la libreta a un sillón de cuero que había junto a la ventana y se sentó cómodamente. Luego empezó a leer de nuevo desde el principio.

He aquí lo que Henry leyó en la delgada libreta de tapas azules:

Yo, John Cartwright, soy cirujano en el Hospital General de Bombay. En la mañana del día dos de diciembre de 1934 me encontraba tomando una taza de té en el salón de descanso de los médicos. Se hallaban conmigo otros tres médicos, todos ellos disfrutando de un merecido descanso y de una taza de té. Eran el doctor Marshall, el doctor Phillips y el doctor Macfarlane. Alguien llamó a la puerta.

-Adelante -dije.

La puerta se abrió y entró un indio que nos sonrió y dijo:

-Les ruego que me perdonen. ¿Podría pedirles un favor, caballeros?

El salón de descanso de los médicos es un lugar de lo más privado. Nadie salvo los médicos puede entrar en él como no sea en caso de urgencia.

-Esto es un salón privado -dijo secamente el doctor Macfarlane.

-Sí, sí -contestó el indio-. Ya lo sé y lamento mucho irrumpir en él de esta manera, señores, pero tengo algo interesantísimo que mostrarles.

Los cuatro nos sentimos muy molestos y no dijimos nada.

-Caballeros -dijo el indio-. Yo soy un hombre que puede ver sin utilizar los ojos.

Seguimos sin invitarle a seguir hablando. Pero tampoco lo echamos a patadas.

-Pueden taparme los ojos con la mano del modo que les parezca -dijo-. Pueden envolverme la cabeza con cincuenta vendas y, pese a ello, podré leerles un libro.

Parecía hablar muy en serio y noté que se me empezaba a despertar la curiosidad.

-Venga aquí -dije. El indio se me acercó-. Dése la vuelta -dio la vuelta. Apoyé firmemente las manos sobre sus ojos, cerrándole los párpados-. Ahora -dije- uno de los médicos presentes en esta habitación levantará algunos dedos. Dígame cuántos.

El doctor Marshall levantó siete dedos.

-Siete -dijo el indio.

-Otra vez -dije.

-Ninguno -dijo el indio.

-Una vez más -repetí.

El doctor Marshall apretó ambos puños y ocultó todos sus dedos.

-Ninguno -dijo el indio.

Aparté las manos de sus ojos.

-No está mal -comenté.

-Un momento -dijo el doctor Marshall-. Probemos con esto.

De una percha que había en la puerta colgaba una bata blanca de médico. El doctor Marshall la descolgó y la enrolló hasta formar con ella una especie de bufanda larga. Luego envolvió con ella la cabeza del indio y anudó los extremos por detrás.

-Pruebe ahora -me dijo el doctor Marshall.

Saqué una llave del bolsillo.

-¿Qué es esto? -pregunté.

-Una llave -contestó el indio.

Guardé la llave y levanté una mano vacía.

-¿Qué es este objeto? -pregunté.

-No hay ningún objeto -respondió el indio-. La mano está vacía.

El doctor Marshall destapó los ojos del hombre.

-¿Cómo lo hace? -preguntó- ¿Cuál es el truco?

-No hay truco alguno -dijo el indio-. Es una cosa auténtica que he logrado tras años de adiestramiento.

-¿Qué clase de adiestramiento? -pregunté.

-Le ruego que me perdone, señor. Pero esa es una cuestión privada.

El indio era un hombre alto de unos treinta años, de piel color marrón claro, como un coco. Lucía un bigotito negro. Además, sobre la parte exterior de las orejas le crecía un curioso mechón de pelo negro. Llevaba una túnica blanca de algodón y calzaba sandalias.

-Verán, caballeros -prosiguió-. Actualmente me gano la vida trabajando en un teatro ambulante y acabamos de llegar a Bombay. Esta noche damos la función de apertura.

-¿Dónde la dan? -pregunté.

-En el Royal Palace Hall -contestó-. En Acacia Street. Yo soy la estrella del espectáculo. En el programa se me presenta como «Imhrat Khan, el hombre que ve sin los ojos». Y es mi deber anunciar el espectáculo a lo grande. Si no vendemos entradas, no comemos.

-¿Qué tiene eso que ver con nosotros? -le pregunté.

-Les interesará mucho -dijo-. Es muy divertido. Permítanme que se lo explique. Verán, siempre que nuestro teatro llega a una nueva ciudad, yo me presento en el mayor hospital que haya en ella y les pido a los médicos que me venden los ojos. Les pido que lo hagan como verdaderos expertos. Tienen que cerciorarse de que mis ojos queden completamente cubiertos varias veces. Es importante que eso lo hagan los médicos, de lo contrario la gente creería que hago trampas. Entonces, cuando estoy bien vendado, salgo a la calle y hago una cosa peligrosa,

-¿Qué quiere decir con eso? -pregunté.

-Lo que quiero decir es que hago algo que resulta extremadamente peligroso para alguien que no puede ver.

-¿Qué es lo que hace? -pregunté.

-Es muy interesante -dijo-. Y me verán hacerlo si tienen la bondad de vendarme antes. Me harían un gran favor si hicieran esto por mí, caballeros.

Miré a los demás médicos. El doctor Phillips manifestó que tenía que volver con sus pacientes, y lo mismo dijo el doctor Macfarlane. Pero el doctor Marshall dijo:

-Bueno, ¿por qué no? Puede que resulte divertido. No nos llevará ni un minuto.

-Estoy de acuerdo -dije-, Pero hagámoslo como es debido. Hemos de tener la certeza absoluta de que este hombre no puede ver nada.

-Son ustedes muy amables -dijo el indio-. Les ruego que hagan lo que deseen.

El doctor Phillips y el doctor Macfarlane abandonaron la habitación.

-Antes de vendarle -dije al doctor Marshall-, le sellaremos los párpados. Después de ello, le llenaremos las cuencas de los ojos con algo blando, sólido y pegajoso.

-Sería perfecto -asintió el doctor Marshall.

-¿Qué le parece un poco de masa de pan?

-Sería perfecto -dijo el doctor Marshall.

-De acuerdo -dije-. Si hace el favor de bajar a la panadería del hospital y pedir un poco de masa, yo mientras le llevaré al quirófano y le sellaré los párpados.

Salí del salón de descanso con el indio y echamos a andar por el largo pasillo del hospital hacia la sala de curas.

-Échese aquí -dije, indicándole la cama alta. El indio se echó en ella. Saqué un frasquito del botiquín. Tenía un cuentagotas en el tapón-. Esto es una cosa que llamamos colodión -le dije-. Se endurecerá sobre sus párpados cerrados de tal modo que le será imposible abrirlos.

-¿Cómo me lo saco después? -me preguntó.

-Con alcohol se disolverá muy fácilmente -dije-. Es totalmente inofensivo. Ahora cierre los ojos.

El indio cerró los ojos. Apliqué el colodión sobre ambos párpados.

-Manténgalos cerrados -dije-. Espere hasta que se seque.

En un par de minutos el colodión formó una película dura sobre los párpados, pegándolos fuertemente.

-Trate de abrirlos -dije.

Lo intentó, pero no pudo.

El doctor Marshall entró con un plato lleno de masa de pan, de la que se utiliza normalmente en las panaderías. Era agradable y blanda. Cogí un poco y lo coloqué sobre uno de los ojos del indio. Llené toda la cuenca y dejé que un poco de masa quedase sobre la piel alrededor de los ojos. Luego apreté con fuerza los bordes. Seguidamente repetí la operación en el otro ojo.

-No le escocerá demasiado, ¿verdad? -pregunté.

-No -dijo el indio-. Está bien.

-Encárguese usted de vendarle -le dije al doctor Marshall-. Tengo los dedos demasiado pegajosos.

-Con mucho gusto -dijo el doctor Marshall-. Mire esto -cogió una bolita gruesa de algodón en rama y la colocó sobre los ojos del indio, cubiertos de masa. El algodón quedó pegado a la masa de pan-. Incorpórese, por favor -dijo el doctor Marshall.

El indio se incorporó en la cama.

El doctor Marshall cogió un rollo de venda de unos siete centímetros de ancho y procedió a enrollarla alrededor de la cabeza del indio. La venda hizo que la masa de pan y el algodón quedasen firmemente sujetos. El doctor Marshall prendió la venda con alfileres. Después cogió una segunda venda y empezó a enrollarla no sólo alrededor de los ojos del indio sino también alrededor de todo su rostro y cabeza.

-Les ruego que me dejen la nariz libre para respirar -dijo el indio.

-Desde luego -contestó el doctor Marshall. Terminó su tarea y prendió la venda con alfileres-. ¿Qué le parece? -preguntó.

-Espléndido -dije-. No tiene ninguna posibilidad de ver a través del vendaje.

La totalidad de la cabeza del indio se hallaba ahora envuelta por un vendaje blanco y grueso, y sólo se le veía la nariz asomando entre las vendas. Parecía un hombre que acabase de sufrir una terrible operación en el cerebro.

-¿Qué tal se siente? -preguntó el doctor Marshall al indio.

-Muy bien -dijo el indio-. Debo felicitarles, caballeros, por el excelente trabajo que han hecho.

-Pues ya puede bajarse de ahí -dijo el doctor Marshall, sonriéndome-. Ahora demuéstrenos que es capaz de ver cosas.

El indio bajó de la cama y se dirigió en línea recta hasta la puerta. La abrió y salió de la habitación.

-¡Santo cielo! -exclamé-. ¿Ha visto eso? ¡Ha puesto la mano en el tirador sin equivocarse!

El doctor Marshall ya no sonreía. De pronto el rostro se le había puesto blanco.

-Voy tras él -dijo, corriendo hacia la puerta.

También yo corrí hacia ella.

El indio caminaba normalmente por el pasillo del hospital. El doctor Marshall y yo le seguíamos a cosa de unos cuatro o cinco metros. Y daba miedo ver a aquel hombre con la cabeza totalmente vendada caminando despreocupadamente por el pasillo como hubiese hecho cualquier otra persona. Y daba aún más miedo cuando sabías con certeza que tenía las cuencas de los ojos llenas de masa de pan y que encima de la masa había una gruesa capa de algodón en rama y los vendajes.

Vi que un enfermero nativo venía por el pasillo en dirección al indio. El enfermero empujaba un carrito lleno de comida. De pronto el enfermero vio al indio de la cabeza blanca y se detuvo en seco. El indio vendado se apartó tranquilamente a un lado y siguió andando.

-¡Lo ha visto! -exclamé-. ¡Tiene que haber visto el carrito! ¡Se ha apartado para no chocar con él! ¡Esto es realmente increíble!

El doctor Marshall no me contestó. Tenía las mejillas blancas y la cara rígida a causa del asombro y la incredulidad.

El indio llegó a las escaleras y empezó a bajarlas.

Las recorrió sin ningún contratiempo. Ni siquiera apoyó la mano en la barandilla. Varias personas subían por las escaleras. Todas ellas se detuvieron, soltaron un respingo y rápidamente se apartaron de su camino.

Al llegar al final de las escaleras, el indio giró hacia la derecha y se dirigió a las puertas que daban a la calle. El doctor Marshall y yo le seguíamos de cerca.

La entrada de nuestro hospital se encuentra algo apartada de la calle y hay una escalinata un tanto aparatosa que lleva de la entrada a un pequeño patio bordeado de acacias. El doctor Marshall y yo salimos a la cegadora luz del sol y nos detuvimos en lo alto de la escalinata. A nuestros pies, en el patio, vimos una multitud de unas cien personas. Por lo menos la mitad de ellas eran niños descalzos que empezaron a vitorear y gritar cuando el indio bajó la escalinata. El indio saludó levantando ambas manos por encima de la cabeza.

De repente vi la bicicleta. Estaba aparcada a un lado de la escalinata y junto a ella había un chico pequeño que la sostenía. Era una bicicleta del tipo corriente, pero en la parte posterior había un gran letrero que ostentaba las siguientes palabras:

IMHRAT KHAM, ¡EL HOMBRE QUE VE
SIN LOS OJOS!
¡HOY MIS OJOS HAN SIDO VENDADOS POR
MÉDICOS DEL HOSPITAL!
ACTUACIÓN ESTA NOCHE Y
TODA ESTA SEMANA EN
EL ROYAL PALACE HALL,
ACACIA STREET, A LAS 7 DE LA TARDE
¡NO SE LO PIERDAN!
VERÁN HACER MILAGROS

Nuestro indio había llegado al final de la escalinata y caminó directamente hasta la bicicleta. Dijo algo al chico que la sostenía y éste sonrió. El indio montó en la bicicleta. La multitud le abrió paso. Entonces he aquí que el sujeto de los ojos sellados y vendados cruzó el patio y se mezcló con el denso y ruidoso tráfico de la calle. Los vítores de la multitud arreciaron. Los niños descalzos salieron corriendo tras él, chillando y riendo. Durante uno o dos minutos conseguimos seguirle con la vista. Le vimos bajar estupendamente la bulliciosa calle, con los coches casi rozándole y los chiquillos corriendo tras él. Luego dobló una esquina y se perdió de vista.

-Me siento aturdido -confesó el doctor Marshall-. No acabo de creérmelo.

-Tenemos que creerlo -dije-. Es totalmente imposible que se haya quitado la masa de pan de debajo de los vendajes. No le hemos perdido de vista un solo momento. Además, para quitarse el colodión necesitaría algodón en rama y alcohol, y tardaría por lo menos cinco minutos.

-¿Sabe qué pienso? -dijo el doctor Marshall-. Creo que hemos presenciado un milagro.

Dimos la vuelta y regresamos lentamente al hospital.

Durante el resto del día estuve ocupado atendiendo a los pacientes en el hospital. A las seis de la tarde terminó mi turno y volví en coche a mi piso para ducharme y

cambiarme de ropa. Era la temporada más calurosa del año en Bombay, e incluso después de ponerse el sol el calor era como un horno abierto. Si te quedabas sentado en una silla sin hacer nada, el sudor brotaba de tu piel. El rostro te relucía a causa de la humedad durante todo el día y la camisa se te pegaba al pecho. Me di una ducha larga y fría. Me tomé un whisky con soda sentado en la veranda, sin más vestimenta que una toalla alrededor de la cintura. Luego me vestí con ropa limpia.

A las siete menos diez me encontraba ante la entrada del Royal Palace Hall en Acacia Street. No era un local de lujo. Se trataba de una de esas salas más bien pequeñas y destartaladas que pueden alquilarse por poco dinero para reuniones o bailes. Había un grupo bastante nutrido de indios enfrente de la taquilla, y sobre la entrada un cartel grande proclamaba que LA COMPAÑÍA INTERNACIONAL DE TEATRO actuaría todas las noches durante aquella semana. El cartel añadía que habría malabaristas, prestidigitadores, acróbatas, tragaespadas, comedores de fuego, encantadores de serpientes y una obra en un solo acto titulada *El rajá y la mujer tigre.* Mas por encima de todo esto y con letras más grandes, el cartel decía: IMHRAT KHAN, EL HOMBRE MILAGRO QUE VE SIN LOS OJOS.

Compré una entrada y entré.

El espectáculo duró dos horas. Ante mi sorpresa, disfruté mucho con él. Todos los artistas eran excelentes. Me gustó el hombre que hacía juegos malabares con utensilios de cocina. En un momento dado tuvo volando por los aires simultáneamente una cacerola, una sartén, una bandeja del horno, una fuente grande y una olla. El encantador de serpientes tenía una serpiente verde y grande que casi se levantaba sobre la punta de la cola y se balanceaba siguiendo la música de su flauta. El comedor de fuego comió fuego y el tragaespadas se metió un estoque puntiagudo hasta el estómago. Al final de todo, tras una gran fanfarria de trompetas, nuestro amigo Imhrat Khan salió a escena para ejecutar su número. Seguía llevando los vendajes que le habíamos puesto en el hospital.

Algunos miembros del público subieron al escenario para vendarle los ojos con sábanas, pañuelos y turbantes y al final había tanta tela alrededor de su cabeza, que le costaba trabajo mantener el equilibrio. Entonces le dieron un revólver. Un chiquillo salió a escena y se colocó a la izquierda. Era el mismo que aquella mañana sostuviera la bicicleta en el patio del hospital. El pequeño se colocó una lata encima de la cabeza y se quedó completamente inmóvil. Un silencio de muerte se apoderó del público mientras Imhrat Khan apuntaba con el revólver. Hizo fuego. La detonación nos hizo estremecer a todos. La lata saltó de la cabeza del chiquillo y cayó estrepitosamente al suelo. El pequeño la recogió y mostró a los espectadores el agujero producido por la bala. Todos los presentes prorrumpieron en vítores y aplausos. El chiquillo sonrió.

Luego el pequeño se colocó de espaldas a un biombo de madera e Imhrat Khan arrojó cuchillos alrededor de su cuerpo. La mayoría de ellos se clavaron en la madera a pocos milímetros del cuerpo del pequeño. Fue un número espléndido. Pocas personas habrían podido arrojar cuchillos con tanta puntería, aun teniendo los ojos destapados, pero ahí estaba Imhrat Khan, aquel tipo extraordinario, con la cabeza tan envuelta que parecía una enorme bola de nieve colocada sobre un palo, y arrojaba los cuchillos contra el biombo a escasos milímetros de la cabeza del chiquillo. El pequeño sonrió durante todo el número y, al terminar éste, el público, presa de excitación, se puso a chillar y golpear el suelo con los pies.

El último número de Imhrat Khan, aunque no fue tan espectacular, resultó aún más impresionante. Sacaron un bidón al escenario. El público fue invitado a examinarlo para

cerciorarse de que en él no había ningún agujero. Efectivamente, no los había. Entonces colocaron el bidón sobre la cabeza vendada de Imhrat Khan. El barril le cubría los hombros y le llegaba hasta los codos, apretándole la parte superior de los brazos contra el cuerpo, aunque todavía podía extender los antebrazos y las manos. Alguien le puso una aguja de coser en una mano y un trozo de hilo de algodón en la otra. Sin hacer ningún movimiento en falso, enhebró pulcramente el hilo por el ojo de la aguja. Me quedé boquiabierto.

En cuanto terminó el espectáculo, me abrí paso entre el público para llegar a la parte posterior del escenario. Encontré a Imhrat Khan en un camerino pequeño pero limpio, sentado tranquilamente en un taburete de madera. El chiquillo indio le estaba quitando la masa de pañuelos y sábanas que le envolvía la cabeza.

-Ah -dijo Imhrat-. Es mi amigo el médico del hospital. Pase, señor, pase.

-He presenciado el espectáculo -dije.

-¿Y qué le ha parecido?

-Me ha gustado mucho. Ha estado usted maravilloso.

-Gracias -dijo-. Es un gran cumplido.

-También debo felicitar a su ayudante -dije, señalando al pequeño-. Es muy valiente.

-No sabe hablar inglés -dijo el indio-. Pero le transmitiré lo que acaba de decirme usted.

Rápidamente dijo algo al pequeño en indostaní y el chiquillo movió la cabeza solemnemente pero no dijo nada.

-Mire -dije-. Le hice un favor esta mañana. ¿Querría corresponder al mismo haciéndome uno a mí? ¿Accede a salir a cenar conmigo?

En la cabeza del indio ya no quedaba ninguna envoltura. Me sonrió y dijo:

-Me parece que siente usted curiosidad, doctor. ¿Me equivoco?

-Mucha curiosidad -dije-. Me gustaría hablar con usted.

Una vez más me llamaron la atención los mechones de pelo negro y muy espeso que le salían por las orejas. No había visto nada parecido en ninguna otra persona.

-Nunca he sido interrogado por un doctor -dijo-. Pero no tengo ningún inconveniente. Sería un placer cenar con usted.

-¿Le espero en el coche?

-Sí, por favor -dijo-. Tengo que lavarme y quitarme esta ropa sucia.

Le describí mi coche y añadí que le esperaría fuera.

Salió del teatro quince minutos más tarde, vistiendo una túnica blanca de algodón y las sandalias de costumbre. Y pronto nos encontramos los dos cómodamente sentados en un pequeño restaurante al que yo iba algunas veces porque allí hacían el mejor *curry* de la ciudad. Bebí cerveza con mi *curry.* Imhrat Khan bebió limonada.

-No soy escritor -le dije-. Soy médico. Pero si me cuenta usted su historia desde el principio, si me explica cómo obtuvo ese poder mágico que le permite ver sin los ojos, tomaré nota de ella con tanta fidelidad como me sea posible. Y puede que luego consiga que me la publiquen en la *Britisb Medical Journal* o incluso en alguna revista francesa. Y dado que soy médico y no un escritor que trata de vender una historia por dinero, la gente se sentirá mucho más inclinada a tomar en serio lo que diga. Sería una ayuda para

usted que se le conociese mejor, ¿no es así?

-Sería una gran ayuda -dijo-. ¿Pero por qué quiere usted hacer esto?

-Pues porque estoy loco de curiosidad -repuse-. Esa es la única razón.

Imhrat Khan tomó un bocado de arroz con *curry* y lo masticó despacio. Luego dijo:

-Muy bien, amigo mío. Lo haré.

-¡Espléndido! -exclamé-. Volvamos a mi piso en cuanto acabemos de comer y allí podremos hablar sin que nadie nos moleste.

Terminamos de cenar. Pagué la cuenta. Luego llevé a Imhrat Khan a mi piso.

Al entrar en mi sala de estar, saqué papel y lápices para poder tomar notas. Tengo una especie de taquigrafía propia que utilizo para tomar nota de la historia médica de los pacientes y con la que puedo anotar la mayor parte de lo que dice una persona si no habla demasiado aprisa. Creo que pesqué casi todo lo que Imhrat Khan me dijo aquella noche, palabra por palabra, y aquí lo tienen. Se lo doy a ustedes tal como él me lo contó.

-Soy indio, hindú -dijo Imhrat Khan- y nací en Akhnur, en el estado de Cachemira, en 1905. Mi familia es pobre y mi padre trabajaba de revisor en el ferrocarril. Cuando tenía trece años, un prestidigitador indio viene a nuestra escuela y da una función. Recuerdo que se llama profesor Moor -en la India todos los prestidigitadores se hacen llamar «profesor»- y sus trucos son muy buenos. Quedo tremendamente impresionado. Me parece que es magia auténtica. Siento, ¿cómo le diría?, siento un deseo poderoso de aprender esta magia, así que dos días después me escapo de casa, decidido a encontrar y seguir a mi nuevo héroe, el profesor Moor. Me llevo todos mis ahorros, catorce rupias, y sólo la ropa que llevo puesta. Llevo un *dhoti* blanco y sandalias. Esto ocurre en 1918 y yo tengo trece años.

»Averiguo que el profesor Moor se ha ido a Lahore, a trescientos veinte kilómetros de allí, así que yo solo compro un billete, de tercera clase, y cojo el tren para seguirle. En Lahore localizo al profesor. Trabaja como prestidigitador en un espectáculo muy barato. Le hablo de mi admiración y me ofrezco a él como ayudante. Me acepta. ¿Mi paga? Ah, sí, mi paga es de ocho *annas* al día.

»El profesor me enseña a hacer el truco de juntar los anillos y mi trabajo consiste en colocarme en la calle, ante la puerta del teatro, y ejecutar este truco e invitar a la gente a entrar y ver el espectáculo.

»Durante seis semanas enteras esto está muy bien. Es mucho mejor que ir a la escuela. Pero luego qué terrible bomba me cae encima al comprender de repente que la magia del profesor Moor no es auténtica, que todo son trucos y rapidez de manos. Inmediatamente el profesor deja de ser mi héroe. Pierdo todo el interés por mi trabajo, pero al mismo tiempo toda mi mente se llena de un anhelo muy fuerte. Anhelo por encima de todas las cosas aprender la magia verdadera y descubrir algo sobre el poder extraño llamado yoga.

»Para ello debo encontrar un yogui que esté dispuesto a aceptarme como discípulo. Esto no va a ser fácil. Los yoguis verdaderos no crecen en los árboles. Hay muy pocos de ellos en toda la India. Además, son gente fanáticamente religiosa. Por lo tanto, si quiero encontrar un maestro, tendré que fingir que también yo soy un hombre muy religioso.

»No, en realidad no soy religioso. Y debido a eso, soy lo que usted llamaría un tramposo. Quería adquirir poderes yóguicos por razones puramente egoístas. Quería utilizar estos poderes para obtener fama y fortuna.

»Ahora bien, esto era algo que el yogui verdadero despreciaría más que cualquier otra cosa en el mundo. De hecho, el yogui verdadero cree que cualquier yogui que haga mal uso de sus poderes morirá pronto y repentinamente. Un yogui jamás debe actuar en público. Debe practicar su arte sólo en la más absoluta intimidad y como oficio religioso, de lo contrario será castigado con la muerte. Esto yo no me lo creía y aún no me lo creo.

»De modo que ahora empieza mi búsqueda de un instructor yóguico. Abandono al profesor Moor y me voy a una ciudad llamada Amritsar, en el Punjab, donde me uno a una compañía teatral ambulante. Tengo que ganarme la vida mientras busco el secreto, y ya he tenido éxito como actor aficionado en la escuela. Así que durante tres años viajo con este grupo de teatro por todo el Punjab y al final, cuando ya tengo dieciséis años y medio, ocupo el primer lugar en los carteles. Durante todo el tiempo voy ahorrando dinero y ahora ya he juntado una suma muy grande: dos mil rupias.

»Es en este momento cuando tengo noticia de un hombre llamado Banerjee. Este Banerjee, según se dice, es uno de los yoguis verdaderamente grandes de la India y posee poderes extraordinarios. Por encima de todo, la gente cuenta que ha adquirido el raro poder de la levitación, de manera que cuando reza todo su cuerpo abandona el suelo y queda suspendido en el aire, a cuarenta y cinco centímetros del suelo.

»Ajá, me digo, sin duda éste es el hombre que me conviene. Este Banerjee es al que debo buscar. Así que en el acto cojo mis ahorros, abandono a la compañía teatral y me dirijo a Rishikesh, a orillas del Ganges, donde, según los rumores, vive Banerjee.

»Durante seis meses busco a Banerjee. ¿Dónde está? ¿Dónde? ¿Dónde está Banerjee? Ah, sí, dicen que en Rishikesh, Banerjee ciertamente ha estado en la ciudad, pero de eso ya hace algún tiempo e incluso entonces nadie le vio. ¿Y ahora? Ahora Banerjee se ha ido a otro lugar. ¿Qué otro lugar? Ah, bien, dicen, ¿cómo podemos saberlo? ¿Cómo? ¿Cómo puede uno conocer los movimientos de alguien como Banerjee? ¿Acaso no lleva una vida de retiro absoluto? ¿No? Y yo digo que sí. Sí, sí, sí. Desde luego. Eso es obvio. Incluso para mí.

»Gasto todos mis ahorros tratando de encontrar a Banerjee, todos excepto treinta y cinco rupias. Pero no sirve de nada. Sin embargo, me quedo en Rishikesh y me gano la vida haciendo trucos corrientes de prestidigitación para grupos pequeños y así. Estos son los trucos que he aprendido del profesor Moor y por naturaleza mis juegos de manos son muy buenos.

«Entonces, un día me encuentro sentado en el pequeño hotel de Rishikesh y de nuevo oigo hablar del yogui Banerjee. Un viajero cuenta que ha oído decir que Banerjee ahora vive en la jungla, no muy lejos de allí, mas en la espesa jungla y completamente solo.

»Pero, ¿dónde?

»El viajero no está seguro de dónde. "Posiblemente", dice, "allí arriba, en esa dirección, al norte de la ciudad", y señala con el dedo.

»Bueno, con eso me basta. Me voy al mercado y empiezo a regatear para alquilar una *tonga,* que es un caballo y un carro, y justo cuando estoy terminando la transacción con el cochero se me acerca un hombre que nos ha estado escuchando y dice que él también va en esa dirección. Dice que puede hacer parte del viaje conmigo y compartir los gastos. Me alegro mucho de ello, como es natural, y nos ponemos en marcha, el hombre y yo sentados en el carro y el cochero conduciendo el caballo. Seguimos un sendero muy estrecho que cruza la jungla.

»Y entonces, ¡qué fantástico golpe de suerte tengo! Hablo con mi compañero y

averiguo que es discípulo nada menos que del mismísimo Banerjee y que precisamente se dirige a visitar a su maestro. Así que, sin andarme por las ramas, le digo que a mí también me gustaría hacerme discípulo del yogui.

»Se vuelve y me mira fijamente largo rato y no habla durante tres minutos quizás. Luego dice, sin alzar la voz: "No, eso es imposible."

»De acuerdo, me digo a mí mismo, ya veremos. Luego le pregunto si realmente es verdad que Banerjee levita cuando reza.

»"Sí", dice. "Eso es verdad. Pero a nadie se le permite ver cómo lo hace. A nadie se le permite jamás acercarse a Banerjee cuando está rezando."

»Así que seguimos un rato más en la *tonga,* sin dejar de hablar de Banerjee, y, por medio de preguntas cuidadosas y sutiles, consigo averiguar varias cosas sobre él, como, por ejemplo, a qué hora del día comienza sus rezos. Al cabo de poco tiempo, el hombre dice: "Le dejaré aquí. Aquí es donde me apeo."

»Le dejo allí y finjo seguir mi camino, pero, al doblar una curva, le digo al cochero que se detenga y espere. Rápidamente salto del carro y regreso sigilosamente por el sendero, buscando a este hombre, el discípulo de Banerjee. No está en el sendero. Ya ha desaparecido en el interior de la jungla. ¿Pero en qué dirección? ¿Por qué lado del sendero? Me quedo muy quieto y escucho.

»Oigo una especie de crujido en la maleza. Me digo que debe de ser él. Si no es él, entonces es un tigre. Pero es él. Le veo delante de mí. Avanza por la jungla espesa. Por donde camina no hay siquiera un sendero angosto y tiene que abrirse paso entre bambúes altos y toda clase de vegetación espesa. Le sigo sigilosamente. Me mantengo a unos cien metros de él porque temo que me oiga. Desde luego, yo puedo oírle a él. Es imposible avanzar en silencio por la jungla muy espesa, y cuando le pierdo de vista, cosa que ocurre muy a menudo, puedo seguirle por el ruido.

»Durante cerca de media hora continúa este tenso juego. Entonces, súbitamente, ya no puedo oír al hombre que va delante de mí. Me detengo y escucho. La jungla está silenciosa. Me aterra la idea de que tal vez le haya perdido. Avanzo sigilosamente un poco más y de pronto, a través de la espesa maleza, veo ante mí un pequeño claro y en medio del claro hay dos chozas. Son chozas pequeñas, construidas enteramente con hojas y ramas de la jungla. El corazón me da un salto y siento una gran excitación dentro de mí porque esto, lo sé con seguridad, es el lugar de Banerjee, el yogui.

»El discípulo ya ha desaparecido. Debe de haberse metido en una de las chozas. Todo está silencioso. Así que procedo a efectuar una inspección muy detenida de los árboles, los arbustos y las demás cosas de los alrededores. Hay un pequeño charco junto a la choza más cercana y junto al charco veo una esterilla para rezar y me digo que ahí es donde Banerjee medita y reza. Cerca de este charco, a menos de treinta metros, hay un árbol grande, un baobab de ramas gruesas y frondosas que se extienden de tal modo que se puede colocar una cama sobre ellas y tenderse en la cama, y ello sin que te puedan ver desde abajo. Ese será mi árbol, me digo a mí mismo. Me esconderé en ese árbol y esperaré hasta que Banerjee salga a rezar. Entonces podré verlo todo.

»Pero el discípulo me ha dicho que la hora de rezar no es hasta las cinco o las seis de la tarde, así que tengo que esperar varias horas. Por consiguiente, vuelvo a cruzar la jungla hasta la carretera y hablo con el cochero de la *tonga.* Le digo que él también tiene que esperar. Para ello tengo que pagarle dinero extra, pero no me importa porque ahora estoy tan excitado que en este momento no me importa nada, ni siquiera el dinero.

»Y durante todo el caluroso mediodía de la jungla espero junto a la tonga y sigo

esperando bajo el intenso y húmedo calor de la tarde y luego, al acercarse las cinco, me abro paso silenciosamente por la jungla para regresar a la choza, con el corazón latiéndome tan aprisa que siento cómo sacude todo mi cuerpo. Me encaramo a mi árbol y me escondo entre las hojas, de tal manera que pueda ver sin ser visto. Y espero. Espero durante cuarenta y cinco minutos.

»¿Un reloj? Sí, llevo un reloj de pulsera. Lo recuerdo claramente. Era un reloj que había ganado en una rifa y me sentía orgulloso de ser su propietario. En la esfera de mi reloj constaba el nombre del fabricante, la "Islamia Watch Co.", de Ludhiana. Y así, con mi reloj, cuido de medir todo lo que pasa porque quiero recordar cada uno de los detalles de esta experiencia.

»Sigo sentado en el árbol, esperando.

»Entonces, de pronto un hombre sale de la choza. Es un hombre alto y delgado. Viste un *dhoti* color naranja y lleva ante sí una bandeja con recipientes de latón e incensarios. Se sienta con las piernas cruzadas en la esterilla que hay junto al charco, colocando la bandeja en el suelo ante él, y todos los movimientos que hace parecen muy serenos y delicados. Se inclina hacia adelante, coge un poco de agua del charco y la arroja por encima del hombro. Coge el incensario y lo mueve de un lado a otro por delante de su pecho, lentamente, con calma. Apoya las palmas de las manos en las rodillas. Hace una pausa. Aspira hondo por la nariz. Puedo ver cómo aspira hondo y de repente veo que su cara está cambiando, hay una especie de brillo sobre todo su rostro, una especie de... bueno, una especie de brillo sobre su piel, y puedo ver que su cara está cambiando.

»Durante catorce minutos permanece totalmente inmóvil en la misma posición y entonces, cuando le miro, veo que, sin lugar a dudas, su cuerpo se levanta poco a poco... poco a poco... poco a poco del suelo. Sigue sentado con las piernas cruzadas, las palmas de las manos apoyadas en las rodillas, y todo su cuerpo se levanta lentamente del suelo, alzándose en el aire. Se encuentra sentado a treinta centímetros del suelo... treinta y siete... cuarenta y cinco... cincuenta... y no tarda en estar a por lo menos sesenta centímetros de la esterilla.

»Yo permanezco totalmente inmóvil en lo alto del árbol, observando, y no paro de decirme a mí mismo: ahora mira cuidadosamente. Ante ti, a unos treinta metros, hay un hombre sentado con gran serenidad en el aire. ¿Le estás viendo? Sí, le estoy viendo. Pero ¿estás seguro de que no se trata de una ilusión? ¿Estás seguro de que no hay engaño? ¿Estás seguro de que no son imaginaciones tuyas? ¿Estás seguro? Sí, estoy seguro, digo. Estoy seguro. Le miro fijamente, maravillándome. Durante largo rato sigo mirándole fijamente y entonces veo que lentamente el cuerpo vuelve a bajar poco a poco hacia tierra. Lo veo bajar suavemente, despacio, descendiendo sobre la tierra hasta que sus nalgas de nuevo reposan en la esterilla.

»¡Cuarenta y seis minutos, según mi reloj, ha permanecido suspendido el cuerpo! Los he cronometrado.

»Y luego, durante largo rato, durante más de dos horas, el hombre permanece sentado absolutamente inmóvil, como una persona de piedra, sin hacer el más leve movimiento. A mí no me parece que esté respirando. Sus ojos están cerrados y sigue habiendo aquel brillo en su rostro y también su expresión ligeramente sonriente, una cosa que no he vuelto a ver en ninguna otra cara desde entonces.

»Por fin se mueve. Mueve las manos. Se levanta. Vuelve a inclinarse. Recoge la bandeja y regresa lentamente al interior de la choza. Estoy asombrado. Me siento exaltado. Me olvido de toda cautela y bajo rápidamente del árbol, corro directamente

hasta la choza y cruzo la puerta. Banerjee está inclinado, lavándose los pies y las manos. Se encuentra de espaldas a mí, pero me oye, se vuelve rápidamente y yergue el cuerpo. Muestra una gran sorpresa en su cara y la primera cosa que dice es: "¿Cuánto tiempo has estado aquí?" Lo dice secamente, como si no estuviera contento.

»En el acto le cuento toda la verdad, toda la historia sobre que he estado arriba en el árbol, observándole, y al final le digo que no hay nada que quiera en la vida salvo convertirme en su discípulo. Le pido si por favor me dejará ser su discípulo.

»De pronto parece estallar. Se pone furioso y empieza a gritarme: "¡Fuera! ¡Fuera de aquí! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera! -y, empujado por la furia, coge un ladrillo pequeño y me lo arroja y me da en la pierna derecha justo debajo de la rodilla y me abre la carne. Todavía tengo la cicatriz. Voy a enseñársela. Aquí, ¿ve?, justo debajo de la rodilla.

»La ira de Banerjee es terrible y estoy muy asustado. Doy la vuelta y salgo corriendo. Regreso a todo correr por la jungla hasta donde me espera el cochero de la *tonga* y volvemos a Rishikesh. Pero aquella noche recobro el valor. Tomo una decisión y es ésta: que volveré cada día a la choza de Banerjee e insistiré una y otra vez hasta que al final tenga que aceptarme como discípulo, para conseguir un poco de paz.

»Esto hago. Cada día voy a verle y cada día su ira cae sobre mí como un volcán. El chilla y grita, y yo me quedo allí de pie, asustado pero también obstinado, repitiéndole siempre mi deseo de ser discípulo suyo. Durante cinco días es así. Entonces, durante mi sexta visita, de repente parece que Banerjee se calma, se muestra cortés. Me explica que él no puede tomarme como discípulo. Pero me dará una nota, dice, para otro hombre, un amigo, un gran yogui, que vive en Hardwar. Debo ir allí y recibiré ayuda e instrucción.

Imhrat Khan hizo una pausa y me preguntó si por casualidad tenía un vaso de agua. Fui a buscárselo. Bebió un trago largo, luego prosiguió su historia:

-Esto sucede en 1922 y yo tengo casi diecisiete años. De manera que me voy a Hardwar. Y allí encuentro al yogui y, como tengo una carta del gran Banerjee, consiente en instruirme.

»Ahora bien, ¿en qué consiste esta instrucción?

»Se trata, por supuesto, de la parte crítica de todo el asunto. Es lo que he estado anhelando y buscando, de modo que puede usted tener la seguridad de que soy un alumno aplicado.

»La primera instrucción, la parte más elemental, consiste en tener que practicar los ejercicios físicos más difíciles, todos ellos relacionados con el control de los músculos y la respiración. Pero después de varias semanas de esto, incluso un alumno aplicado se impacienta. Le digo al yogui que son mis poderes mentales los que deseo desarrollar, no los físicos.

»El me contesta: "Si desarrollas el control de tu cuerpo, entonces el control de tu mente será una cosa automática." Pero yo quiero ambos a la vez y sigo pidiéndoselo, y al final él dice: "Muy bien, te daré unos cuantos ejercicios para ayudarte a concentrar la mente consciente".

»"¿La mente consciente?", pregunto. "¿Por qué dices la mente consciente?"

»"Porque cada hombre tiene dos mentes, la consciente y la subconsciente. La mente subconsciente está muy concentrada, pero la mente consciente, la que todo el mundo utiliza, es una cosa desparramada, no concentrada. Se ocupa de millares de cosas distintas, las cosas que ves a tu alrededor y las cosas en las que piensas. De modo que debes aprender a concentrarla de tal manera que puedas imaginarte una cosa cuando lo

desees, una cosa sólo y absolutamente ninguna otra. Si trabajas mucho para conseguirlo, serás capaz de concentrar tu mente, tu mente consciente, en cualquier objeto que elijas durante tres minutos y medio por lo menos. Pero eso te llevará alrededor de quince años."

»"¡Quince años!", exclamo.

»"Puede que más", dice él. "Quince años es el tiempo normal.

»"¡Pero para entonces ya seré viejo!"

»"No desesperes", dice el yogui. "El tiempo varía en cada caso. Algunos tardan diez años, unos pocos pueden tardar menos y en ocasiones extremadamente raras se presenta una persona especial capaz de desarrollar el poder en uno o dos años solamente. Pero eso es un caso de cada millón."

»"¿ Quiénes son estas personas especiales?", pregunto. "¿Se las ve distintas del resto de la gente?"

»"Parecen iguales", dice él. "Una persona especial podría ser un humilde barrendero o un obrero industrial. O podría ser un rajá. No hay forma de saberlo antes de que empiece el adiestramiento."

»"¿De veras es tan difícil", pregunto, "concentrar la mente en un solo objeto durante tres minutos y medio?"

»"Es :así imposible", contesta. "Pruébalo y lo verás. Cierra los ojos y piensa en algo. Piensa en un único objeto. Imagínatelo. Velo ante ti. Y en el espacio de unos segundos tu mente empezará a divagar. Otros pensamientos pequeños penetrarán en ella» Otras visiones acudirán a ti. Es una cosa muy difícil."

»Así habló el yogui de Hardwar.

»Y así empiezan mis ejercicios reales. Cada noche me siento, cierro los ojos y me imagino el rostro de la persona a la que más quiero, que es mi hermano. Me concentro en imaginar su cara. Pero en el instante en que mi mente comienza a divagar, interrumpo el ejercicio y descanso unos minutos. Luego vuelvo a intentarlo.

»Después de tres años de práctica diaria, soy capaz de concentrarme absolutamente en la cara de mi hermano durante un minuto y medio. Voy progresando. Pero sucede una cosa interesante. Al hacer estos ejercicios, pierdo por completo el sentido del olfato. Y hasta hoy jamás ha vuelto a mí.

»Entonces la necesidad de ganarme la vida para comprar alimentos me obliga a abandonar Hardwar. Me voy a Calcuta, donde hay mejores oportunidades y allí no tardo en empezar a ganar bastante dinero dando funciones de prestidigitación. Pero siempre continúo con los ejercicios. Cada noche, esté donde esté, me instalo en un rincón tranquilo y practico la concentración de la mente en el rostro de mi hermano. De vez en cuando elijo algo menos personal como, por ejemplo, una naranja o unas gafas y eso lo hace aún más difícil.

»Un día viajo de Calcuta a Dacca, en la Bengala Oriental, para dar una función de prestidigitación en un colegio que hay allí, y mientras me encuentro en Dacca casualmente asisto a una demostración de andar sobre el fuego. Hay mucha gente presenciándola. Hay una gran zanja cavada a los pies de un declive cubierto de césped. Cientos y cientos de espectadores se encuentran sentados en la hierba mirando la zanja.

»La zanja tiene unos siete metros de largo. La han llenado de troncos, leña y carbón vegetal y sobre todo ello han vertido un montón de parafina. Han prendido fuego a la

parafina y en poco rato la zanja entera se ha transformado en un horno al rojo vivo. El calor es tan intenso que los hombres que la alimentan con leña tienen que llevar gafas ahumadas. Sopla un viento fuerte que aviva el carbón vegetal hasta ponerlo casi candente.

»Entonces se adelanta el indio que camina sobre el fuego. Va desnudo a excepción de un pequeño taparrabo y lleva los pies descalzos. La multitud enmudece. El indio entra en la zanja y la recorre en toda su longitud, pisando el carbón candente. No se detiene. Tampoco se da prisa. Sencillamente > amina sobre los carbones candentes y sale por el otro extremo. Y sus pies ni siquiera están chamuscados. Muestra las plantas de sus pies a la multitud. La multitud las contempla con asombro.

»Entonces el indio recorre la zanja de nuevo. Esta vez lo hace aún más despacio, y mientras pasa por encima del fuego veo que en su cara hay una expresión de, concentración pura y absoluta. Este hombre, me digo, ha practicado el yoga. Es un yogui.

»Después de la función, el indio que camina sobre el fuego se dirige a la muchedumbre y pregunta si hay alguien con valor suficiente para bajar y caminar sobre el fuego. Los espectadores callan. De pronto siento una oleada de excitación en el pecho. Esta es mi oportunidad. Debo aprovecharla. Debo tener fe y valor. Debo intentarlo. Llevo ya tres años y pico haciendo mis ejercicios de concentración y ha llegado el momento de someterme a una prueba severa.

»Mientras pienso todo esto, un voluntario surge de entre el público. Es un indio joven. Anuncia que le gustaría probar de andar sobre el fuego. Esto hace que me decida, de modo que también me adelanto y anuncio mi propósito. La gente nos vitorea a los dos.

»Ahora el indio que antes caminara sobre el fuego se convierte en el supervisor. Le dice al otro voluntario que él será el primero. Le ordena que se quite el *dhoti,* ya que de lo contrario, dice, el borde se incendiará a causa del calor. Y las sandalias también tiene que quitárselas.

»El joven indio hace lo que le dicen. Pero ahora que se encuentra cerca de la zanja y empieza a sentir el terrible calor que surge de ella, pone cara de asustado. Retrocede unos cuantos pasos, tapándose los ojos con las manos para protegérselos del calor.

»"No tienes que hacerlo si no quieres", le dice el indio que hace de supervisor.

»La multitud espera y contempla, presintiendo el drama.

»El joven, aunque está muerto de miedo, desea demostrar su valentía y dice: "Claro que lo haré."

»Y así diciendo, echa a correr hacia la zanja. Mete un pie en ella, luego el otro. Profiere un terrible alarido, salta de la zanja y cae al suelo. El pobre se retuerce y chilla de dolor. Las plantas de sus pies han sufrido graves quemaduras y parte de la piel se ha desprendido. Dos amigos suyos corren hacia él y se lo llevan.

»" Ahora es tu turno", dice el supervisor. "¿Estás dispuesto?"

»"Estoy dispuesto", digo. "Pero os ruego que guardéis silencio mientras me preparo."

»Un gran silencio se ha apoderado de la multitud. Han visto cómo un hombre sufría graves quemaduras. ¿Estará el segundo lo bastante loco como para hacer lo mismo?

»"¡No lo hagas! ¡Estás loco!", grita un espectador. Otros unen sus voces a la del primero y me gritan que desista. Me vuelvo de cara a ellos y levanto las manos pidiendo

silencio. Dejan de gritar y me miran fijamente. Todos los ojos que hay en aquel lugar están vueltos hacia mí.

»Siento una serenidad extraordinaria.

»Me quito el *dhoti* por la cabeza. Me despojo de las sandalias. Quedo sin más ropa que los calzoncillos. Permanezco muy quieto y cierro los ojos. Empiezo a concentrar mi mente. Me concentro en el fuego. No veo nada más que carbones candentes y me concentro en pensar que no queman sino que están fríos. Los carbones están fríos, me digo a mí mismo. No pueden quemarme. Es imposible que me quemen porque no hay calor en ellos. Dejo pasar medio minuto. Sé que no debo esperar demasiado tiempo, porque sólo puedo concentrarme absolutamente en una cosa durante un minuto y medio.

»Sigo concentrándome. Me concentro tanto que caigo en una especie de trance. Pongo los pies sobre los carbones. Camino bastante aprisa a lo largo de toda la zanja. ¡Y no me quemo!

»La gente se vuelve loca. Chilla y vitorea. El supervisor se me acerca rápidamente y examina las plantas de mis pies. No puede creer lo que ve. No hay ni una sola señal de quemadura en ellas.

»"¡Ay!", exclama. "¿Qué es esto? ¿Eres un yogui?"

»"Voy en camino de serlo, señor", contesto orgullosamente. "Voy en camino de serlo."

»Después de eso, me visto y me marcho rápidamente de aquí, evitando el gentío.

»Desde luego, estoy excitado. "Ya viene a mí", digo. "Por fin el poder viene hacia mí." Y durante todo el rato recuerdo otra cosa. Recuerdo una cosa que me dijo el viejo yogui de Hardwar. Me dijo: "Se sabe que ciertas personas santas desarrollaron su concentración hasta tal punto que podían ver sin utilizar los ojos." Sigo recordando estas palabras y sigo anhelando el poder de hacer yo lo mismo. Y después del éxito obtenido caminando sobre el fuego, decidí que lo concentraría todo en este único objetivo: ver sin los ojos.

Imhrat Kham interrumpió la narración; era sólo la segunda vez que lo hacía hasta entonces. Bebió otro sorbo de agua, luego se reclinó en la silla y cerró los ojos.

-Trato de ponerlo todo en orden correcto -dijo-. No quiero olvidarme de nada.

-Lo está haciendo muy bien -le dije-. Prosiga.

-Muy bien. Así que todavía estoy en Calcuta y acabo de obtener un éxito caminando sobre el fuego. Y ahora he decidido concentrar toda mi energía en esta única cosa, que es ver sin los ojos.

»Ha llegado el momento, por lo tanto, de hacer un ligero cambio en los ejercicios. Ahora cada noche enciendo una vela y empiezo contemplando fijamente la llama. La llama de una vela, como usted sabe, tiene tres partes separadas: la amarilla arriba, la malva más abajo y la negra en el centro. Coloco la vela a cuarenta centímetros de mi cara. La llama está exactamente al nivel de mis ojos. No debe estar ni más arriba ni más abajo. Tiene que estar exactamente al mismo nivel porque entonces no debo hacer ni el más ligero ajuste de los músculos oculares para mirar hacia arriba o hacia abajo. Me instalo cómodamente y empiezo a mirar con fijeza la parte negra de la llama, justo en el centro. Todo esto es sólo para concentrar mi mente consciente, para vaciarla de todo cuanto me rodea. De manera que miro fijamente la parte negra de la llama hasta que todo lo que me rodea ha desaparecido y no puedo ver nada más. Entonces cierro lentamente los ojos y empiezo a concentrarme como de costumbre en un solo objeto de

mi elección, el cual, como usted sabe, suele ser el rostro de mi hermano.

»Hago esto cada noche antes de irme a la cama y en 1929, cuando tengo veinticuatro años, puedo concentrarme en un objeto durante tres minutos sin que mi mente divague. Así que es ahora, en este momento, cuando tengo veinticuatro años, cuando empiezo a notar una leve capacidad para ver un objeto con los ojos cerrados. Es una capacidad muy leve, justo una sensación pequeña y rara de que, al cerrar los ojos y mirar intensamente algo, concentrándome mucho en ello, entonces puedo ver el contorno del objeto que estoy mirando.

»Poco a poco empiezo a desarrollar mi sentido interno de la vista.

»Me pregunta usted qué quiero decir con eso. Se lo explicaré exactamente igual que el yogui de Hardwar me lo explicó a mí.

»Verá usted, todos nosotros tenemos dos sentidos de la vista, del mismo modo que tenemos dos sentidos del olfato, del gusto y del oído. Está el sentido externo, el sentido sumamente desarrollado que utilizamos todos, y existe también el sentido interno. Si pudiéramos desarrollar estos sentidos internos que tenemos, entonces podríamos olfatear sin la nariz, gustar sin la lengua, oír sin las orejas y ver sin los ojos. ¿No lo comprende? ¿No se da cuenta de que la nariz, la lengua, las orejas y los ojos son sólo... cómo decírselo... son instrumentos que ayudan a transmitir la sensación propiamente dicha al cerebro?

»Y así, constantemente, lucho por desarrollar mis sentidos internos de la vista. Ahora cada noche hago mis ejercicios acostumbrados con la llama de la vela y el rostro de mi hermano. Después descanso un ratito. Bebo una taza de café. Luego me vendo los ojos y me siento en la silla intentando imaginar, intentando ver, no sólo imaginar, sino ver realmente sin los ojos cada uno de los objetos que hay en la habitación.

»Y poco a poco el éxito viene a mí.

»Pronto trabajo con una baraja. Cojo un naipe de la parte superior de la baraja y lo sostengo ante mí, con el dorso hacia mí, tratando de ver a través de él. Luego, con un lápiz en la mano, escribo lo que creo que es. Cojo otro naipe y vuelvo a hacer lo mismo. Repito la operación con todo el resto de la baraja y cuando termino cotejo lo que he escrito con los naipes depositados sobre la mesa. Casi en seguida acierto en un sesenta o setenta por ciento de los casos.

»Hago otras cosas. Compro mapas y complicadas cartas de navegación y los clavos en todas las paredes del cuarto. Me paso horas mirándolos con los ojos vendados, intentando verlos, tratando de leer la letra pequeña que indica los lugares y los ríos. Durante los cuatro años siguientes cada noche llevo a cabo esta clase de prácticas.

»Al llegar el año 1933, es decir, el año pasado, cuando tengo veintiocho años, puedo leer un libro. Puedo vendarme los ojos por completo y leer un libro de cabo a rabo.

»Así que por fin lo he conseguido, este poder. Ya estoy seguro de que es mío y en seguida, como la impaciencia me impide esperar, incluyo el número de los ojos vendados en mi función de prestidigitación.

»Al público le encanta. Aplauden a rabiar. Pero ni un solo espectador cree que sea auténtico. Todo el mundo cree que se trata de otro truco inteligente. Y el hecho de que yo sea prestidigitador no hace sino convencerles aún más de que hago trampa. Los prestidigitadores son hombres que te engañan. Te engañan con destreza. Y, por consiguiente, nadie me cree. Incluso los médicos que me vendan los ojos expertamente se niegan a creer que alguien pueda ver sin utilizar los ojos. Olvidan que puede haber

otras maneras de enviar la imagen al cerebro.

-¿Cuáles son esas otras maneras? -le pregunté.

-Con toda sinceridad, no sé cómo es exactamente que puedo ver sin los ojos. Pero lo que sí sé, es esto: cuando los tengo vendados, no utilizo los ojos para nada. De ver se encarga otra parte de mi cuerpo.

-¿Qué parte? -le pregunté.

-Cualquiera, siempre y cuando la piel esté desnuda. Por ejemplo, si coloca usted una plancha de metal delante de mí y luego pone un libro detrás del metal, no puedo leer el libro. Pero si me permite pasar la mano por detrás de la plancha de metal, de manera que la mano vea el libro, entonces sí puedo leerlo.

-¿Le importaría que hiciera una prueba? -pregunté.

-En absoluto.

-No tengo en casa ninguna plancha de metal -dije-. Pero la puerta servirá para el caso.

Me levanté y, acercándome a la librería, cogí el primer libro que encontré a mano. Era *Alicia en el país de las maravillas.* Abrí la puerta y le pedí a mi invitado que se colocase detrás de ella. Abrí el libro al azar y lo coloqué en una silla al otro lado de la puerta. Luego me coloqué en un punto desde el que pudiera ver tanto al hombre como al libro.

-¿Puede leer ese libro? -le pregunté.

-No -contestó-. Por supuesto que no.

-De acuerdo. Ahora puede pasar la mano por detrás de la puerta, pero sólo la mano.

Deslizó la mano por el borde de la puerta hasta que quedó a la vista del libro. Entonces vi que los dedos de la mano se separaban unos de otros, abriéndose mucho, empezando a temblar ligeramente, palpando el aire como las antenas de un insecto. Y la mano se volvió de modo que el dorso quedase de cara al libro.

-Trate de leer la página de la izquierda desde arriba -dije.

Hubo un silencio durante quizás diez segundos, luego el indio, tranquilamente, sin pausa, empezó a leer: *«¿Has resuelto ya el acertijo?», dijo el Sombrerero, volviéndose de nuevo hacia Alicia. «No, me rindo», replicó Alicia: «¿Cuál es la respuesta?».* «No *tengo la menor idea», dijo el Sombrerero.* «Yo *tampoco», dijo la Liebre. Alicia suspiró fatigadamente. «Creo que podríais hacer algo mejor con el tiempo», dijo, «que malgastarlo preguntando acertijos sin respuesta...»*

-¡Es perfecto! -exclamé-. ¡Ahora le creo! ¡Es usted un milagro! -me sentía enormemente excitado.

-Gracias, doctor -dijo gravemente-. Lo que dice me produce un gran placer.

-Una pregunta -dije-. Es sobre los naipes. Cuando los levantaba con el dorso hacia usted, ¿ponía la mano enfrente del otro lado para ayudarse a leer?

-Es usted muy perceptivo -dijo-. No. No la ponía. En el caso de los naipes realmente podía ver a través de ellos de alguna manera.

-¿Cómo puede explicarme eso? -pregunté.

-No me lo explico -dijo-. Excepto que quizás un naipe es una cosa tan ligera, tan tenue, en vez de ser sólida como el metal o gruesa como una puerta. Esa es la única explicación que puedo dar. Hay muchas cosas en este mundo, doctor, que no podemos explicar.

-Sí -dije-. Desde luego que las hay.

-¿Tendría la bondad de llevarme a casa ahora? -dijo-. Estoy muy cansado.

Le llevé a casa en mi coche.

Aquella noche no me acosté. Estaba demasiado nervioso para dormir. Acababa de presenciar un milagro. ¡Aquel hombre haría que doctores de todo el mundo diesen volteretas en el aire! ¡Podía cambiar todo el curso de la medicina! Desde el punto de vista de un médico, ¡debía de ser el más valioso de los hombres vivos! Los médicos debíamos apoderarnos de él y guardarlo en lugar seguro. Debíamos cuidarle. No debíamos permitir que se nos escapase. Debíamos averiguar exactamente cómo es posible transmitir una imagen al cerebro sin utilizar los ojos. Y si lo averiguamos, entonces los ciegos quizás podrían ver y los sordos quizás podrían oír. Por encima de todo, aquel hombre increíble no debía permanecer ignorado y vagando de un lado a otro de la India, viviendo en hoteles baratos y actuando en teatros de segunda categoría.

Tan nervioso me puse pensando en todo ello que, al cabo de un rato, cogí una libreta y una pluma y me puse a escribir con gran cuidado todo lo que Imhrat Khan me había contado aquella noche. Utilicé las notas que había tomado sobre la marcha. Me pasé cinco horas escribiendo sin parar. Y a las ocho de la mañana siguiente, cuando llegó la hora de ir al hospital, ya había terminado la parte más importante: las páginas que acaba usted de leer.

Aquella mañana no vi al doctor Marshall en el hospital hasta que nos encontramos en el salón de descanso durante la pausa para el té.

Le conté todo lo que pude en los diez minutos de que disponíamos.

-Esta noche volveré al teatro -dije-. Tengo que hablar con él de nuevo. Debo persuadirle de que se quede aquí. No debemos perderle.

-Iré con usted -dijo el doctor Marshall.

-De acuerdo -dije-. Primero veremos el espectáculo y luego le llevaremos a cenar.

A las siete menos cuarto de aquella noche llevé al doctor Marshall en mi coche a Acacia Street. Aparqué el coche y los dos anduvimos hasta el Royal Palace Hall.

-Aquí pasa algo -dije-. ¿Dónde están todos?

No había ninguna multitud delante del teatro, cuyas puertas estaban cerradas. El cartel que anunciaba el espectáculo seguía en su sitio, pero vi que encima de él alguien había escrito con grandes letras de imprenta, utilizando pintura negra, las palabras «SUSPENDIDA LA FUNCIÓN DE ESTA NOCHE». De pie junto a las puertas cerradas había un viejo portero.

-¿Qué ha pasado? -le pregunté.

-Alguien ha muerto -dijo.

-¿Quién? -le pregunté, sabiendo ya de quién se trataba.

-El hombre que ve sin los ojos -respondió el portero.

-¿Cómo ha muerto? -exclamé-. ¿Cuándo? ¿Dónde?

-Dicen que murió en su cama -repuso el portero-. Se durmió y nunca más despertó. Estas cosas pasan.

Regresamos al coche caminando despacio. Me sentía abrumado por el dolor y la ira. Nunca debí permitir que aquel hombre precioso volviera a su casa la noche anterior. Debería haberle retenido en la mía. Debería haberle cedido mi cama y cuidarle. No

debería haberlo perdido de vista. Imhrat Khan era un hombre que hacía milagros. Se había comunicado con fuerzas misteriosas y peligrosas que están fuera del alcance de la gente corriente. También había infringido todas las reglas. Había hecho milagros en público. Había aceptado dinero a cambio de ello. Y, lo peor de todo, había revelado algunos de los secretos a un profano: yo. Ahora estaba muerto.

-De modo que se acabó -dijo el doctor Marshall.

-Sí -dije-. Todo ha terminado. Nadie sabrá jamás cómo lo hacía.

Este es un informe fidedigno y exacto de todo lo que ocurrió en relación con mis dos encuentros con Imhrat Khan.

firmado John F. Cartwright, doctor en medicina Bombay, 4 de diciembre de 1934

-Bien, bien, bien -dijo Henry Sugar-. Eso sí que es interesante.

Cerró la libreta y permaneció sentado, mirando fijamente la lluvia que azotaba las ventanas de la biblioteca.

-Esta -prosiguió Henry Sugar, hablando en voz alta consigo mismo- es una información tremenda. Podría cambiar mi vida.

La información a la que se refería Henry Sugar era que Imhrat Khan se había entrenado para leer el valor de un naipe a través del dorso del mismo. Y Henry el jugador, el jugador más bien poco honrado, se había percatado en el acto de que si él era capaz de entrenarse para hacer lo mismo, podía ganar una fortuna.

Durante unos instantes Henry dejó que su mente se detuviera en las cosas maravillosas que podría hacer si fuera capaz de leer los naipes desde atrás. Ganaría todas las partidas de canasta, bridge y póquer. Y aún mejor: podría entrar en cualquier casino del mundo y ganar en el *blackjack* y todos los demás juegos de gran potencia que en ellos se jugaban.

En los casinos de juego, como Henry sabía muy bien, casi todo dependía en última instancia del valor de un solo naipe, y si uno sabía de antemano cuál era dicho valor, ¡entonces jugaba sobre seguro!

Pero, ¿sería capaz de hacerlo? ¿Conseguiría entrenarse realmente para hacer aquella cosa?

No vio ninguna razón por la cual no pudiera. Lo de la llama de la vela no le parecía especialmente difícil. Y, según lo que acababa de leer, en realidad en eso consistía todo: mirar fijamente el centro de la llama y tratar de concentrarse en el rostro de la persona a la que más se quisiera.

Probablemente tardaría varios años en conseguirlo, mas ¿quién no estaría dispuesto a pasar varios años preparándose con el fin de ganar a los casinos cada vez que entrase en ellos?

-¡Caramba! -exclamó en voz alta-. ¡Lo conseguiré! ¡Vaya si lo conseguiré!

Permaneció muy quieto en la butaca de la biblioteca, trazándose un plan de campaña Ante todo, no le diría a nadie lo que estaba tramando. Robaría la libreta de la biblioteca para que ninguno de sus amigos diera con ella por casualidad y aprendiese el secreto. Llevaría la libreta consigo adondequiera que fuese. Sería su biblia. No podía salir en busca de un yogui auténtico que le instruyese, de modo que el libro sería su yogui. Sería su maestro.

Henry se puso en pie y escondió la libreta delgada de tapas azules debajo de su chaqueta. Salió de la biblioteca y se encaminó directamente a la habitación del piso de

arriba que le habían asignado para el fin de semana. Sacó su maleta y escondió la libreta debajo de la ropa. Luego volvió a bajar y se dirigió al cuarto del mayordomo.

-John -dijo, dirigiéndose al mayordomo-, ¿puede proporcionarme una vela? Bastará con una vela blanca del tipo corriente.

Los mayordomos están educados para no preguntar nunca el porqué. Sencillamente obedecen órdenes.

-¿El señor desea también una palmatoria?

-Sí. Una vela y una palmatoria.

-Muy bien, señor. ¿Desea que se las suba a su habitación?

-No. Esperaré aquí hasta que las encuentre.

El mayordomo no tardó en encontrar una vela y una palmatoria.

-¿Y ahora podría proporcionarme una regla?

El mayordomo le proporcionó una regla. Henry le dio las gracias y volvió a su habitación.

Una vez dentro, cerró la puerta con llave y echó todas las cortinas para que el cuarto quedase sumido en la penumbra. Colocó la palmatoria con la vela sobre la mesa del tocador y acercó una silla. Al sentarse, notó con satisfacción que sus ojos estaban exactamente al mismo nivel que el pabilo de la vela. Entonces, utilizando la regla, se colocó de modo que su cara quedase a cuarenta centímetros de la vela, que era lo que decía el libro.

El indio había visto la cara de la persona a la que más quería, que en su caso era un hermano. Henry no tenía ningún hermano. Así, pues, decidió imaginarse su propio rostro. La elección fue buena, ya que cuando se es tan egoísta y egocéntrico como lo era Henry, no hay duda de que la cara que uno quiere más es la suya propia. Además, era la cara que conocía mejor. Se pasaba tanto tiempo contemplándosela en el espejo, que conocía hasta la última de las arrugas que había en ella.

Encendió la vela con su encendedor. Apareció una llama amarilla que ardió sin interrupción.

Henry se sentó y se puso a contemplar fijamente la llama. La libreta tenía razón. La llama, cuando la mirabas atentamente, tenía en efecto tres partes separadas. Había la parte amarilla exterior. Luego había una parte color malva. Y en el mismo centro estaba la zona diminuta y mágica de negrura absoluta. Henry miró fijamente la pequeñísima parte negra. Clavó los ojos en ella y siguió mirándola con atención. Y entonces ocurrió una cosa extraordinaria. Su mente quedó totalmente en blanco y su cerebro dejó de vagar nerviosamente. Y de pronto tuvo la sensación de que él mismo, la totalidad de su cuerpo, se encontraba encerrado dentro de la llama, cómodamente sentado en el interior de la pequeña zona negra de la nada.

Sin ninguna dificultad, Henry hizo que la imagen de su propio rostro apareciese ante él. Se concentró en el rostro y nada más que en el rostro. Cerró el paso a todos los demás pensamientos. Lo consiguió plenamente, pero sólo durante unos quince segundos. Después su mente comenzó a divagar y se encontró pensando en los casinos de juego y en cuánto dinero ganaría. Al llegar a este punto, apartó los ojos de la vela y se concedió un descanso.

Aquel había sido su primer esfuerzo. Se sentía entusiasmado. Lo había logrado. Tenía que reconocer que no le había durado mucho. Pero tampoco le había durado mucho al

indio en su primer intento.

Al cabo de unos minutos probó de nuevo. Le salió bien. No disponía de ningún cronómetro para medir la duración, pero le pareció que esta vez aguantaba mucho más que la primera.

-¡Es tremendo! -exclamó-. ¡Lo lograré! ¡Tendré éxito!

En toda su vida nada le había excitado tanto.

A partir de aquel día, sin importar dónde estuviera o lo que hiciese, Henry practicó con la vela todas las mañanas y todas las noches. A menudo practicaba también durante el mediodía. Por primera vez en su vida se aplicaba a algo con verdadero entusiasmo. Y sus progresos eran notables. Transcurridos seis meses, podía concentrarse absolutamente en su propio rostro durante no menos de tres minutos sin que un solo pensamiento ajeno penetrara en su mente.

¡El yogui de Hardwar le había dicho al indio que un hombre tendría que practicar durante quince años para conseguir aquellos resultados!

¡Un momento! El yogui también había dicho otra cosa. Había dicho (y, al llegar aquí, Henry consultó ansiosamente la libreta por centésima vez), había dicho que en ocasiones extremadamente raras aparecía una persona especial capaz de desarrollar el poder en uno o dos años solamente.

-¡Ese soy yo! -exclamó Henry-. ¡Tengo que ser yo! ¡Soy una de esas personas entre el millón que está dotada con la capacidad para adquirir poderes yóguicos a una velocidad increíble! ¡Yupi! ¡Hurra! ¡No tardaré mucho en hacer saltar la banca de todos los casinos de Europa y América!

Mas en aquel punto Henry demostró una paciencia y un buen sentido poco frecuentes. No salió corriendo en busca de una baraja para ver si podía leer los naipes a través del dorso. De hecho, se mantuvo bien alejado de toda suerte de partidas de naipes. Había renunciado a la canasta, el bridge y el póquer al empezar a trabajar con la vela. Lo que es más, también había renunciado a las fiestas y fines de semana de sus amigos ricos. Ahora concentraba toda su energía en alcanzar aquel único objetivo: adquirir poderes yóguicos. Todo lo demás tendría que esperar hasta que los hubiese conseguido.

Transcurría el décimo mes cuando Henry, como antes le ocurriera a Imhrat Khan, se percató de que poseía una ligera capacidad para ver un objeto con los ojos cerrados. Cuando cerraba los ojos y miraba fijamente algo, con gran concentración, podía ver realmente el contorno del objeto que estuviera mirando.

-¡Ya lo tengo! -exclamó-. ¡Lo he conseguido! ¡Es fantástico!

A partir de aquel momento se esforzó más que nunca en hacer sus ejercicios con la vela, y al finalizar el primer año ¡ya era capaz de concentrarse en la imagen de su propia cara durante cinco minutos y medio como mínimo!

Entonces decidió que había llegado el momento de llevar a cabo una prueba con naipes. Se encontraba en la salita de estar de su piso de Londres cuando tomó dicha decisión; faltaba poco para la medianoche. Sacó una baraja, un lápiz y papel. Temblaba a causa de la excitación. Colocó la baraja al revés ante sí y se concentró en el naipe de arriba.

Al principio lo único que podía ver era el dibujo del dorso del naipe. Era un dibujo muy corriente formado por líneas rojas y delgadas, uno de los dibujos más corrientes en los naipes de todo el mundo. Entonces trasladó su concentración del dibujo a la otra cara del naipe. Se concentró con gran intensidad en la parte invisible del naipe y no permitió

que ningún otro pensamiento penetrase en su mente. Transcurrieron treinta segundos.

Luego un minuto...

Dos minutos...

Tres minutos...

Henry no se movió. Su concentración era intensa y absoluta. Se estaba imaginando la otra cara del naipe. A ninguna otra clase de pensamiento se le permitió entrar en su cabeza.

Durante el cuarto minuto algo empezó a ocurrir. Lentamente, mágicamente, pero con mucha claridad, los símbolos negros se convirtieron en espadas y al lado de las espadas apareció el número cinco.

¡El cinco de espadas!

Henry interrumpió su concentración. Y entonces, con dedos temblorosos, cogió el naipe y le dio la vuelta.

¡Era el cinco de espadas!

-¡Lo he conseguido! -exclamó en voz alta, levantándose de un salto-. ¡He visto a través del dorso! ¡Voy por buen camino!

Tras descansar un rato, volvió a probar y esta vez utilizó un cronómetro para ver cuánto tardaba. Al cabo de tres minutos y cincuenta y ocho segundos, leyó que el naipe era el rey de diamantes. ¡Acertó!

La siguiente vez volvió a acertar y tardó tres minutos y cincuenta y cuatro segundos. Eso representaba cuatro segundos menos.

Henry sudaba a causa de la excitación y el agotamiento.

-Ya hay bastante por hoy -se dijo a sí mismo.

Se levantó y se sirvió un whisky muy cargado; luego se sentó a descansar y saborear su éxito.

Se dijo que su tarea consistiría ahora en practicar y practicar con los naipes hasta que pudiera ver a través de ellos de manera instantánea. Estaba convencido de que era posible. Ya en el segundo intento había reducido el tiempo en cuatro segundos. Dejaría de trabajar con la vela y se concentraría exclusivamente en los naipes. Trabajaría con ellos noche y día.

Y eso fue lo que hizo. Mas ahora que ya empezaba a oler que el éxito verdadero estaba cerca, se volvió más fanático que nunca. No salía jamás de su piso como no fuera para comprar comestibles y bebida. Durante todo el día, y a veces hasta bien entrada la noche, permanecía agachado ante los naipes, con el cronómetro al lado, tratando de reducir el tiempo que necesitaba para leerlos a través del dorso.

En el plazo de un mes consiguió reducirlo a un minuto y medio.

Y al cabo de seis meses de fiera concentración, consiguió hacerlo en veinte segundos. Pero incluso eso era demasiado tiempo. Cuando estás jugando en un casino y el que reparte los naipes espera que digas sí o no a la siguiente carta, no te permiten contemplarla fijamente durante veinte segundos antes de decidirte. Tres o cuatro segundos serían permisibles. Pero más, no.

Henry siguió trabajando. Pero a partir de aquel momento cada vez le resultaba más difícil mejorar su rapidez. Pasar de los veinte segundos a los diecinueve le llevó una semana de intenso trabajo. De los diecinueve a los dieciocho le llevó casi dos semanas.

Y pasaron otros siete meses antes de que pudiera ver a través de un naipe en diez segundos justos.

Su objetivo eran cuatro segundos. Sabía que, a menos que pudiera ver a través de un naipe en un máximo de cuatro segundos, no conseguiría ningún éxito en los casinos. Sin embargo, cuanto más se acercaba al objetivo, más difícil le resultaba alcanzarlo. Necesitó cuatro semanas para rebajar el tiempo de diez a nueve segundos; y otras cinco semanas para pasar de nueve a ocho. Pero para entonces el trabajo duro ya no le importaba. Sus poderes de concentración se habían desarrollado hasta tal punto que podía trabajar doce horas seguidas sin ningún problema. Y sabía con absoluta certeza que acabaría llegando a la meta. No se detendría hasta llegar a ella. Día tras día, noche tras noche, permanecía sentado ante los naipes con el cronómetro al lado, luchando con terrible intensidad por reducir aquellos últimos y tozudos segundos.

Los tres últimos segundos fueron los peores. Para pasar de los siete segundos a su objetivo de cuatro, ¡necesitó exactamente once meses!

El gran momento llegó un sábado por la noche. Un naipe yacía boca abajo sobre la mesa ante él. Henry puso en marcha el cronómetro y comenzó a concentrarse. En seguida vio una mancha roja. La mancha cobró forma rápidamente y se transformó en un diamante. Y entonces, casi instantáneamente, el número seis apareció en el ángulo superior izquierdo. Paró el cronómetro y comprobó el tiempo. ¡Cuatro segundos! Dio la vuelta al naipe. ¡Era el seis de diamantes! ¡Lo había conseguido! ¡Lo había leído en cuatro segundos justos!

Volvió a hacer la prueba con otro naipe. En cuatro segundos leyó que se trataba de la reina de espadas. Repitió la operación con toda la baraja, cronometrándose a cada naipe. ¡Cuatro segundos! ¡Cuatro segundos! ¡Cuatro segundos! Siempre igual. ¡Por fin lo había logrado! La preparación había terminado. ¡Ya podía poner en práctica su plan!

¿Y cuánto tiempo había tardado? Pues había tardado exactamente tres años y tres meses de trabajo concentrado.

¡Ahora a por los casinos!

¿Cuándo debía empezar?

¿Por qué no aquella misma noche?

Era sábado y todos los casinos estaban abarrotados de gente los sábados por la noche. Tanto mejor. Correría menos riesgos de hacerse conspicuo. Entró en el dormitorio para vestirse de etiqueta. Los sábados por la noche era preciso vestirse de etiqueta para visitar los grandes casinos de Londres.

Decidió ir a Lord's House. Hay más de cien casinos legales en Londres, pero ninguno de ellos está abierto al público en general. Es necesario hacerse socio antes de que te permitan la entrada. Henry era socio de no menos de diez de ellos. Lord's House era su favorito. Era el más elegante y exclusivo del país.

Lord's House era una magnífica mansión georgiana situada en el centro de Londres y durante más de doscientos años había sido la residencia particular de un duque. Ahora pertenecía a los corredores de apuestas, y aquellos soberbios salones de techo alto donde otrora la aristocracia y a menudo la realeza se reuniera para jugar tranquilamente una partida de *whist* hoy se llenaban de otra clase de gente que jugaba a algo muy distinto.

Henry llegó a Lord's House y aparcó el coche ante la entrada principal. Se apeó del automóvil, pero dejó el motor en marcha. Inmediatamente un empleado con uniforme verde se hizo cargo del coche para aparcarlo.

A ambos lados de la calle se encontraban aparcados alrededor de una docena de «Rolls-Royces». Sólo la gente muy rica era socia de Lord's House.

-¡Caramba, míster Sugar! -dijo el hombre del mostrador, cuyo trabajo consistía en no olvidar jamás una cara-. ¡Hacía años que no le veíamos por aquí!

-He estado muy ocupado -contestó Henry.

Subió por la maravillosa escalinata con sus barandillas de caoba labrada y entró en la oficina del cajero. Allí extendió un cheque por valor de mil libras. El cajero le dio diez placas de plástico color rosa, grandes y rectangulares, cada una de las cuales valía por cien libras. Henry se las guardó en el bolsillo y pasó varios minutos recorriendo los diversos salones de juego para cogerle el tranquillo a la cosa después de una ausencia tan larga. Aquella noche había mucha gente. Mujeres bien alimentadas formaban corro alrededor de la ruleta como rollizas gallinas en torno a la tolva de alimentación. Las joyas y el oro relucían sobre los pechos y las muñecas de las mujeres. Muchas de ellas tenían el pelo de color azul. Los hombres llevaban esmoquin y entre ellos no había uno solo que fuese alto. Henry se preguntó por qué aquella clase determinada de hombre rico tendría siempre las piernas cortas. Todas sus piernas parecían terminar en las rodillas, sin que hubiera muslos por encima de éstas. La mayoría de ellos lucían una prominente barriga, cara colorada y un cigarro entre los labios. Sus ojos brillaban de codicia.

Henry se fijó en todo ello. Era la primera vez en su vida que contemplaba con desagrado aquel tipo de persona rica que frecuentaba los casinos de juego. Hasta entonces siempre los había considerado compañeros, miembros de su mismo grupo y clase. Aquella noche le parecieron vulgares.

¿Sería tal vez que los poderes yóguicos adquiridos a lo largo de los tres años anteriores le habían hecho cambiar un poco?

Se quedó mirando la ruleta. Sobre la mesa larga y verde la gente colocaba su dinero, tratando de adivinar en qué ranurita caería la bolita blanca a la siguiente vuelta de la ruleta. Henry miró la rueda. Y de repente, quizás más por costumbre que por cualquier otra cosa, se dio cuenta de que empezaba a concentrarse en ella. No era difícil. Llevaba tanto tiempo practicando el arte de la concentración total, que aquello se había convertido en una cosa rutinaria. En una fracción de segundo su mente se había concentrado completa y absolutamente en la rueda. Todo lo demás que había en el salón, el ruido, la gente, las luces, el olor a humo de cigarro, todo se borró de su mente y sólo vio los números blancos alrededor del borde. Los números iban del uno al treinta y seis y había un cero entre el uno y el treinta y seis. Con gran rapidez todos los números se hicieron borrosos y desaparecieron ante sus ojos. Todos excepto uno, todos excepto el número dieciocho. Era el único número que Henry podía ver. Al principio resultaba algo confuso y desenfocado. Luego los bordes se hicieron más claros y el blanco cobró mayor luminosidad, mayor brillo, hasta que empezó a relucir como si hubiera una luz detrás de él. Se hizo más grande. Parecía saltar hacia él. En aquel momento Henry interrumpió su concentración. El salón volvió a aparecer ante sus ojos.

-¿Todos han terminado? -preguntó el croupier.

Henry sacó del bolsillo una placa de cien libras y la colocó en el cuadrado señalado con el número dieciocho en la mesa verde. Aunque el resto de la mesa aparecía cubierto con las apuestas de los demás jugadores, la suya era la única que había en el dieciocho.

El croupier hizo girar la rueda. La bolita blanca rebotó y corrió alrededor del borde. La gente miraba. Todos los ojos estaban posados en la bolita. La rueda empezó a girar

más despacio. Se detuvo. La bolita dio varias vueltas más, titubeó, luego cayó limpiamente en la ranura del número dieciocho.

-¡Dieciocho! -dijo el croupier.

La gente soltó un suspiro. El ayudante del croupier recogió los montoncitos de placas perdedoras con una pala de mango largo. Pero no cogió la de Henry. Le pagaron treinta y seis a uno. Tres mil seiscientas libras a cambio de sus cien libras. Se las dieron en tres placas de mil libras y seis de cien.

Henry empezaba a experimentar un extraordinario sentido de poder. Estaba convencido de que podía hacer saltar la banca sí así lo deseaba. En cuestión de horas podía arruinar aquel tugurio de lujo. Podía quitarles un millón y todos los caballeros elegantes de rostro pétreo que contemplaban el movimiento del dinero saldrían disparados como ratas presas de pánico.

¿Debía hacerlo?

La tentación era grande.

Pero sería el fin de todo. Se haría famoso y nunca más le permitirían volver a entrar en un casino en ninguna parte del mundo. No debía hacerlo. Tenía que andar con mucho cuidado para no atraer la atención sobre sí.

Henry salió despreocupadamente del salón de la ruleta y entró en el salón donde estaban jugando al *blackjack.* Se detuvo en el umbral para contemplar la escena. Había cuatro mesas. Tenían formas extrañas, aquellas mesas de *blackjack,* cada una de ellas curvada como una media luna, y los jugadores se encontraban sentados en taburetes altos alrededor de la parte externa del medio círculo, mientras que los empleados se encontraban de pie en la parte interna.

Las barajas de naipes (en Lord's House utilizaban cuatro barajas mezcladas unas con otras) yacían en una caja abierta por el extremo y conocida con el nombre de «zapato». El empleado sacaba los naipes uno por uno del «zapato», utilizando las puntas de los dedos... El dorso del naipe que había dentro del «zapato» era siempre visible, pero no los demás.

El *blackjack,* como lo llaman los casinos, es un juego muy sencillo. Ustedes y yo lo conocemos bajo uno de otros tres nombres: pontón, veintiuno o *vingt-et-un.* El jugador trata de reunir cartas que en total sumen un número tan cerca del veintiuno como sea posible, pero si sobrepasa dicha cifra, pierde y el que da las cartas se queda con el dinero. En casi todas las manos, el jugador se enfrenta con el problema de sacar otra carta y arriesgarse a perder o quedarse con las que ya tiene. Pero Henry no iba a tener ese problema. En cuatro segundos vería el valor de la carta que el empleado le ofrecería y sabría si debía decir sí o no. Henry podía convertir el *blackjack* en una farsa.

En todos los casinos tienen una regla torpe sobre las apuestas en el *blackjack* que no tenemos en casa. En casa miramos la primera carta antes de hacer la apuesta y, si es buena, apostamos fuerte. Los casinos no te permiten hacer esto. Insisten en que todos los que se encuentran sentados ante la mesa hagan sus apuestas antes de que se reparta el primer naipe de la mano. Lo que es más, no se te permite incrementar tu apuesta más adelante comprando una carta.

Tampoco nada de esto iba a representar un problema para Henry. Siempre y cuando permaneciera sentado a la izquierda del que repartía los naipes, recibiría la primera carta del «zapato» al comenzar cada mano. El dorso del naipe sería claramente visible para él y leería su valor antes de apostar.

Henry se quedó de pie en el umbral, esperando tranquilamente que quedase un puesto vacante a la izquierda del empleado que repartía las cartas en alguna de las cuatro mesas. Tuvo que esperar veinte minutos, pero al final consiguió lo que quería.

Se sentó en el taburete alto y entregó al empleado una de las placas de mil libras que había ganado a la ruleta.

-Todo en veinticincos, por favor -dijo.

El encargado de repartir las cartas era un hombre bastante joven de ojos negros y piel gris. Nunca sonreía y sólo hablaba cuando era necesario. Sus manos eran excepcionalmente delgadas y había aritmética en sus dedos. Cogió la placa de Henry y la depositó en una ranura de la mesa. En una bandeja de madera colocada ante él había varias hileras de fichas circulares de colores diversos, fichas de veinticinco, diez y cinco libras, puede que un centenar de cada tipo. Con el pulgar y el índice el empleado cogió un montoncito de fichas de veinticinco libras y lo colocó sobre la mesa. No necesitó contarlas. Sabía que había exactamente veinte fichas en el montoncito. Aquellos dedos ágiles podían coger con absoluta certeza cualquier número de fichas entre una y veinte, sin equivocarse jamás. El empleado cogió un segundo montoncito de fichas, con el que éstas sumaron cuarenta en total. Las empujó hacia Henry por encima de la mesa.

Henry colocó las fichas ante sí, y mientras lo hacía echó un vistazo a la primera carta que había en el «zapato». Puso en marcha sus poderes de concentración y en cuatro segundos leyó que era un diez. Empujó ocho de sus fichas hacia el centro de la mesa, doscientas libras. Era la apuesta máxima que se permitía hacer en el *blackjack* en Lord's House.

Recibió el diez y como segunda carta recibió un nueve, diecinueve en total.

Todo el mundo se aferra al diecinueve. Uno se queda quieto y confiando en que el empleado no obtendrá veinte o veintiuno.

Así que cuando llegó otra vez a Henry, el que repartía las cartas dijo «diecinueve» y pasó al siguiente jugador.

-Espere -dijo Henry.

El empleado se detuvo y volvió a Henry. Arqueó las cejas y le miró con aquellos ojos negros y fríos.

-¿Desea ir al robo sobre diecinueve? -preguntó con cierto sarcasmo.

Hablaba con acento italiano y había desprecio además de sarcasmo en su voz. En la baraja sólo había dos cartas que no romperían un diecinueve: el as (que contaba como una) y el dos. Sólo un idiota se arriesgaría a ir al robo sobre diecinueve, especialmente teniendo doscientas libras sobre la mesa.

La siguiente carta que debía ser repartida era perfectamente visible en la parte delantera del «zapato». Al menos, el dorso de la misma era claramente visible. El empleado aún no la había tocado.

-Sí -dijo Henry-. Me parece que cogeré otra carta.

El empleado se encogió de hombros y extrajo el naipe del «zapato». El dos de bastos aterrizó limpiamente enfrente de Henry, al lado del diez y del nueve.

-Gracias -dijo Henry-. Así está bien.

-Veintiuno -dijo el empleado.

Sus ojos negros volvieron a alzarse para posarse en el rostro de Henry y allí se

quedaron, silenciosos, vigilantes, desconcertados. Henry le había trastornado. Nunca en la vida había visto a nadie ir al robo sobre un diecinueve. Aquel tipo lo había hecho con una calma y una seguridad pasmosas. Y había ganado.

Henry captó la mirada del empleado y en seguida comprendió que acababa de cometer una equivocación estúpida. Se había pasado de listo. Había llamado la atención sobre sí mismo. No debía volver a hacerlo. En lo sucesivo utilizaría sus poderes con mucha prudencia. Incluso debía perder deliberadamente de vez en cuando, así como hacer algo que resultara un tanto estúpido.

La partida prosiguió. La ventaja de Henry era tan enorme, que le costaba mantener sus ganancias en una suma razonable. Una y otra vez pidió una tercera carta cuando sabía perfectamente que la misma le haría perder. Y una vez, al ver que el primer naipe iba a ser un as, puso sobre la mesa la ficha de menos valor de cuantas tenía y luego se maldijo en voz alta por no haber hecho una apuesta más elevada.

Al cabo de una hora había ganado exactamente tres mil libras y allí se plantó. Se guardó las fichas en el bolsillo y se encaminó de nuevo a la oficina del cajero para convertirlas en dinero contante y sonante.

Había ganado tres mil libras al *blackjack* y tres mil seiscientas a la ruleta, es decir, seis mil seiscientas en total. Le hubiese sido igual de fácil ganar seiscientas sesenta mil. A decir verdad, se dijo a sí mismo que ahora era casi seguro que podía ganar dinero más rápidamente que cualquier otro hombre del mundo.

El cajero recibió sin mover un sólo músculo de la cara el montoncito de fichas y placas que le entregó Henry. Llevaba gafas con montura de acero, y los ojos claros que había detrás de los cristales no mostraron el menor interés por Henry. Sólo miraron las fichas que había en el mostrador. Aquel hombre también tenía aritmética en los dedos. Pero tenía más que eso. Tenía aritmética, trigonometría y cálculo y álgebra y geometría euclidiana en cada uno de los nervios de su cuerpo. Era una máquina de calcular humana con cien mil alambres eléctricos en el cerebro. Tardó cinco segundos en contar las ciento veinte fichas de Henry.

-¿Quiere un cheque por todo esto, míster Sugar? -preguntó.

El cajero, al igual que el hombre de la entrada, conocía a todos los socios por su nombre.

-No, gracias -dijo Henry-. Me lo llevaré en efectivo.

-Como guste -dijo la voz de detrás de las gafas.

El cajero se volvió y se acercó a la caja fuerte que había en la parte posterior de la oficina y que debía de contener millones.

Para lo que se llevaba en Lord's House, las ganancias de Henry eran relativamente modestas. Por aquel entonces los muchachos árabes del petróleo se encontraban en Londres y eran aficionados al juego. Lo mismo ocurría con los turbios diplomáticos del Extremo Oriente y los hombres de negocios japoneses y los corredores de fincas británicos que practicaban la evasión de impuestos. Cada día en los grandes casinos de Londres se ganaban y perdían, sobre todo se perdían, sumas de dinero verdaderamente asombrosas.

El cajero regresó con el dinero de Henry y depositó el fajo de billetes sobre el mostrador. Aunque había dinero suficiente para comprar una casa pequeña o un automóvil grande, el cajero jefe de Lord's House no se mostró impresionado. A juzgar por la escasa atención que prestaba a los billetes, hubiérase dicho que le estaba dando a

Henry un paquete de goma de mascar.

«Espera, amigo mío -pensó Henry mientras iba metiéndose el dinero en el bolsillo-. Tú espera y ya verás.»

Henry salió de la oficina del cajero.

-¿Quiere su coche, señor? -dijo el hombre de uniforme verde que se encontraba en la puerta.

-Aún no -le dijo Henry-. Me parece que antes tomaré un poco de aire fresco.

Echó a andar calle abajo. Eran casi las doce. La noche era fresca y agradable. La ciudad seguía totalmente despierta aún. Henry notaba el bulto en el bolsillo interior de su chaqueta donde había guardado el grueso fajo de billetes. Tocó el bulto con una mano. Lo acarició delicadamente. Era mucho dinero a cambio de una hora de trabajo.

¿Y qué pensar sobre el futuro?

¿Cuál iba a ser su siguiente movimiento?

Podía ganar un millón en un mes.

Podía ganar más si quería.

Lo que podía ganar no tenía límites.

Mientras paseaba por las calles de Londres bajo el frescor de la noche, Henry se puso a pensar en el siguiente movimiento.

Ahora bien, si ésta fuera una historia ficticia en lugar de verídica, habría sido necesario inventar un final sorprendente y emocionante para la misma. No resultaría difícil hacerlo. Algo dramático e insólito. Así que, antes de contarles lo que verdaderamente le ocurrió a Henry en la vida real, hagamos una breve pausa y veamos lo que un novelista competente hubiese hecho para concluir esta historia. Sus notas vendrían a ser algo así:

1. Henry debe morir. Al igual que Imhrat Khan hiciera antes que él, Henry había violado el código del yogui y utilizado sus poderes en provecho propio.

2. Lo mejor será que muera de alguna forma poco corriente e interesante que sorprenda al lector.

3. Por ejemplo, podría regresar a su piso y ponerse a contar el dinero y a recrearse contemplándolo. Mientras hiciera esto, de pronto podría empezar a sentirse mal. Siente un dolor en el pecho.

4. Se asusta. Decide acostarse inmediatamente y descansar. Se quita la ropa. Ya desnudo, se dirige al armario para sacar el pijama. Pasa por delante del espejo de cuerpo entero que hay en la pared. Se detiene. Mira fijamente su propia imagen desnuda reflejada en el espejo. Automáticamente, empujado por la costumbre, empieza a concentrarse. Y entonces...

5. De pronto ve «a través» de su propia piel. Ve a través de ella del mismo modo que viera a través del dorso de los naipes. Es como la imagen de una radiografía, sólo que mejor. Los rayos X solamente pueden ver los huesos y las zonas muy densas. Henry puede verlo todo. Ve sus arterias y venas con la sangre que riega su cuerpo. Puede verse el hígado, los riñones, los intestinos y también puede ver cómo late su corazón.

6. Mira hacia el lugar de su pecho de donde procede el dolor... y ve... o cree ver... un bulto pequeño y oscuro en el interior de la vena grande que conduce al corazón por el lado derecho. ¿Qué estará haciendo un bulto pequeño y oscuro dentro de la vena?

Debe tratarse de alguna clase de bloqueo. Debe de ser un coágulo. ¡Un coágulo de sangre!

7. Al principio el coágulo parece estacionario. Luego se mueve. El movimiento es muy leve, no más de uno o dos milímetros. La sangre que circula por la vena se acumula sobre el coágulo y acaba por empujarlo hacia adelante. Avanza algo más de un centímetro. Esta vez vena arriba, hacia el corazón. Henry contempla el avance con horror. Sabe, como lo sabe también casi todo el mundo, que un coágulo de sangre que se ha desprendido y viaja por el interior de una vena acabará llegando al corazón. Si el coágulo es grande, se pegará al corazón y lo más probable es que la persona muera...

Ese no sería un final tan malo para una obra de ficción, pero esta historia no es ficticia. Es verídica. Las únicas cosas falsas que hay en ella son el nombre de Henry y el del casino de juego. Henry no se llamaba Henry Sugar. Su nombre debe ser protegido. Todavía debe ser protegido. Y por razones obvias, uno no puede llamar al casino por su nombre verdadero. Aparte de eso, la historia es auténtica.

Y porque es una historia auténtica, debe tener un final auténtico. Puede que el final auténtico no sea tan dramático ni tan misterioso como podría ser un final inventado. Pero no por ello es menos interesante. He aquí lo que ocurrió realmente.

Después de pasear por las calles de Londres durante cosa de una hora, Henry volvió a Lord's House y recogió su automóvil. Luego regresó a casa. Se sentía desconcertado. No podía comprender por qué se sentía tan poco excitado ante su tremendo éxito. Si aquello le hubiera ocurrido tres años antes, cuando aún no había empezado con el asunto del yoga, se habría vuelto loco de excitación. Se habría puesto a bailar por las calles v hubiera corrido al club nocturno más cercano para celebrarlo con champán.

Lo gracioso era que realmente no sentía ni pizca de excitación. Se sentía melancólico. Todo había resultado demasiado fácil. Había hecho todas las apuestas con la certeza absoluta de que iba a ganar. No había emoción, ni «suspense», ni peligro de perder. Sabía, desde luego, que a partir de aquel momento podría viajar por el mundo y ganar millones. Pero, ¿se divertiría haciéndolo?

Lentamente Henry empezaba a comprender que nada resulta divertido si consigues tanto de ello como deseas. Especialmente si se trata de dinero.

Otra cosa. ¿Acaso no era posible que el proceso por el que había pasado para adquirir poderes yóguicos hubiese cambiado por completo su visión de la vida?

Era posible, por supuesto.

Henry regresó a casa y se acostó inmediatamente.

Al día siguiente se levantó tarde. Pero no se sentía más alegre de lo que se sintiera la noche antes. Y al levantarse de la cama y ver el enorme fajo de billetes que seguía en la mesita de noche, experimentó una repugnancia súbita y muy aguda. No lo quería. No hubiera podido explicar por qué no lo quería aunque en ello le fuera la vida. Pero lo cierto era que no quería ni una pequeña parte de aquel dinero.

Cogió el fajo de billetes. Se lo habían dado todo en billetes de veinte libras, trescientos treinta billetes para ser exactos. Se acercó al balcón de su piso y allí se quedó, vestido con su pijama de seda color rojo oscuro, mirando la calle a sus pies.

El piso de Henry estaba en Curzon Street, que se encuentra en el mismísimo centro del barrio más elegante y caro de Londres: el de Mayfair. Un extremo de Curzon Street desemboca en Berkeley Square; el otro, en Park Lane. Henry vivía en un tercer piso y su dormitorio tenía un pequeño balcón con barandilla de hierro que colgaba sobre la calle.

Corría el mes de junio, la mañana era muy soleada y faltaba poco para las once. Aunque era domingo, había bastante gente paseando por las aceras.

Henry cogió un billete de veinte libras del fajo y lo dejó caer. La brisa se apoderó del billete y se lo llevó hacia Park Lane. Henry se quedó mirándolo. El billete dio vueltas y más vueltas en el aire y finalmente fue a caer en la acera de enfrente, a los pies de un anciano. El anciano llevaba un abrigo marrón largo y viejo y se cubría con un sombrero deformado. Y caminaba despacio, completamente solo. Vio el billete cuando éste pasó volando a poca distancia de su cara, se detuvo y lo recogió. Lo sujetó con ambas manos y lo miró fijamente. Luego le dio la vuelta. Lo examinó de más cerca. Luego alzó la cabeza y miró hacia arriba.

-¡Eh, usted! -gritó Henry, formando bocina con las manos-. ¡Eso es para usted! ¡Es un regalo!

El anciano se quedó totalmente inmóvil, sujetando el billete ante sí y mirando hacia la figura del balcón.

-¡Métaselo en el bolsillo! -gritó Henry-. ¡Lléveselo a casa!

Su voz llegó bastante lejos y muchos transeúntes se detuvieron y alzaron los ojos.

Henry extrajo otro billete y lo arrojó a la calle. Los curiosos no se movieron. Sencillamente siguieron mirando. No tenían la menor idea de lo que estaba pasando. Ahí arriba, en el balcón, había un hombre que gritaba y acababa de arrojar algo que parecía un pedazo de papel. Todos echaron a andar tras el papel que se llevaba la brisa. Esta vez el papel cayó a los pies de una pareja joven que se encontraba cogida del brazo en la acera de enfrente. El hombre se liberó del brazo le su acompañante y trató de coger el papel al vuelo. No lo consiguió, pero lo recogió del suelo. Lo examinó atentamente. Los curiosos de ambos lados de la calle tenían los ojos clavados en el joven. A muchos de ellos el papel les había parecido un billete de banco y esperaban cerciorarse.

-¡Son veinte libras! -chilló el joven, empezando a pegar botes-. ¡Es un billete de veinte libras!

-¡Guárdeselo! -gritó Henry-. ¡Es suyo!

-¿Lo dice en serio? -preguntó el joven, alargando la mano con que sostenía el billete-. ¿De veras puedo guardármelo?

De repente cundió la excitación en ambos lados de la calle y todo el mundo empezó a moverse al mismo tiempo. Corrieron hacia el centro de la calzada y se arracimaron debajo del balcón. Alzaron los brazos por encima de la cabeza y empezaron a gritar:

-¡Yo! ¡Uno para mí! ¡Tírenos otro, jefe! ¡Mándenos unos cuantos más!

Henry extrajo otros cinco o seis billetes y los arrojó a la calle.

Se oyeron gritos y chillidos cuando los billetes se desparramaron en el viento y flotaron hacia abajo, y se organizó una buena pelea por las calles cuando los billetes llegaron a la altura de las manos de la multitud. Pero fue una pelea amistosa. La gente se reía. Creía que se trataba de una broma fantástica. He aquí un hombre en pijama que se entretenía arrojando billetes de gran valor desde el balcón de un tercer piso. Muchos de los presentes no habían visto un billete de veinte libras hasta entonces.

Pero ahora empezaba a ocurrir algo más.

La velocidad con que las noticias se extienden por las calles de una ciudad es fenomenal. La noticia de lo que Henry Sugar estaba haciendo se extendió como un reguero de pólvora arriba y abajo de Curzon Street y se coló en las calles y callejas

adyacentes. De todas partes empezó a llegar gente corriendo. En cosa de unos minutos alrededor de un millar de hombres, mujeres y niños bloqueaba la calle bajo el balcón de Henry. Los automovilistas que no podían pasar se apeaban de sus vehículos y se unían al gentío. Y de repente el caos se adueñó de Curzon Street.

En aquel momento Henry sencillamente levantó el brazo y arrojó todo el fajo de billetes al aire. Más de seis mil libras volaron hacia la multitud vociferante que las aguardaba en la calzada.

La arrebatiña que se organizó entonces fue realmente digna de verse. La gente pegaba botes para pescar los billetes antes de que tocasen el suelo y todo el mundo repartía codazos y empujones y chillaba y se caía. Y no tardó la calle entera en convertirse en un amasijo de seres humanos que chillaban y chillaban.

De pronto, por encima del ruido y a sus espaldas, Henry oyó que el timbre de su puerta sonaba larga y estruendosamente. Abandonó el balcón y abrió la puerta principal. Un enorme policía de bigotes negros se encontraba en el descansillo con las manos apoyadas en las caderas.

-¡Usted! -chilló coléricamente-. ¡Usted es el culpable! ¿Qué diablos cree que está haciendo?

-Buenos días, agente -saludó Henry-. Lamento el tumulto. No creí que las cosas se pusieran así. Sólo estaba regalando un poco de dinero.

-¡Está causando un alboroto! -rugió el policía-. ¡Está creando una obstrucción! ¡Está incitando al motín y bloqueando la calle entera!

-Ya le he dicho que lo sentía -contestó Henry-. No volveré a hacerlo. Se lo prometo. Pronto se marcharán.

El policía apartó una mano de la cadera y de la palma de la misma sacó un billete de veinte libras.

-¡Ajá! -exclamó Henry-. ¡También usted ha cogido uno! ¡Me alegro mucho! ¡Me alegro mucho por usted!

-¡Déjese de bromas! -dijo el policía-. Porque quiero hacerle unas cuantas preguntas serias acerca de estos billetes de veinte libras -sacó una libreta de notas del bolsillo del pecho-. En primer lugar -prosiguió-, ¿exactamente de dónde los sacó?

-Los gané -dijo Henry-. Tuve una noche afortunada -dio al policía el nombre del club donde había ganado el dinero y el agente tomó nota en su libretita-. Compruébelo -añadió Henry-. Le dirán que es la verdad.

El policía bajó la libretita y miró directamente a los ojos de Henry.

-Si quiere que le sea sincero -dijo-, me creo su historia. Creo que dice usted la verdad. Pero eso no le excusa ni pizca.

-No he hecho nada malo -dijo Henry.

-¡Es usted un joven imbécil! -gritó el policía, empezando a encolerizarse otra vez-. ¡Es usted un asno y un imbécil! Si ha tenido la suerte de ganar una suma de dinero tan grande como ésa y quiere regalarla, ¡no la arroje por la ventana!

-¿Por qué no? -preguntó Henry, sonriendo-. Es un procedimiento tan bueno como cualquier otro para librarme de ella.

-¡Es una solemne majadería! -exclamó el agente-. ¿Por qué no la ha donado allí donde pueda hacer el bien? ¿Un hospital, por ejemplo? ¿O un orfanato? ¡El país está lleno de

orfanatos que no tienen dinero ni siquiera para comprarles regalos de Navidad a los pequeños! Y entonces sale un imbécil como usted, que jamás ha sabido lo que representa ser pobre, ¡y se pone a tirar el dinero a la calle! ¡De veras me pone furioso!

-¿Un orfanato? -dijo Henry.

-¡Sí, un *orfanato!* -exclamó el policía-. ¡A mí me criaron en uno, de modo que sé muy bien lo que me digo! -y, así diciendo, el policía giró sobre sus talones y bajó rápidamente a la calle.

Henry no se movió. Las palabras del policía, y más especialmente la furia sincera con que las había pronunciado, golpearon a nuestro héroe justo entre los ojos.

-¿Un orfanato? -dijo en voz alta-. Es una buena idea. Pero, ¿por qué un solo orfanato? ¿Por qué no montones de orfanatos?

Y entonces, muy rápidamente, empezó a concebir la idea grande y maravillosa que iba a cambiarlo todo.

Henry cerró la puerta del piso. De pronto sintió que una poderosa excitación le removía las entrañas. Empezó a pasear arriba y abajo, pensando en los detalles que harían posible su maravillosa idea.

-Uno -dijo-: Puedo hacerme con una gran suma de dinero cada día de mi vida.

»Dos: No debo ir al mismo casino más de una vez cada doce meses.

»Tres: No debo ganar demasiado en un mismo casino o alguien empezará a sospechar. Sugiero limitarme a veinte mil libras por noche.

»Cuatro: Veinte mil libras por noche durante trescientos sesenta y cinco días al año, ¿a cuánto ascienden?

Henry cogió lápiz y papel y procedió a calcular la cifra.

-Ascienden a siete millones trescientas mil libras -dijo en voz alta.

»Muy bien. Cinco: tendré que moverme constantemente. No más de dos o tres noches seguidas en una misma ciudad o la noticia correrá de boca en boca. Iré de Londres a Montecarlo. Luego a Cannes. A Biarritz. A Deauville. A Las Vegas. A Ciudad de México. A Buenos Aires. A Nassau. Y así sucesivamente.

»Seis: Con el dinero que gane montaré un orfanato absolutamente de primera en todos los países que visite. Me convertiré en un Robín de los Bosques. Les quitaré el dinero a los corredores de apuestas y a los propietarios de los casinos para dárselo a los niños. ¿Eso parece gastado y sentimental? Lo es si se trata de un sueño. Pero como realidad, si realmente consigo que funcione, no tendría nada de gastado ni de sentimental. Resultaría tremendo.

»Siete: Necesitaré alguien que me ayude, un hombre que se quede en casa y cuide de todo el dinero y compre las casas y lo organice todo. Un hombre de dinero. Alguien en quien pueda confiar. ¿Qué tal John Winston?

John Winston era el contable de Henry. Le llevaba los asuntos financieros, el impuesto sobre la renta, las inversiones y todas las otras cosas de esta índole. Henry le conocía desde hacía dieciocho años y entre los dos hombres había nacido la amistad.

Recuérdese, sin embargo, que hasta entonces John Winston había conocido a Henry sólo como «playboy» ocioso y acaudalado que no había pegado golpe en toda su vida.

-Te has vuelto loco -dijo John Winston cuando Henry le expuso su plan-. Nadie ha conseguido jamás inventar un sistema para vencer a los casinos.

Henry sacó del bolsillo una baraja para estrenar.

-Vamos -dijo-. Echaremos una partidita de *blackjack.* Tú repartes las cartas. Y no me digas que estos naipes están marcados. Acabo de desprecintar la baraja.

Solemnemente, durante casi una hora, sentados en la oficina de Winston, cuyas ventanas daban a Berkeley Square, los dos hombres jugaron al *blackjack.* Utilizaron cerillas a guisa de dinero; cada cerilla valía por veinticinco libras. Transcurridos cincuenta minutos, ¡Henry había ganado nada menos que treinta y cuatro mil libras!

John Winston no podía dar crédito a sus ojos.

-¿Cómo lo haces? -preguntó.

-Pon la baraja sobre la mesa -dijo Henry-. Boca abajo.

Winston obedeció.

Durante cuatro segundos Henry se concentró en el primer naipe.

-Es una sota de corazones -dijo.

Lo era.

-La siguiente es... un tres de corazones.

Lo era.

Procedió a hacer lo mismo con el resto de la baraja, nombrando cada uno de los naipes.

-Vamos -dijo John Winston-. Cuéntame cómo lo haces.

Aquel hombre habitualmente calmoso y matemático se hallaba ahora inclinado sobre su escritorio, mirando fijamente a Henry con ojos tan grandes y brillantes como estrellas.

-Te habrás dado cuenta de que lo que haces es completamente imposible, ¿no? -dijo.

En aquel momento sonó el teléfono que había sobre el escritorio de John Winston. Descolgó el aparato y le dijo a su secretaria:

-No quiero más llamadas, por favor, Susan, hasta que se lo diga. Ni siquiera mi esposa.

Levantó los ojos, esperando que Henry prosiguiera.

Entonces Henry procedió a explicarle a John Winston exactamente cómo había adquirido aquel poder. Le contó que había encontrado la libreta y leído lo que en ella se decía sobre Imhrat Khan; luego le describió cómo se había pasado tres años trabajando sin cesar para aprender a concentrar su mente.

-¿Has probado lo de andar sobre el fuego? -preguntó John Winston cuando Henry hubo terminado su relato.

-No -dijo Henry-. Y no pienso probarlo.

-¿Qué te induce a pensar que podrás hacer esto con los naipes en un casino?

Henry le habló de su visita a Lord's House la noche antes.

-¡Seis mil seiscientas libras! -exclamó John Winston-. ¿De veras ganaste tanto en dinero auténtico?

-Escúchame -dijo Henry-. ¡Acabo de ganarte treinta y cuatro mil en menos de una hora!

-En efecto.

-Seis mil era el mínimo que podía ganar -dijo Henry-. Tuve que hacer un esfuerzo tremendo para no ganar más.

-Serás el hombre más rico de la tierra.

-No quiero ser el hombre más rico de la tierra -dijo Henry-. Ya no quiero serlo.

Entonces procedió a contarle a Winston su plan referente a los orfanatos.

-¿Querrás colaborar conmigo, John? -preguntó cuando hubo terminado de exponer su proyecto-. ¿Querrás ser mi banquero, mi administrador y todo lo demás? Ingresaremos millones cada año.

John Winston, que era un contable cauteloso y prudente, no quiso dar su consentimiento sobre la marcha.

-Primero quiero verte en acción -dijo.

De modo que aquella noche se fueron juntos al Ritz Club en Curzon Street.

-No puedo volver a Lord's House hasta dentro de una temporada -dijo Henry.

En la primera vuelta de la rueda de la ruleta Henry apostó cien libras al número veintisiete. Salió. La segunda vez apostó por el cuatro. Salió también. Obtuvo un beneficio total de siete mil quinientas libras.

Un árabe que se encontraba al lado de Henry dijo:

-Acabo de perder cincuenta y cinco mil libras. ¿Cómo lo hace usted?

-Cuestión de suerte -contestó Henry-. Nada más que suerte.

Pasaron al salón de *blackjack y* en media hora Henry ganó otras diez mil libras. Luego se paró.

Ya en la calle, Winston dijo:

-Ahora te creo. Colaboraré contigo.

-Empezamos mañana -dijo Henry.

-¿De veras tienes intención de hacer esto cada noche?

-Sí -dijo Henry-. Me moveré muy aprisa de un lugar a otro, de país en país. Y cada día te enviaré los beneficios por mediación de los bancos.

-¿Te das cuenta de que representará mucho dinero cada año?

-Millones -dijo alegremente Henry-. Unos siete millones anuales.

-En ese caso, no puedo operar en este país -dijo John Winston-. El recaudador de impuestos se lo quedará todo.

-Vete adonde quieras -dijo Henry-. A mí me da lo mismo. Confío plenamente en ti.

-Me iré a Suiza -dijo John Winston-. Pero no mañana. No puedo marcharme de Londres así por las buenas. No soy soltero como tú, que no tienes compromisos ni responsabilidades. Tengo que hablar con mi esposa y mis hijos. Antes de marcharme he de avisar a mis socios, vender mi casa, encontrar otra casa en Suiza. Tengo que sacar a los niños de la escuela. ¡Estas cosas requieren tiempo, mi querido amigo!

Henry sacó del bolsillo las diecisiete mil quinientas libras que acababa de ganar y se las entregó al otro.

-Aquí tienes un poco de dinero para ir tirando hasta que estés instalado -dijo-. Pero

date prisa. Quiero empezar cuanto antes.

En el plazo de una semana John Winston se instaló en Lausana, en una oficina situada en lo alto de una bella colina desde la que se divisaba el lago Lemán. Su familia se reuniría con él cuanto antes.

Y Henry se puso a trabajar en los casinos.

Al cabo de un año ya había enviado algo más de siete millones de libras a la oficina de John Winston en Lausana. El dinero era remitido cinco días a la semana a una compañía suiza llamada Organatos, S. A. Nadie excepto John Winston y Henry sabía de dónde salía el dinero y qué se haría con él. En cuanto a las autoridades suizas, nunca quieren saber de dónde procede el dinero. Henry enviaba el dinero a través de los bancos. La remesa del lunes era siempre la mayor, ya que incluía las ganancias obtenidas por Henry el viernes, el sábado y el domingo, días en que los bancos estaban cerrados. Se movía con una velocidad pasmosa y el único indicio que de su paradero tenía John Winston era la dirección del banco que había remitido el dinero. Un día lo mandaba un banco de Manila, por ejemplo, y al día siguiente era un banco de Bangkok. Llegaba de Las Vegas, de Curaçao, de Freeport, de Gran Caimán, de San Juan, de Nassau, de Londres, de Biarritz. Llegaba de cualquier parte y de todas partes siempre que hubiese un casino importante en la ciudad.

Todo fue bien durante siete años. Cerca de cincuenta millones de libras habían llegado a Lausana y se encontraban ahora depositadas en los bancos. John Winston ya había fundado tres orfelinatos: uno en Francia, otro en Inglaterra y un tercero en los Estados Unidos. Cinco más iban a ser inaugurados en breve plazo.

Entonces surgieron algunos problemas. Entre los propietarios de los casinos existe un sistema privado de información y, aunque Henry ponía siempre muchísimo cuidado en no llevarse demasiado dinero de un solo lugar en una misma noche, la noticia forzosamente acabaría por llegar a todas partes.

Le calaron una noche en Las Vegas cuando Henry cometió la imprudencia de llevarse cien mil dólares de cada uno de tres casinos individuales que casualmente pertenecían a la misma chusma.

Lo que sucedió fue esto. A la mañana siguiente, cuando Henry se encontraba en la habitación del hotel, preparando el equipaje para irse al aeropuerto, llamaron a su puerta. Entró un botones y le susurró que dos hombres le estaban esperando en el vestíbulo. El botones añadió que había otros hombres vigilando la salida posterior. Según el botones, eran tipos muy duros. También dijo que no apostaría mucho por las probabilidades de supervivencia de Henry si éste bajaba al vestíbulo en aquel momento.

-¿Por qué has venido a avisarme? -le preguntó Henry-. ¿Por qué estás de mi lado?

-Yo no estoy del lado de nadie -dijo el botones-. Pero todos sabemos que anoche ganó usted un montón de dinero y me figuré que me haría usted un bonito regalo si le avisaba.

-Gracias -dijo Henry-. Pero, ¿cómo puedo escapar? Te daré mil dólares si consigues sacarme de aquí.

-Eso es fácil -dijo el botones-. Quítese la ropa y póngase mi uniforme. Luego cruce el vestíbulo con su maleta. Pero áteme bien antes de irse. Tienen que encontrarme en el suelo, atado de pies y manos, para que no sospechen que le he ayudado. Les diré que tenía usted una pistola y que no pude hacer nada.

-¿Con qué cuerda voy a atarte? -preguntó Henry.

-Con la que llevo en el bolsillo -repuso el botones, sonriendo.

Henry se puso el uniforme verde con galones de oro que llevaba el botones y que no le sentaba demasiado mal. Luego ató concienzudamente al hombre y le metió un pañuelo en la boca. Finalmente metió diez billetes de cien dólares debajo de la alfombra para que el botones los recogiese más tarde.

Abajo en el vestíbulo había dos bandidos de baja estatura, gruesos, de pelo negro, observando a la gente que salía de los ascensores. Pero apenas se fijaron en el hombre que vestía un uniforme verde y dorado. El hombre salió del ascensor con una maleta en la mano, cruzó tranquilamente el vestíbulo y salió por la puerta giratoria que daba a la calle.

Ya en el aeropuerto, Henry cambió su vuelo y cogió el siguiente avión con destino a Los Ángeles. Se dijo a sí mismo que las cosas ya no iban a resultar tan fáciles a partir de aquel momento. Pero el botones le había dado una idea.

En Los Ángeles, y en los cercanos Hollywood y Beverly Hills, donde vive la gente del cine, Henry buscó al mejor maquillador de la industria cinematográfica. Se trataba de Max Engelman. Henry fue a visitarle. Le cayó bien inmediatamente.

-¿Cuánto gana usted? -le preguntó Henry.

-Pues unos cuarenta mil dólares al año -le dijo Max.

-Le daré cien mil -dijo Henry- si se viene conmigo y se convierte en mi artista de maquillaje.

-¿Qué pretende usted? -le preguntó Max.

-Se lo explicaré.

Y se lo explicó.

Max era sólo la segunda persona a la que Henry contaba su plan. John Winston era la primera. Y cuando Henry le demostró cómo podía leer los naipes, Max se quedó atónito.

-¡Santo cielo! -exclamó-. ¡Podría amasar una fortuna!

-Ya la he amasado -le dijo Henry-. He amasado diez fortunas. Pero quiero otras diez.

Le contó a Max lo de los orfanatos. Con ayuda de John Winston, ya había fundado tres de ellos y pronto fundaría más.

Max era un hombre pequeño, de piel oscura, que había huido de Viena al entrar los nazis en la ciudad. Jamás se había casado. No tenía obligaciones. Se volvió loco de entusiasmo.

-¡Es una locura! -exclamó-. ¡Es la cosa más descabellada que he oído en toda mi vida! ¡Me uniré a usted, amigo! ¡Vámonos!

A partir de aquel día Max Engelman fue a todas partes con Henry, llevando consigo un baúl tan lleno de pelucas, barbas, patillas y bigotes postizos y otros materiales de maquillaje como jamás se haya visto. Max podía transformar a su jefe en una cualquiera de treinta o cuarenta personas irreconocibles y los directores de los casinos, que para entonces ya estaban atentos a la posible aparición de Henry, nunca volvieron a verle como míster Henry Sugar. A decir verdad, transcurrido sólo un año del episodio de Las Vegas, Henry y Max llegaron a presentarse de nuevo en aquella peligrosa ciudad. Y en una noche cálida y estrellada Henry se llevó nada menos que ochenta mil dólares del primero de los grandes casinos que visitara la vez anterior. Se presentó disfrazado de

anciano diplomático brasileño y los del casino nunca supieron la verdad.

Ahora que Henry ya no se presentaba en los casinos bajo su propia personalidad, había, desde luego, que cuidar de cierto número de otros detalles, tales como carnets de identidad y pasaportes falsos. En Montecarlo, por ejemplo, el visitante debe mostrar siempre su pasaporte para que le permitan entrar en el casino. Henry visitó Montecarlo once veces más con la ayuda de Max, cada vez con un pasaporte y un disfraz distintos.

Max adoraba su trabajo. Le encantaba crear nuevos personajes para Henry.

-¡Hoy tengo algo completamente nuevo para usted! -anunciaba-. ¡Espere y lo verá! ¡Hoy será usted un jeque árabe de Kuwait!

-¿Tenemos pasaporte árabe? -preguntaba Henry-. ¿Y papeles árabes?

-Tenemos de todo -le contestaba Max-. John Winston me ha enviado un bonito pasaporte a nombre de su alteza real el jeque Abu Bin Bey.

Y así sucesivamente. Con el paso de los años, Max y Henry llegaron a estar tan unidos como hermanos. Eran hermanos empeñados en una cruzada, dos hombres que se movían velozmente a través de los cielos, ordeñando los casinos del mundo y enviando el dinero a John Winston en Suiza, donde la compañía conocida por el nombre de Orfanatos, S. A. se hacía más y más rica.

Henry murió el año pasado, a la edad de sesenta y tres años. Su obra ya estaba completada. Había trabajado en ella durante veinte años.

Su agenda contenía una lista de trescientos setenta y un casinos importantes distribuidos en veintiún países o islas distintos. En todos ellos había estado muchas veces sin perder en una sola ocasión.

Según las cuentas de John Winston, Henry había ganado un total de ciento cuarenta y cuatro millones de libras.

Dejó veintiún orfanatos bien instalados y administrados por todo el mundo, uno en cada uno de los países que había visitado. Todos los orfanatos eran financiados y administrados por John y sus hombres desde Lausana.

Pero, ¿cómo es posible que yo, que no soy ni Max Engelman ni John Winston, esté enterado de todo esto? ¿Y cómo se me ocurrió escribir la historia?

Se lo contaré.

Poco después de morir Henry, John Winston me telefoneó desde Suiza. Se presentó a sí mismo diciendo sencillamente que era el director de una compañía denominada Orfanatos, S. A., y me preguntó si quería ir a Lausana para verle con vistas a escribir una breve historia de la organización. No sé de dónde sacó mi nombre. Probablemente tenía una lista de escritores y clavó un alfiler en ella. Dijo que me pagaría bien. Y añadió:

-Un hombre notable ha muerto recientemente. Se llamaba Henry Sugar. Creo que la gente debería conocer algo de lo que ha hecho.

Llevado de mi ignorancia, le pregunté si la historia era realmente tan interesante que justificase el hecho de ponerla por escrito.

-De acuerdo -dijo el hombre que ahora controlaba ciento cuarenta y cuatro millones de libras-. Olvídelo. Se lo pediré a otra persona. Hay muchos escritores en el mundo.

Me sentí picado.

-No -dije-. Espere. ¿Podría decirme al menos quién fue ese Henry Sugar y qué hizo?

Nunca he oído hablar de él.

En cinco minutos John Winston me contó por teléfono algo acerca de la carrera secreta de Henry Sugar. Ya no era un secreto. Henry había muerto y nunca volvería a jugar. Le escuché embelesado.

-Tomaré el primer avión -dije.

-Gracias -dijo John Winston-. Se lo agradecería.

En Lausana conocí a John Winston, que contaba ya más de setenta años, y también a Max Engelman, que tenía más o menos la misma edad. Ambos seguían desolados por la muerte de Henry. Max aún más que John Winston, toda vez que Max había estado constantemente a su lado durante más de trece años.

-Le quería -dijo Max con el rostro ensombrecido-. Era un gran hombre. Nunca pensaba en sí mismo. Nunca se quedaba un solo penique del dinero que ganaba, excepto lo que necesitaba para viajar y comer. Escúcheme, una vez estábamos en Biarritz y él acababa de pasarse por el banco para depositar medio millón de francos que el banco debía remitir a John. Era la hora de almorzar. Entramos en un restaurante y almorzamos frugalmente, una tortilla y una botella de vino, y cuando nos presentaron la cuenta, Henry no llevaba encima ni cinco con que pagarla. Yo tampoco. Era un hombre encantador.

John Winston me contó todo lo que sabía. Me enseñó la libreta de tapas azul oscuro, la misma en la que el doctor John Cartwright escribiera su historia en Bombay, allá por el año 1934. Y lo copié todo palabra por palabra.

-Henry la llevaba siempre consigo -dijo John Winston-. Acabó por saberse la historia de memoria.

Me mostró los libros de contabilidad de Orfanatos, S. A., en los que estaban anotadas las ganancias de Henry día tras día a lo largo de más de veinte años. Y he de decir que era algo asombroso en verdad.

Cuando terminó, le dije:

-Hay una laguna importante en esta historia, míster Winston. No me ha contado casi nada acerca de los viajes de Henry y de sus aventuras en los casinos del mundo.

-Esa historia le corresponde contarla a Max -dijo John Winston-. Max conoce todos los detalles porque él acompañaba a Henry. Pero dice que quiere probar de escribirla él mismo. Ya ha empezado a hacerlo.

-Entonces, ¿por qué no deja que Max lo escriba todo? -pregunté.

-Porque no quiere -dijo John Winston-. Sólo quiere escribir sobre Henry y Max. Resultará una historia fantástica si llega a terminarla alguna vez. Pero ya está viejo, como yo, y dudo que lo consiga.

-Una última pregunta -dije-. Usted siempre le llama Henry Sugar. Y, pese a ello, me dice que ése no era su verdadero nombre. ¿No quiere que yo diga quién era en realidad cuando escriba la historia?

-No -dijo John Winston-. Max y yo prometimos que nunca lo revelaríamos. Probablemente se sabrá tarde o temprano. Después de todo, procedía de una familia inglesa bastante conocida. Pero le agradecería que no tratase de averiguarlo. Limítese a llamarle míster Henry Sugar.

Y eso es lo que he hecho.

RACHA DE SUERTE
CÓMO ME HICE ESCRITOR

Un escritor de ficciones es una persona que inventa historias.

Pero, ¿cómo empieza uno en una profesión semejante? ¿Cómo se convierte uno en un escritor profesional?

A Charles Dickens le resultó fácil. A los veinticuatro años de edad sencillamente se sentó y escribió los *Papeles póstumos del Club Pickwick,* que se convirtió inmediatamente en un «best-seller». Pero Dickens era un genio y los genios son diferentes del resto de nosotros.

En este siglo (no siempre era así en el siglo pasado) prácticamente todos los escritores que han acabado por alcanzar el éxito en el mundo de la ficción han empezado en otro oficio: maestro, quizás, o médico o periodista o abogado. *(Alicia en el país de las maravillas* la escribió un matemático y el *Viento en los sauces* es obra de un funcionario del estado.) Así, pues, los primeros intentos de escribir siempre han tenido que hacerse en los ratos libres, generalmente por la noche.

La razón de ello es obvia. Cuando se es adulto, es necesario ganarse la vida. Para ganarse la vida, hay que tener un empleo. A ser posible hay que encontrar un empleo que te garantice determinada suma de dinero a la semana. Pero, por mucho que desees hacer carrera en el campo de la ficción, sería inútil presentarse ante un editor y decirle: «Quiero un empleo de escritor de ficción.» Si lo hicieras, el editor te diría que te largases con viento fresco y que primero escribieses el libro. Y aunque le presentases el libro terminado y a él le gustara tanto que deseara publicarlo, tampoco te daría un empleo. Te daría un adelanto de quizá quinientas libras, que más tarde recuperaría deduciéndolas de tus derechos de autor. (Los derechos de autor, por cierto, son el dinero que el escritor recibe del editor por cada ejemplar de su libro que se vende. El promedio de derechos de autor que cobra un escritor es el diez por ciento del precio de venta del libro en la librería. Así, por un libro que se vendiera a cuatro libras, el escritor recibiría cuarenta peniques. Por un libro de bolsillo cuyo precio de venta al público fuera de cincuenta peniques, recibiría cinco peniques.)

Es muy frecuente que el hombre que espera convertirse en escritor se pase dos años escribiendo en sus ratos libres un libro que ningún editor querrá publicar. A cambio de eso el escritor no recibe nada salvo frustración.

Si tiene la suerte de que un libro le sea aceptado por un editor, lo más probable es que, tratándose de una primera novela, al final se vendan solamente unos tres mil ejemplares. Eso puede que le proporcione mil libras. La mayoría de las novelas tardan por lo menos un año en escribirse y hoy día mil libras al año no dan para vivir. Así que, como pueden ver, el aspirante a escritor de ficción invariablemente tiene que empezar en otro empleo. Si no lo hace, es casi seguro que pasará hambre.

He aquí algunas de las cualidades que debería poseer o tratar de adquirir si desea convertirse en escritor de ficción:

1. Debe tener una imaginación viva.

2. Debe ser capaz de escribir bien. Con eso quiero decir que debe ser capaz de hacer que una escena cobre vida en la mente del lector. No todo el mundo posee esta habilidad. Es un don que sencillamente se tiene o no se tiene.

3. Debe tener resistencia. Dicho de otro modo, debe ser capaz de seguir con lo que hace sin darse jamás por vencido, hora tras hora, día tras día, semana tras semana y mes tras mes.

4. Tiene que ser un perfeccionista. Eso quiere decir que nunca debe darse por satisfecho con lo que ha escrito hasta que lo haya reescrito una y otra vez, haciéndolo tan bien como le sea posible.

5. Debe poseer una gran autodisciplina. Trabaja usted a solas. Nadie le tiene empleado. Nadie le pondrá de patitas en la calle si no acude al trabajo y nadie le reñirá si hace usted el vago.

6. Es una gran ayuda tener mucho sentido del humor. Esto no es esencial cuando se escribe para adultos, pero es de vital importancia cuando se escribe para niños.

7. Debe tener cierto grado de humildad. El escritor que piense que su obra es maravillosa, lo pasará mal.

Permítanme que les cuente de qué modo yo mismo me colé por la puerta de atrás y me encontré en el mundo de la ficción.

A los ocho años de edad, en 1924, me mandaron a un internado situado en una ciudad que se llama Weston-super-Mare, en la costa sudoeste de Inglaterra. Aquéllos fueron días de horror, de disciplina feroz, de no hablar en los dormitorios, de no correr por los pasillos, de ninguna clase de dejadez, de nada de esto ni nada de lo otro, sólo reglas y más reglas que había que obedecer. Y el temor a la palmeta se cernía constantemente sobre nosotros, como el miedo a la muerte.

«El director quiere verte en su estudio.» Palabras que nada bueno presagiaban. Causaban escalofríos en la piel de tu estómago. Pero te ponías en marcha, quizás a los nueve años de edad, por los largos y tétricos pasillos y cruzabas un pasaje abovedado que te conducía a la zona privada del director, donde sólo ocurrían cosas terribles y el olor a tabaco de pipa flotaba en el aire como el incienso. Te quedabas de pie ante aquella puerta negra y pavorosa, no atreviéndote siquiera a llamar. Respirabas a fondo. Te decías que si tu madre estuviera contigo, nada de aquello ocurriría. Pero ella no estaba contigo. Estabas solo. Alzabas la mano y llamabas quedamente, una vez.

-¡Adelante! Ah, eres tú, Dahl. Bien, Dahl, me han comunicado que anoche estuviste hablando durante la hora de hacer los deberes.

-Por favor, señor. Se me rompió la plumilla y sólo le preguntaba a Jenkins si podía prestarme otra.

-*No* toleraré que se hable a la hora de hacer los deberes. Lo sabes perfectamente.

Mientras así decía, aquel gigante ya se acercaba al enorme armario del rincón y levantaba la mano hacia la parte superior, que era el lugar donde guardaba las palmetas.

-Los muchachos que infringen las reglas deben ser castigados.

-Señor... yo... se me rompió la plumilla y... yo...

-Eso no es ninguna excusa. Voy a enseñarte que no es conveniente hablar mientras se hacen los deberes.

Cogió una palmeta que mediría unos noventa centímetros de largo y tenía una pequeña empuñadura curvada en un extremo. Era delgada y blanca y muy flexible.

-Agáchate hasta tocarte los dedos de los pies. Allí, junto a la ventana.

-Pero, señor...

-No discutas conmigo, muchacho. Haz lo que se te dice.

Me agaché. Luego me quedé esperando. Siempre te tenía esperando unos diez segundos y era entonces cuando empezaban a temblarte las rodillas.

-¡Agáchate más, muchacho! ¡Hasta tocarte los dedos de los pies!

Miré fijamente las punteras de mis zapatos negros y me dije que de un momento a otro aquel hombre empezaría a golpearme con tanta fuerza que todo mi trasero cambiaría de color. Los verdugones eran siempre muy largos, cruzando ambas nalgas, negriazules con bordes escarlata, brillantes, y cuando después pasabas los dedos por encima de ellos, suavemente, notabas los pliegues.

¡Zas!... ¡Crac!

Entonces empezaba el dolor. Era increíble, insoportable, atroz. Era como si alguien te hubiese colocado un atizador al rojo vivo sobre el trasero y lo estuviera apretando con fuerza.

El segundo golpe no tardaría en llegar y lo más que podías hacer era no poner las manos sobre las nalgas para protegértelas. Era la reacción instintiva. Pero si las ponías, la palmeta te rompía los dedos.

¡Zas!... ¡Crac!

El segundo aterrizó al lado del primero y el atizador al rojo vivo se hundía cada vez más en la piel.

¡Zas!... ¡Crac!

El tercer golpe era donde el dolor alcanzaba siempre su punto culminante. No podía ir más allá. Era imposible que resultase peor. Los demás golpes que vinieran después sencillamente prolongaban la agonía. Procurabas no gritar de dolor. A veces no podías evitarlo. Pero tanto si conseguías guardar silencio como si no, resultaba imposible detener las lágrimas. Caían a mares por tus mejillas e iban a parar a la alfombra.

Lo importante era no echar el cuerpo hacia arriba cuando recibías el golpe. Si lo hacías, recibías un golpe extra.

Lentamente, deliberadamente, tomándose su tiempo, el director te administraba otros tres golpes, lo cual representaba un total de seis.

-Puedes irte -la voz procedía de una caverna situada a kilómetros y kilómetros de distancia y entonces te erguías poco a poco, sintiendo un dolor espantoso, y te asías las nalgas ardientes con las dos manos y te las apretabas tan fuerte como podías y salías de la habitación saltando sobre la punta de los pies.

Aquella palmeta cruel regía nuestra vida. Nos pegaban por hablar en el dormitorio después de apagarse las luces, por hablar en clase, por no hacer bien los trabajos, por grabar nuestras iniciales en el pupitre, por saltar muros, por ir desaliñados, por tirar clips, por olvidarnos de cambiarnos los zapatos por la noche, por no colgar las prendas que nos poníamos para hacer deporte y, sobre todo, por causar la menor ofensa a

cualquier maestro. Dicho de otro modo, nos pegaban por hacer todo lo que era natural que hicieran unos niños como nosotros.

Así que vigilábamos lo que decíamos. Y andábamos con pies de plomo. ¡Dios mío! ¡Cómo andábamos con pies de plomo! Siempre estábamos alerta, increíblemente alerta. Adondequiera que fuéramos, caminábamos cuidadosamente, con las orejas alzadas en busca de peligro, igual que animales salvajes cruzando sigilosamente los bosques.

Aparte de los maestros, había en la escuela otro hombre que nos daba mucho miedo. Se trataba de míster Pople. Míster Pople era un sujeto barrigudo, de cara roja, que trabajaba de portero de la escuela, se encargaba de la caldera y hacía toda clase de trabajos. Su poder nacía del hecho de que podía denunciarnos (y, desde luego, nos denunciaba) al director a la menor provocación. El momento de gloria de míster Pople llegaba cada mañana a las siete y media en punto, cuando se colocaba en el extremo del largo pasillo principal y «hacía sonar la campana». La campana era enorme y estaba hecha de latón, con un grueso mango de madera, y míster Pople la hacía oscilar hacia adelante y hacia atrás, en toda la extensión del brazo, de una manera que le era muy peculiar y que sonaba *tanti-tan-tan, tanti-tan-tan, tanti-tan-tan-.* Al sonar la campana, todos los chicos de la escuela, ciento ochenta, ocupábamos nuestros puestos en el pasillo. Nos alineábamos contra las paredes a ambos lados y nos poníamos firmes, esperando la inspección del director.

Pero por lo menos pasaban diez minutos antes de que el director apareciera en escena y durante aquel espacio de tiempo míster Pople llevaba a cabo una ceremonia tan extraordinaria que todavía hoy me cuesta trabajo creer que realmente tuviera lugar. Había en la escuela seis lavabos con las puertas numeradas del uno al seis. Míster Pople, de pie en el extremo del largo pasillo, tenía en la palma de la mano seis pequeños discos de latón, cada uno con un número, también del uno al seis. Se producía un silencio absoluto mientras sus ojos recorrían las dos filas de chicos en posición de firmes. Entonces gritaba un nombre:

-¡Arkle!

Arkle se separaba de la fila y avanzaba rápidamente por el pasillo hacia el lugar donde se encontraba míster Pople. Al llegar junto a míster Pople, éste le daba uno de los discos. Entonces Arkle se alejaba hacia los lavabos, para llegar a los cuales tenía que recorrer todo el pasillo, caminando ante los muchachos formados en él, y luego doblar hacia la izquierda. En cuanto se perdía de vista, estaba autorizado a mirar qué número de lavabo le había tocado.

-¡Highton! -gritaba míster Pople.

Y ahora era Highton el que se apartaba de la fila, recibía el disco y se marchaba hacia los lavabos.

-¡Ángel!...

-¡Williamson!...

-¡Gaunt!...

-¡Price!

De esta manera, seis chicos escogidos caprichosamente por míster Pople eran despachados a los lavabos a cumplir con su deber. Nadie les preguntaba si estaban o no preparados para mover el vientre a las siete y media de la mañana antes de desayunar. Sencillamente se les ordenaba que lo moviesen. Pero considerábamos un gran privilegio ser elegidos porque significaba que durante la inspección del director estaríamos

tranquilamente sentados, fuera de peligro, en bendita intimidad.

A su debido tiempo el director surgía de sus alojamientos particulares y sustituía a míster Pople. Recorría lentamente un lado del pasillo, inspeccionando cada muchacho con la mayor atención, dando cuerda a un reloj de pulsera mientras caminaba. La inspección matutina era una experiencia temible. Cada uno de nosotros se sentía aterrorizado ante los dos ojos castaños y penetrantes debajo de las cejas pobladas que recorrían lentamente el cuerpo de cada uno de pies a cabeza.

-Ve a cepillarte el pelo como es debido. Y que no vuelva a suceder o lo lamentarás.

-A ver esas manos. Las tienes manchadas de tinta. ¿Por qué no te las lavaste anoche?

-Llevas la corbata torcida, muchacho. Sal de la fila y vuelve a anudártela. Y esta vez hazlo bien.

-Veo barro en ese zapato. ¿Acaso no tuve que llamarte la atención por el mismo motivo la semana pasada? Ven a verme a mi estudio después del desayuno.

Y así iba transcurriendo la horrible inspección de primera hora de la mañana. Y una vez terminada, cuando el director ya se había ido y míster Pople nos conducía al comedor por clases, muchos de nosotros ya habíamos perdido el apetito y no teníamos ganas de comernos las gachas de avena llenas de grumos que nos esperaban.

Todavía tengo en mi poder los informes de la escuela que datan de aquellos días, hace ya más de cincuenta años, y los he repasado uno por uno tratando de descubrir algún indicio, alguna promesa, de que un día me dedicaría a escribir novelas y cuentos. Obviamente, la asignatura más susceptible de mostrar tales indicios era la de redacción. Pero todos los informes de la escuela preparatoria, exceptuando uno, no mostraban nada digno de mención. El que me llamó la atención correspondía al trimestre de Navidad de 1928. Por aquel entonces tenía yo doce años y mi profesor de inglés era míster Victor Corrado. Me acuerdo vivamente de él: un atleta alto y guapo, de pelo negro y ondulado y nariz romana (que una noche se fugaría con el ama de llaves, miss Davis, sin que jamás volviéramos a ver a ninguno de los dos). Sea como sea, el caso es que míster Corrado era también nuestro instructor de boxeo y en aquel informe concreto, bajo el epígrafe de inglés, decía: «Véase el informe correspondiente a boxeo. Los mismos comentarios sirven para ambos casos.» De modo que miramos bajo el epígrafe de boxeo y leemos: «Demasiado lento y pesado. Sus golpes no están bien sincronizados y es fácil verlos venir.»

Pero sólo una vez a la semana en aquella escuela, cada sábado por la mañana, cada hermosa y bendita mañana de sábado, todos los horrores desaparecían y durante dos horas gloriosas yo experimentaba algo muy próximo al éxtasis.

Por desgracia, esto no sucedió hasta que hube cumplido los diez años. Pero no importa. Permítanme que intente explicarles de qué se trataba.

Exactamente a las diez y media de la mañana del sábado la campana infernal de míster Pople dejaba oír su *tanti-tan-tan.* Era la señal para que tuviera lugar lo que sigue:

Primeramente, todos los chicos de nueve o menos años (unos setenta en total) se dirigían en el acto al espacioso patio asfaltado que quedaba detrás del edificio principal. De pie en el patio, con las piernas separadas y los brazos cruzados sobre su enorme pecho, se encontraba miss Davis, el ama de llaves. Si llovía, se esperaba que los chicos llegasen enfundados en sus impermeables. Si nevaba o soplaba alguna ventisca, debían llevar abrigo y bufanda. Y las gorras de escolar, por supuesto, que eran grises con una escarapela roja delante, debían llevarse siempre. Pero ninguna causa de fuerza mayor, ni

tornado ni huracán ni erupción volcánica estaba autorizada a impedir aquellos horribles paseos de dos horas que cada sábado por la mañana debían dar los niños de siete, ocho y nueve años por las ventosas explanadas de Weston-super-Mare. Paseaban en formación de cocodrilo, de dos en dos, con miss Davis caminando al lado de la columna, vestida con su falda de *tweed,* medias de lana y un sombrero de fieltro que con toda seguridad había sido mordisqueado por las ratas.

La otra cosa que sucedía cuando míster Poblé hacía sonar la campana el sábado por la mañana era que el resto de los chicos, todos los de diez o más años (alrededor de cien en total) se dirigían inmediatamente a la sala de actos principal y se sentaban. Entonces un maestro joven que se llamaba S. K. Jopp asomaba la cabeza por la puerta y nos gritaba con tal ferocidad que las salpicaduras de saliva salían de su boca como balas del cañón de un fusil y chocaban contra los cristales de las ventanas del otro lado de la sala.

-¡Muy bien! -gritaba-. ¡Nada de hablar! ¡Nada de moverse! ¡Mirada al frente y manos sobre los pupitres!

Luego la cabeza volvía a desaparecer.

Nos quedábamos sentados, esperando. Esperábamos el rato encantador que nos constaba que íbamos a pasar al cabo de pocos instantes. Desde el exterior nos llegaba el ruido de los coches al ponerse en marcha. Todos eran antiquísimos y había que ponerlos en marcha a golpe de manubrio. (El año, no lo olviden, era alrededor de 1927-1928.) Se trataba del ritual de los sábados por la mañana. Había cinco coches en total y en ellos se apelotonaba toda la plana mayor, compuesta por catorce maestros, incluyendo no sólo el director, sino también el rubicundo míster Pople. Momentos después se alejaban en medio de una nube de humo azul y un estruendo impresionante y no se detenían hasta llegar ante un «pub» que, si no recuerdo mal, se llamaba «El conde patilludo»... Allí permanecían hasta justo antes del almuerzo, bebiendo cuartillo tras cuartillo de cerveza fuerte. Y dos horas y media después, a la una, los veíamos regresar, entrando cautelosamente en el comedor para almorzar, apoyándose en todas partes para no caerse.

Hasta aquí les he hablado de los maestros. Pero, ¿y nosotros, la gran masa de chicos de diez, once y doce años a los que dejaban sentados en la sala de actos de una escuela de la que súbitamente había desaparecido toda persona adulta? Sabíamos exactamente, desde luego, lo que iba a suceder a continuación. Al cabo de un minuto de la partida de los maestros, oíamos que se abría la puerta principal, luego pasos en el patio y finalmente, en medio de un barullo de ropas holgadas, brazaletes tintineantes y pelo al viento, una mujer irrumpía en la sala gritando:

-¡Hola a todos! ¡Arriba esos ánimos! ¡Esto no es un funeral!

U otras palabras en tal sentido. Y la que de tal guisa entraba era mistress O'Connor.

La bendita y hermosa mistress O'Connor con su ropa estrafalaria y su pelo gris volando en todas direcciones. Tendría unos cincuenta años, cara caballuna y dientes largos y amarillos, pero a nosotros nos parecía hermosa. No pertenecía al personal de la escuela. La contrataban en alguna parte de la ciudad para que viniese los sábados por la mañana y nos vigilase durante dos horas y media mientras los maestros empinaban el codo en el «pub».

Pero mistress O'Connor no era una cuidadora de niños. Era nada menos que una maestra magnífica y muy dotada, estudiosa y amante de la literatura inglesa. Cada uno de nosotros estuvo con ella cada sábado por la mañana durante tres años (desde los diez años hasta abandonar la escuela) y durante ese tiempo abarcamos toda la historia de la

literatura inglesa desde el año 597 de nuestra era hasta principios del siglo diecinueve.

A los novatos de la clase se les regalaba un libro delgado, de tapas azules, llamado sencillamente *La tabla cronológica;* contenía solamente seis páginas. Estas seis páginas las ocupaba una larguísima lista, en orden cronológico, de todos los grandes (y no tan grandes) hitos de la literatura inglesa, junto con las fechas correspondientes. Exactamente un centenar de los mismos fue elegido por mistress O'Connor, y nosotros, tras señalarlos en nuestros libros, nos los aprendíamos de memoria. He aquí unos cuantos de los que todavía me acuerdo:

A.C. 597 San Agustín desembarca en Thanet y trae el cristianismo a Inglaterra.
731 La *Historia eclesiástica* de Bede.
1215 Firma de la Carta Magna.
1399 La *Visión de Piers Plowman* de Langland.
1476 Claxton instala la primera imprenta en Westminster
1478 Los *Cuentos de Canterbury* de Chaucer.
1485 La *Muerte de Arturo* de Mallory.
1590 La *Reina de las badas* de Spenser.
1623 El primer folio de Shakespeare.
1667 El *Paraíso perdido* de Milton.
1668 Los *Ensayos* de Dryden.
1678 El *Viaje del peregrino* de Bunyan.
1711 El *Espectador* de Addison.
1719 *Robinsón Crusoe* de Defoe.
1726 Los *Viajes de Gulliver* de Swift.
1733 El *Ensayo sobre el hombre* de Pope.
1755 El *Diccionario* de Johnson.
1791 La *Vida de Johnson* de Boswell.
1833 *Sartor Resartus* de Carlyle.
1859 El *Origen de las especies* de Darwin.

Entonces mistress O'Connor elegía por turnos cada una de las obras escogidas y se pasaba dos horas y media de la mañana del sábado hablándonos de ella. De esta manera, al cabo de tres años, con aproximadamente treinta y seis sábados en cada año académico, había cubierto las cien obras escogidas.

¡Y qué divertido y maravilloso resultaba! Tenía ese don que sólo los grandes maestros poseen: el de hacer que todo aquello de lo que nos hablaba cobrase vida ante nosotros. En dos horas y media aprendimos a amar a Langland y su Piers Plowman. El sábado siguiente le tocó a Chaucer y también aprendimos a amarle. Incluso sujetos algo difíciles como Milton y Dryden y Pope nos parecieron interesantes cuando mistress O'Connor nos habló de sus vidas y nos leyó en voz alta fragmentos de sus obras. Y el resultado de todo ello, al menos para mí, fue que a los trece años de edad era perfectamente consciente del inmenso acervo literario acumulado en Inglaterra a lo largo de los siglos. También me convertí en lector ávido e insaciable de la buena literatura.

¡Mi querida y encantadora miss O'Connor! Quizá valiera la pena asistir a aquella espantosa escuela simplemente para experimentar el gozo de aquellos sábados por la mañana.

A los trece años dejé la escuela preparatoria y me enviaron, también como interno, a una de las famosas escuelas que en Inglaterra llaman «públicas». Desde luego, de públicas no tienen nada. Son extremadamente privadas y caras. La mía se llamaba

Repton y estaba en Derbyshire. A la sazón nuestro director era el reverendo Geoffrey Fisher, que más adelante sería obispo de Chester, luego obispo de Londres y finalmente arzobispo de Canterbury. Durante el desempeño de este último cargo coronó a la reina Isabel II en la abadía de Westminster.

La ropa que teníamos que llevar en aquella escuela nos hacía parecer empleados de una funeraria. La chaqueta era negra, muy abierta por delante y con faldones largos por detrás, que llegaban hasta más abajo de la parte posterior de las rodillas. Los pantalones eran negros con unas rayas grises muy finas. Los zapatos eran negros. Había también un chaleco negro con once botones que había que abrochar cada mañana. La corbata era negra. Luego había un cuello de pajarita, blanco y almidonado, y una camisa blanca.

Como remate de todo ello, como último toque de ridiculez, había un sombrero de paja que debíamos llevar siempre de puertas afuera, salvo en las horas destinadas a deportes. Y, como los sombreros se reblandecían a causa de la lluvia, llevábamos paraguas para el mal tiempo.

Pueden imaginarse cómo me sentiría vestido de esa guisa cuando, a la edad de trece años, mi madre me acompañó a la estación de Londres donde debía tomar el tren al comenzar el primer curso. Me despidió con un beso y el tren se puso en marcha.

Como es natural, albergaba la esperanza de que mi sufrido trasero recibiría un merecido descanso en la nueva escuela, que era más adulta que la anterior. Pero no iba a ser así. En Repton las palizas eran más feroces y frecuentes todavía. Y no se imaginen ni por un momento que el futuro arzobispo de Canterbury pusiera reparos a tan viles ejercicios. Se subía las mangas y se aplicaba a la tarea con sumo gusto. Las suyas eran las malas, las ocasiones verdaderamente aterradoras. Algunas de las tundas administradas por aquel hombre de Dios, aquel futuro jefe de la Iglesia de Inglaterra, fueron muy brutales. Sé a ciencia cierta que en una ocasión tuvo que sacar una jofaina llena de agua, una esponja y una toalla para que la víctima pudiera lavarse la sangre después de la sesión.

No fue cosa de risa.

Reminiscencias de la Inquisición española.

Pero lo más desagradable de todo, a mi juicio, era que a los prefectos se les permitiese azotar a sus condiscípulos. Esto ocurría cada día. Los chicos mayores (de diecisiete a dieciocho años) azotaban a los pequeños (de trece, catorce y quince años) en una ceremonia sádica que tenía lugar durante la noche cuando ya habías subido al dormitorio y te habías puesto el pijama.

-Se te reclama en el vestuario.

Con manos temblorosas te ponías la bata y las zapatillas.

Luego bajabas las escaleras dando traspiés y entrabas en la habitación grande de suelo entarimado donde la ropa de deporte se encontraba colgada en las paredes. Una única y desnuda bombilla iluminaba el lugar. Un prefecto, pomposo pero muy peligroso, te aguardaba en el centro de la habitación. Tenía en las manos una palmeta larga que, por lo general, se entretenía en flexionar cuando tú entrabas.

-Supongo que sabrás por qué estás aquí -solía decir.

-Pues yo...

-¡Por segundo día consecutivo has quemado mis tostadas!

Permítanme que les explique esa absurda observación. Tú eras el criadillo de aquel

prefecto. Eso quería decir que tenías que servirle y una de tus múltiples obligaciones consistía en prepararle las tostadas para el té cada día. Para preparárselas utilizabas un tenedor especial de tres púas con las que pinchabas el pan para sostenerlo sobre el fuego, primero por un lado y después por el otro. Pero el único fuego que se te permitía utilizar para tal fin era el de la chimenea de la biblioteca y a medida que se aproximaba la hora del té nunca había menos de una docena de desdichados criadillos tratando de colocarse ante la minúscula rejilla. A mí no se me daba nada bien. Generalmente colocaba el pan demasiado cerca de las llamas y se me quemaba. Mas, como no se nos permitía pedir una segunda rebanada y empezar de nuevo, lo único que podíamos hacer era rascar con un cuchillo las partes quemadas. Raramente te salía bien. Los prefectos eran expertos en detectar las tostadas rascadas. Veías a tu propio torturador sentado en la mesa, cogiendo su tostada, dándole la vuelta, examinándola atentamente como si se tratara de una pintura pequeña y valiosísima. Luego fruncía el ceño y sabías que te había tocado.

Así que ahora era de noche y estabas en el vestuario, vestido con la bata y el pijama, y aquél cuya tostada habías quemado te estaba hablando de tu crimen.

-No me gustan las tostadas quemadas. .

-La acerqué demasiado al fuego. Lo siento.

-¿Qué prefieres? ¿Cuatro con la bata puesta o tres sin la bata?

-Cuatro con la bata puesta -dije.

Era tradicional hacer esta pregunta. A la víctima siempre se le daba la oportunidad de elegir. Pero mi propia bata estaba hecha de pelo de camello, un pelo marrón y grueso, y jamás me cupo la menor duda de que era mejor no quitármela. Ser azotado cuando sólo llevabas puesto el pijama era una experiencia muy dolorosa y casi siempre se te agrietaba la piel. Pero mi bata impedía que esto ocurriese. El prefecto lo sabía, desde luego, y, por consiguiente, cuando optabas por no quitarte la bata a cambio de recibir un azote extra, te pegaba con todas sus fuerzas. A veces daba una carrerita, tres o cuatro pasos de puntillas, para coger ímpetu y acometida, pero, de un modo u otro, era una salvajada.

En los viejos tiempos, cuando un hombre estaba a punto de ser ahorcado, el silencio caía sobre toda la prisión y los demás prisioneros permanecían sentados en sus celdas, sin hacer el menor ruido, hasta después de la ejecución. Algo muy parecido ocurría en la escuela cuando alguien recibía una azotaina. Arriba, en los dormitorios, los chicos se sentaban en sus camas, guardando silencio como muestra de solidaridad con la víctima, y a través del silencio desde el vestuario llegaba a sus oídos el golpe de cada azote al ser administrado.

Los informes de final de trimestre que conservo de aquella escuela revisten cierto interés. He aquí unos cuantos de ellos, copiados palabra por palabra de los documentos originales:

Trimestre de verano, 1930 (edad: 14 años). *Redacción.* «Nunca he conocido un muchacho que de forma tan persistente escriba exactamente lo contrario de lo que quiere decir. Parece incapaz de ordenar sus pensamientos sobre el papel.»

Trimestre de Pascua, 1931 (edad: 15 años). *Redacción.* «Chapucero persistente. Vocabulario negligible, oraciones mal construidas. Me recuerda a un camello.»

Trimestre de verano, 1932 (edad: 16 años). *Redacción.* «Este muchacho es un discípulo indolente y analfabeto.» *Trimestre de otoño, 1932 (edad:* 17 años). *Redacción.*

«Perezoso en todo momento. Ideas limitadas.» (Y debajo de éste, el futuro arzobispo de Canterbury había escrito con tinta roja: «Debe corregir los defectos que se indican en esta hoja».)

No es de extrañar que en aquel tiempo jamás se me metiera en la cabeza la idea de ser escritor.

Cuando dejé la escuela a la edad de dieciocho años, en 1934, rechacé la oferta de mi madre (mi padre murió cuando yo tenía tres años) de mandarme a la universidad. A menos que uno quisiera ser médico, abogado, científico, ingeniero o dedicarse a alguna otra profesión liberal, no tenía sentido malgastar tres o cuatro años en Oxford o Cambridge. Todavía pienso igual. En vez de ello, sentía el deseo apasionado de irme al extranjero, de viajar, de ver tierras lejanas. En aquellos tiempos apenas había aviones comerciales, por lo que un viaje a África o al Extremo Oriente duraba varias semanas.

Así, pues, acepté un empleo en lo que se denominaba el Departamento Oriental de la Shell Oil Company, donde me prometieron que, tras dos o tres años de preparación en Inglaterra, me enviarían a un país lejano.

-¿A cuál? -pregunté.

-¿Quién sabe? -me contestó el hombre-. Depende de dónde haya una vacante cuando llegue usted al primer lugar de la lista. Podría ser Egipto o China o la India o casi cualquier otra parte del mundo.

Me pareció divertido. Lo fue. Cuando me tocó el turno de ser destinado al extranjero, tres años más tarde, me dijeron que iría al África Oriental. Encargué trajes tropicales y mi madre me ayudó a preparar el baúl. Mi período de servicio sería de tres años en África y luego disfrutaría de un permiso de seis meses en Inglaterra. Tenía entonces veintiún años y estaba a punto de partir hacia lugares lejanos. Estaba entusiasmado. Me embarqué en Londres y el buque zarpó.

Aquella travesía duró dos semanas y media. Cruzamos el golfo de Vizcaya e hicimos escala en Gibraltar. Luego pusimos proa hacia el extremo inferior del Mediterráneo pasando por Malta, Nápoles y Port Said. Cruzamos el canal de Suez, bajamos por el mar Rojo, haciendo escala en Port Sudan y luego en Adén. Resultó tremendamente excitante. Por primera vez vi grandes desiertos de arena y soldados árabes montados en camellos, y palmeras con dátiles, y peces voladores y miles y miles de otras cosas maravillosas. Finalmente llegamos a Mombasa, en Kenia.

En Mombasa un hombre de la Shell Company subió a bordo y me dijo que debía transbordar a un pequeño barco costero que me llevaría a Dar es Salaam, la capital de Tanganyka (la actual Tanzania). Así que a Dar es Salaam me fui, haciendo escala en Zanzíbar por el camino.

Durante los dos años siguientes trabajé para la Shell en Tanzania; mi oficina central estaba en Dar es Salaam. Era una vida fantástica. El calor era intenso, pero, ¿a quién le importaba? Nuestra indumentaria consistía en pantalones cortos de color caqui, camisa con el cuello desabrochado y un salacot en la cabeza. Aprendí a hablar swahili. Viajaba hacia el interior del país, visitando minas de diamantes, plantaciones de sisal, minas de oro y todo lo demás.

Había jirafas, elefantes, cebras, leones y antílopes por todas partes, y también serpientes, incluyendo la mamba negra, que es la única serpiente del mundo que te persigue si te ve. Y si te atrapa y te pica, ya puedes empezar a rezar tus plegarias. Aprendí a volver las botas boca abajo y sacudirlas antes de ponérmelas por si había algún escorpión dentro y, al igual que todo quisque, pillé la malaria y me pasé tres días

con más de cuarenta grados de temperatura.

En septiembre de 1939 se hizo evidente que iba a haber guerra con la Alemania de Hitler. Tanganyka, que hacía sólo veinte años se llamaba África Oriental Alemana, seguía llena de alemanes. Estaban por todas partes. Eran propietarios de tiendas, minas y plantaciones por todo el país. En cuanto estallase la guerra, habría que reunirlos a todos para ponerlos a buen recaudo. Pero en Tanganyka apenas teníamos ejército, sólo unos cuantos soldados indígenas, llamados áscaris, y un puñado de oficiales. Así que a todos los civiles nos hicieron reservistas especiales. Me dieron un brazalete y me pusieron al mando de veinte áscaris. Mi pequeña tropa y yo recibimos la orden de bloquear la carretera que salía de Tanganyka por el sur y penetraba en el África Oriental Portuguesa, que era territorio neutral. Se trataba de una misión importante, ya que la mayoría de los alemanes intentarían fugarse por allí cuando se declarara la guerra.

Me llevé a mi feliz pandilla armada de fusiles y una ametralladora e instalamos un control en un punto por el que la carretera atravesaba una espesa jungla, a unos dieciséis kilómetros de la ciudad. Disponíamos de un teléfono de campaña para comunicarnos con el cuartel general y gracias a él nos avisarían en cuanto se declarase la guerra. Nos quedamos esperando. Esperamos durante tres días. Y durante la noche de la jungla que nos rodeaba por todas partes surgía el sonido de los tambores de los indígenas con sus ritmos extraños e hipnóticos. Una vez, ya de noche, me interné en la jungla y me encontré con unos cincuenta nativos acuclillados en círculo alrededor de una hoguera. Un solo hombre tocaba el tambor. Algunos bailaban en torno a la hoguera. El resto bebía algo utilizando cáscaras de coco a modo de vasos. Me acogieron de buen grado en su círculo. Eran gente encantadora. Yo les hablaba en su propia lengua. Me dieron una cáscara llena de un líquido espeso, gris y embriagador, hecho con maíz fermentado. Si mal no recuerdo, lo llamaban *pomba.* Me lo bebí. Era horrible.

Al día siguiente el teléfono sonó después de comer y una voz dijo:

-Estamos en guerra con Alemania.

A los pocos minutos, muy lejos de donde estábamos, vimos aparecer una columna de coches que levantaba una gran polvareda y venía hacia nosotros, tratando de llegar al territorio neutral del África Oriental Portuguesa; corrían tanto como podían.

«Ajá -pensé-. Vamos a librar una batallita.»

Así que llamé a mis veinte áscaris y les dije que se aprestasen. Pero no hubo ninguna batalla. Los alemanes, que, al fin y al cabo, no eran más que civiles y gente de ciudad, vieron nuestra ametralladora y nuestros fusiles y se entregaron rápidamente. Al cabo de una hora teníamos un par de centenares de ellos en nuestro poder. Me dieron bastante lástima. A muchos los conocía personalmente, cual era el caso de Willy Hink, el relojero, y Hermán Schneider, propietario de la fábrica de soda. Su único delito era ser alemanes. Pero estábamos en guerra y, al refrescar la tarde, los llevamos de nuevo a Dar es Salaam, donde fueron internados en un campo inmenso rodeado de alambre espinoso.

Al día siguiente subí a mi viejo coche y me fui al norte, camino de Nairobi, en Kenia, para alistarme en la RAF. Fue un viaje duro y tardé cuatro días en llegar. Caminos accidentados en medio de la jungla, ríos caudalosos que obligaban a colocar el coche en una balsa que un hombre apostado en la orilla movía por medio de una soga, serpientes largas y verdes que cruzaban la carretera por delante del coche. (NOTA: No traten jamás de arrollar una serpiente, ya que puede ser arrojada por los aires y caer dentro de su coche descapotable. Ha ocurrido muchas veces.) De noche dormía dentro del automóvil. Pasé por el pie del bello monte Kilimanjaro, que llevaba un sombrero de

nieve sobre la cabeza. Crucé el país de los masai, donde los hombres bebían sangre de vaca y cada uno de ellos parecía tener más de dos metros de estatura. Estuve a punto de chocar con una jirafa en la llanura de Serengeti. Pero finalmente llegué sano y salvo a Nairobi y me presenté en el cuartel general de la RAF en el aeropuerto.

Durante seis meses nos entrenaron a bordo de unos pequeños aeroplanos llamados «Tiger Moths», y aquellos días también fueron gloriosos. Sobrevolamos toda Kenia en nuestros diminutos «Tiger Moths». Vimos grandes manadas de elefantes. Vimos los flamencos rosados del lago Nakuru. Vimos todo lo que había que ver en aquel magnífico país. Y a menudo, antes de poder despegar, teníamos que ahuyentar las cebras del campo de aviación. Éramos veinte los que nos estábamos entrenando para ser pilotos allí en Nairobi. Diecisiete de aquellos veinte murieron durante la guerra.

De Nairobi nos enviaron a Irak, a una desolada base de las fuerzas aéreas cerca de Bagdad, donde debíamos ultimar nuestro entrenamiento. El lugar se llamaba Habbaniya y por las tardes hacía tanto calor (cincuenta y cinco grados a la sombra), que no se nos permitía salir de nuestros barracones. Nos quedábamos echados en las literas, sudando. Los más infortunados pillaron una insolación y tuvieron que pasar varios días en el hospital, envueltos en hielo. Esto los mataba o los salvaba, según. Había un cincuenta por ciento de probabilidades. En Habbaniya nos enseñaron a pilotar aviones más potentes y dotados de ametralladoras, con los que practicábamos contra blancos arrastrados por otros aviones y contra blancos situados en tierra.

Finalmente nuestro entrenamiento terminó y nos enviaron a Egipto, a luchar contra los italianos en el desierto occidental de Libia. Me uní al escuadrón 80, compuesto por aparatos de caza, y al principio disponíamos solamente de unos biplanos antiquísimos de una sola plaza llamados «Gloster Gladiators». Las dos ametralladoras del «Gladiator» iban montadas una a cada lado del motor y, créanlo o no, disparaban las balas a través de la hélice. Las ametralladoras estaban sincronizadas de algún modo con el árbol de la hélice de modo que en teoría las balas no daban en las paletas de la hélice cuando ésta giraba. Pero, como pueden suponer, aquel complicado mecanismo se averiaba con frecuencia y el pobre piloto, en vez de derribar al enemigo, se arrancaba su propia hélice.

Yo mismo fui derribado a bordo de un «Gladiator» que se estrelló muy hacia el interior del desierto libio, entre las líneas enemigas. El aparato se incendió, pero conseguí salir de él y finalmente fui rescatado y devuelto a lugar seguro por nuestros propios soldados, que se arrastraron por la arena al amparo de la oscuridad.

A causa del incidente me pasé seis meses en un hospital de Alejandría con el cráneo fracturado y múltiples quemaduras. Cuando salí del hospital, en abril de 1941, mi escuadrilla había sido trasladada a Grecia para combatir contra los alemanes, que estaban invadiendo el país por el norte. Me dieron un «Hurricane» y me dijeron que volase de Egipto a Grecia para reunirme con mi escuadrilla. Ahora bien, un caza «Hurricane» no se parecía nada a un viejo «Gladiator». Tenía ocho ametralladoras «Browning», cuatro en cada ala, y la ocho disparaban simultáneamente cuando apretabas el pequeño botón que había en tu palanca de mando. Era un avión magnífico, pero su autonomía de vuelo alcanzaba sólo dos horas. El viaje a Grecia, sin escalas, duraría cerca de cinco horas, siempre volando sobre el mar. Instalaron depósitos extra de combustible en las alas. Dijeron que lo conseguiría. Al final resultó que sí. Pero sólo por poco. Cuando mides uno noventa y cinco de estatura, cual es mi caso, no es ninguna broma pasarse cinco horas agazapado en una minúscula cabina.

En Grecia la RAF tenía en total unos dieciocho «Hurricanes». Los alemanes

disponían por lo menos de un millar de aeroplanos. Lo pasamos mal. Nos expulsaron de nuestro aeródromo de las afueras de Atenas (Elevis) y durante un tiempo despegábamos de una pista de aterrizaje pequeña y secreta situada más hacia el oeste (Menidi). Los alemanes no tardaron en localizarla y hacerla saltar en pedazos, de modo que, con los pocos aparatos que nos quedaban, huimos a un diminuto campo (Argos) que se encontraba en pleno sur de Grecia; allí escondíamos nuestros «Hurricanes» bajo los olivos cuando no estábamos volando.

Pero aquello no podía durar mucho. Pronto nos quedaron solamente cinco «Hurricanes» y no muchos pilotos con vida. Los cinco aeroplanos volaron hasta la isla de Creta. Los alemanes capturaron Creta. Algunos escapamos. Yo fui uno de los afortunados. Al final me encontré de nuevo en Egipto. La escuadrilla fue reconstituida y reequipada con «Hurricanes». Nos mandaron a Haifa, que a la sazón estaba en Palestina actualmente en Israel), donde volvimos a combatir contra los alemanes y los franceses de Vichy en el Líbano y Siria.

En aquel punto las heridas que sufriera en la cabeza pudieron conmigo. Fuertes dolores de cabeza me impidieron seguir volando. Fui declarado inútil para el servicio activo y enviado de vuelta a Inglaterra en un transporte de tropas que hizo la travesía Suez-Durban-Ciudad del Cabo-Lagos-Liverpool, perseguido por submarinos alemanes en el Atlántico y bombardeado a diario por aparatos «Focke-Wulf» de largo alcance durante la última semana del viaje.

Me había pasado cuatro años lejos de casa. Mi madre, que había perdido su hogar en Kent durante la batalla de Inglaterra y ahora vivía en una casita con techo de paja en Buckinghamshire, se alegró de verme. También se alegraron mis cuatro hermanas y mi hermano. Me habían concedido un mes de permiso. De pronto un día me comunicaron que me habían destinado a Washington, la capital de los Estados Unidos, en calidad de agregado aéreo adjunto. Corría el mes de enero de 1942 y un mes antes los japoneses habían bombardeado la flota americana en Pearl Harbour. Así que ahora los Estados Unidos también estaban en guerra.

Tenía veintiséis años cuando llegué a Washington y todavía no se me había metido en la cabeza la idea de ser escritor.

Durante la mañana del tercer día después de mi llegada, me encontraba sentado en mi nuevo despacho de la embajada británica, preguntándome qué demonios se suponía que tenía que hacer, cuando llamaron a mi puerta.

-Adelante.

Un hombre muy bajito que usaba gafas de gruesos cristales y montura de acero entró tímidamente en la habitación.

-Perdone que le moleste -dijo.

-No me molesta en absoluto -contesté-. No estoy haciendo nada.

Se quedó de pie ante mí, con aspecto de sentirse muy incómodo y desplazado. Pensé que tal vez iba a pedirme un empleo.

-Me llamo Forester -dijo-. C. S. Forester.

Por poco me caigo de la silla.

-¿Bromea? -dije.

-No -contestó, sonriendo-. Ese soy yo.

Y lo era. Era el gran escritor en persona, el creador del capitán Hornblower y el mejor

narrador de cuentos sobre el mar desde Joseph Conrad. Le dije que tomara asiento.

-Mire -dijo-, soy demasiado viejo para la guerra. Ahora vivo en este país. Lo único que puedo hacer para ayudar es escribir cosas acerca de Inglaterra para los periódicos y revistas americanos. Necesitamos toda la ayuda que América pueda prestarnos. Una revista llamada *Saturday Evening Post* publicará todas las historias que escriba yo. Tengo un contrato con ella. Y he venido a verle pensando que quizás tenga usted una buena historia que contarme. Me refiero a una historia sobre su experiencia como aviador.

-No más de la que podrían contarle miles de otros pilotos -dije-. Hay montones de pilotos que han derribado muchos más aviones que yo.

-No se trata de eso -dijo Forester-. Ahora está usted en América y, dado que, como dicen aquí, ha «estado en combate», es usted una rara avis en esta orilla del Atlántico. No olvide que ellos acaban de entrar en guerra.

-¿Qué quiere que haga? -pregunté.

-Venga a almorzar conmigo -dijo-. Y mientras comemos puede contármelo todo. Cuénteme su aventura más emocionante y yo la escribiré para el *Saturday Evening Post.* Todo ayuda.

Me sentía emocionado. Era la primera vez que hablaba con un escritor famoso. Le examiné atentamente mientras permaneció sentado en mi despacho. Lo que más asombrado me dejó fue que su aspecto resultara tan corriente. No había nada insólito en su persona. Su rostro, su conversación, sus ojos tras las gafas, incluso su atuendo eran de lo más normales. Y, pese a ello, me hallaba ante un escritor de historias que era famoso en todo el mundo. Sus libros los habían leído millones de personas. Yo esperaba que de su cabeza surgieran chispas o, al menos, que llevase una capa verde y larga y un sombrero deformado de anchas alas.

Pero no. Y fue entonces cuando por primera vez empecé a darme cuenta de que en un escritor que cultive la ficción hay dos vertientes claramente diferenciadas entre sí. En primer lugar, está la cara que muestra al público, la de una persona corriente como cualquier otra, una persona que hace cosas corrientes y habla un lenguaje corriente. En segundo lugar, está la vertiente secreta que aflora a la superficie sólo cuando ha cerrado la puerta de su estudio y se encuentra completamente solo. Es entonces cuando entra en un mundo totalmente distinto, un mundo en el que su imaginación se impone a todo lo demás y él se encuentra viviendo realmente en los lugares sobre los que escribe en aquel momento. Yo mismo, si quieren saberlo, caigo en una especie de trance y todo cuanto me rodea desaparece. Sólo veo la punta de mi lápiz moviéndose sobre el papel y muy a menudo pasan dos horas como si fueran un par de segundos.

-Venga conmigo -dijo C. S. Forester-. Vamos a almorzar. Por lo que veo, no tiene usted nada más que hacer.

Al salir de la embajada al lado de aquel gran hombre, me sentía agitadísimo. Había leído todas las novelas protagonizadas por Hornblower y casi todas las demás cosas que habría escrito Forester. Tenía, y sigo teniendo, una gran afición por los libros que tratan del mar. Había leído todos los de Conrad y todos los de aquel otro espléndido escritor del mar que fuera el capitán Marryat *(El guardiamarina Easy, De grumete a almirante,* etcétera), y he aquí que ahora estaba a punto de almorzar con alguien que, a mi juicio, era estupendo también.

Me llevó a un restaurante francés, pequeño y caro, que había cerca del Mayflower Hotel de Washington. Encargó un almuerzo suntuoso, luego sacó un cuaderno de notas

y un lápiz (los bolígrafos aún no habían sido inventados en 1942) y los colocó sobre el mantel.

-Vamos a ver -dijo-, háble me de la cosa más excitante, aterradora o peligrosa que le ocurrió cuando pilotaba aviones de caza.

Traté de empezar. Empecé a contarle lo de aquella vez que me habían derribado en el desierto occidental y el aparato se había incendiado.

La camarera nos trajo dos platos de salmón ahumado. Mientras tratábamos de comérnoslo, yo intentaba hablar y Forester intentaba tomar notas.

El plato principal consistía en pato asado con verduras y patatas y una salsa espesa y sabrosa. Era un plato que exigía toda la atención del comensal además de sus dos manos. Empecé a perder el hilo de mi propia narración. Cada dos por tres, Forester dejaba el lápiz para coger el tenedor y viceversa. Las cosas no iban bien. Y aparte de eso, nunca he tenido facilidad para contar historias en voz alta.

-Mire -dije-. Si quiere, trataré de escribir lo que me ocurrió y se lo mandaré. Luego usted podrá reescribirlo como es debido. ¿No le parece que así sería más fácil? Podría hacerlo esta misma noche.

Aquél, aunque no me di cuenta entonces, fue el momento que cambió mi vida.

-¡Espléndida idea! -dijo Forester-. Entonces ya puedo guardarme esta estúpida libreta y podemos disfrutar del almuerzo. ¿De veras no le importaría hacer eso por mí?

-No me importaría ni pizca -dije-. Pero no debe esperar que lo que escriba esté bien. Me limitaré a poner los hechos por escrito.

-No se preocupe -dijo-. Mientras escriba los hechos, yo podré escribir la historia. Pero por favor -añadió-, ponga muchos detalles. Eso es lo que cuenta en nuestra profesión, los detalles insignificantes, como, por ejemplo, que se le había roto el cordón del zapato izquierdo, o que una mosca se posó en el borde de su copa durante el almuerzo o que el hombre con quien estaba hablando tenía un diente partido. Trate de recordar todo lo que le sea posible.

-Haré lo que pueda -dije.

Me dio una dirección adonde podía mandar la historia y luego nos olvidamos del asunto y terminamos el almuerzo sin darnos prisa. Pero míster Forester no era un gran conversador. Ciertamente no sabía conversar tan bien como escribía y, aunque era amable y educado, de su cabeza no surgió ninguna chispa y lo mismo podría haber estado hablando con un inteligente abogado o corredor de bolsa.

Aquella noche, en la casita que ocupaba yo solo en un barrio periférico de Washington, me senté y escribí mi historia. Empecé alrededor de las siete y terminé a medianoche. Recuerdo que me tomé una copa de coñac portugués para darme ánimos. Por primera vez en mi vida quedé totalmente absorto en lo que estaba haciendo. Me remonté en el tiempo y una vez más me encontré en el abrasador desierto de Libia, con arena blanca bajo mis pies, subiendo a la cabina del viejo «Gladiator», sujetándome el cinturón de seguridad, poniendo el motor en marcha y disponiéndome a despegar. Resultaba pasmoso ver cómo todo volvía a mí con absoluta claridad. Trasladarlo al papel no fue difícil. La historia parecía contarse por sí sola y la mano que sostenía el lápiz se movía velozmente de un lado a otro del papel. Simplemente para divertirme, cuando terminé le puse título a la historia. La llamé «Pan comido».

Al día siguiente alguien de la embajada me la pasó a máquina y se la envié a míster Forester. Luego me olvidé por completo de ella.

Exactamente dos semanas después recibí la contestación del gran hombre. Decía:

Querido RD: Se suponía que me daría notas y no una historia acabada. Estoy desconcertado. Su narración es maravillosa. Es la obra de un escritor dotado. No he tocado ni una sola palabra. La envié inmediatamente, a nombre de usted, a mi agente, Harold Matson, pidiéndole que la ofreciera al Saturday Evening Post *con mi recomendación personal. Le alegrará saber que el* Post *la aceptó inmediatamente y ha pagado mil dólares. La comisión de míster Matson es del diez por ciento. Le adjunto su cheque por el importe de novecientos dólares. Es todo suyo. Como verá por la carta de míster Matson, que también le adjunto, el* Post *pregunta si querrá usted escribir más historias para ellos. Yo espero que así sea. ¿Sabía que era usted escritor? Con mis mejores deseos y enhorabuenas, C. S. Forester.*

«Pan comido» es la narración que cierra este libro.

«¡Caramba! -pensé-. ¡Válgame el cielo! ¡Novecientos dólares! ¡Y van a publicarla! Pero sin duda la cosa no puede ser tan fácil, ¿no?»

Por extraño que parezca, lo era.

La siguiente historia que escribí era pura ficción. La inventé yo mismo. No me pregunten por qué. Y míster Matson también la vendió. Allí en Washington, durante los dos años siguientes, trabajando en casa al volver del trabajo, escribí once relatos. Todos fueron vendidos a revistas americanas y más tarde aparecieron en un librito titulado *Over to you.*

A principios de aquel período también probé a escribir una historia para niños. Se titulaba «The gremlins» (duendecillos), y creo que fue la primera vez que se utilizaba dicha palabra. En mi historia los *gremlins* eran unos hombrecillos que vivían en los cazas y bombarderos de la RAF y eran ellos, no el enemigo, los responsables de todos los balazos, motores incendiados y derribos que sucedían durante los combates. Los *gremlins* tenían unas esposas llamadas *fifinellas* e hijos llamados *widgets* y, aunque la historia en sí dejaba ver claramente que era la obra de un escritor sin experiencia, fue adquirida por Walt Disney, que decidió transformarla en una película de dibujos animados de larga duración. Pero primero fue publicada en *Cosmopolitan Magazine* con las ilustraciones en color de Disney (diciembre de 1942) y a partir de aquel momento la noticia de los *gremlins* se extendió rápidamente por toda la RAF y las fuerzas aéreas de los Estados Unidos, de modo que los hombrecillos en cuestión se convirtieron en una especie de leyenda.

Debido a los *gremlins* me concedieron tres meses de permiso de mis obligaciones en la embajada de Washington y me fui corriendo a Hollywood. Allí me alojé a expensas de Disney en un lujoso hotel de Beverly Hills y se me proporcionó un automóvil grande y reluciente para ir de un lado a otro. Cada día trabajaba con el gran Disney en sus estudios de Burbank, bosquejando la trama de la película. Me lo pasé bomba. Por aquel entonces aún tenía veintiséis años solamente. Asistía a las conferencias que se celebraban en el inmenso despacho de Disney para tratar el argumento de la película. Cada palabra que se pronunciaba durante las mismas, cada sugerencia que se hacía, era anotada por una estenógrafa y pasada a máquina después. Me dedicaba a deambular por las salas donde trabajaban los animadores dotados y turbulentos, los hombres que ya habían creado *Blancanieves, Dumbo, Bambi y* otras películas maravillosas, y en aquel tiempo, mientras aquellos artistas locos hicieran su trabajo, a Disney no le importaba a qué hora se presentaban en el estudio ni cómo se portaban.

Al terminar mi permiso, regresé a Washington y los dejé trabajando en lo suyo.

Mi historia sobre los *gremlins* fue publicada como libro para niños en Nueva York y Londres, llena de ilustraciones en color de Disney y, por supuesto, bajo el título *The Gremlins.* Actualmente los ejemplares que existen de aquella edición son muy escasos y difíciles de encontrar. Yo mismo tengo solamente uno. La película, además, nunca llegó a terminarse. Tengo la impresión de que en realidad a Disney no acababa de gustarle aquella fantasía en concreto. Allí en Hollywood se encontraba muy lejos de la gran guerra aérea que se estaba librando en Europa. Además, era una historia sobre la Royal Air Force y no acerca de sus propios compatriotas y creo que eso aumentaba su perplejidad. De modo que acabó perdiendo interés por ella y dejó correr todo el asunto.

Mi librito sobre los *gremlins* fue la causa de que me sucediera otra cosa extraordinaria durante mi estancia en Washington en tiempo de guerra. Eleanor Roosevelt se lo leyó a sus nietos en la Casa Blanca y, por lo visto, se sintió muy impresionada. Recibí una invitación para cenar con ella y el presidente. Fui temblando de pies a cabeza a causa de los nervios. Pasamos una velada espléndida y volvieron a invitarme. Luego mistress Roosevelt empezó a invitarme a pasar los fines de semana en Hyde Park, la casa de campo del presidente. Allí, créanlo o no, pasé muchos ratos a solas con Franklin Roosevelt durante sus horas de asueto. Me sentaba mientras él preparaba los martinis antes del almuerzo del domingo y me decía cosas como:

-Acabo de recibir un telegrama interesante de míster Churchill.

Entonces me contaba lo que decía el mensaje, quizás algo sobre nuevos planes para bombardear Alemania o hundir submarinos y yo hacía todo lo posible para parecer tranquilo y despreocupado, aunque en realidad temblaba al pensar que el hombre más poderoso del mundo me estaba confiando aquellos tremendos secretos. A veces me paseaba por la finca en su coche, creo que era un Ford antiguo, adaptado especialmente para sus piernas paralizadas. No tenía pedales. Todos los controles los accionaba con la mano. Los hombres del servicio secreto que le daban escolta lo alzaban en brazos de la silla de ruedas y lo sentaban en el asiento del conductor, luego él les hacía una señal con la mano para que nos dejasen y nos poníamos en marcha, circulando a velocidades espeluznantes por los angostos caminos.

Un domingo, durante el almuerzo en Hyde Park, Franklin Roosevelt contó una historia que impresionó a los invitados allí reunidos. Éramos unas catorce personas sentadas a ambos lados de la larga mesa del comedor, incluyendo la princesa Marta de Noruega y varios miembros del gabinete. Estábamos comiendo un pescado blanco bastante insípido cubierto con una salsa espesa y gris. De pronto el presidente me señaló con un dedo y dijo:

-Tenemos un inglés aquí. Permítanme que les cuente lo que le pasó a otro inglés, un representante del rey, que se encontraba en Washington allá por 1827 -nos dijo el nombre del inglés, pero se me ha olvidado. Luego prosiguió-: Durante su estancia aquí, ese hombre murió y los británicos, por alguna razón, insistieron en que su cadáver fuese enviado a Inglaterra para enterrarlo allí. Ahora bien, la única forma de hacer eso en aquellos tiempos era conservándolo en alcohol. Así, metieron el cadáver en un barril de ron. El barril fue amarrado al mástil de una goleta y ésta zarpó rumbo a Inglaterra. Llevaban unas cuatro semanas en el mar cuando el capitán de la goleta notó que del barril salía un hedor terrible. Al final el hedor se hizo tan espantoso que tuvieron que cortar las amarras del barril y arrojarlo por la borda. Pero, ¿saben ustedes por qué olía tan mal? -preguntó el presidente, dirigiendo a sus invitados aquella famosa sonrisa que iba de oreja a oreja-. Les diré exactamente por qué. Algunos de los marinos habían hecho un agujero en el fondo del barril y le habían puesto un tapón. Luego cada noche

se habían estado sirviendo un poco de ron. Y una vez se lo hubieron bebido todo, entonces empezó el problema.

Franklin Roosevelt soltó una gran carcajada. Varias de las mujeres que estaban sentadas a la mesa se pusieron muy pálidas y vi que discretamente apartaban sus platos de pescado blanco hervido.

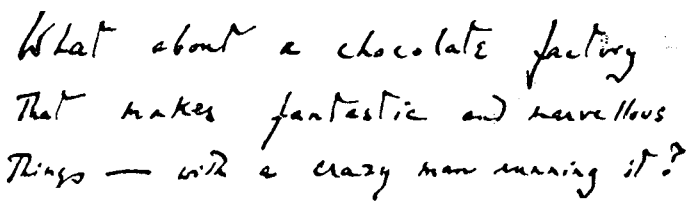
Todas las historias que escribí en aquellos primeros tiempos eran ficticias excepto la primera, es decir, la que escribí para C. S. Forester. Las historias reales, o sea, las que tratan de cosas que han ocurrido realmente, no me interesan. Lo que menos me gusta es escribir sobre mis propias experiencias. Y eso explica por qué esta historia es tan pobre en detalles. Hubiese podido describir fácilmente qué tal resultaba enzarzarse en combate con los cazas alemanes a cuatro mil quinientos metros sobre el Partenón de Atenas, o la emoción de dar caza a un «Junkers 88» entre los picos de las montañas del norte de Grecia, pero no quiero hacerlo. Para mí el placer de escribir nace de inventar historias. Aparte de la historia para Forester, creo que en toda mi vida sólo he escrito otra historia verídica. Y si la escribí fue sólo porque el asunto resultaba tan cautivador que no pude resistirme. La historia se titula «El tesoro de Mildenhall» y se incluye en el presente libro.

De modo que ya lo saben. Así me hice escritor. De no haber tenido la suerte de conocer a míster Forester, probablemente nunca habría ocurrido.

Ahora, transcurridos más de treinta años, sigo afanándome en ello. Para mí lo más difícil e importante de escribir historias inventadas consiste en encontrar el argumento. Los argumentos buenos y originales son difíciles de encontrar. Nunca sabes cuándo una idea preciosa aparecerá súbitamente en tu cerebro, pero, ¡caramba!, cuando se presenta, la coges con las dos manos y no la sueltas por nada del mundo. El truco consiste en escribirla inmediatamente, de lo contrario se te olvidará. Un buen argumento es como un sueño. Si no escribes tu sueño al despertar, lo más probable es que lo olvides y nunca vuelvas a recordarlo.

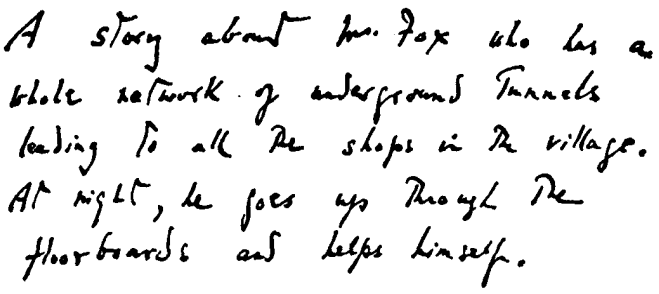
Así que cuando una idea para una historia penetra en mi mente, voy corriendo a buscar un lápiz normal, o un lápiz de color, o una barrita de carmín, cualquier cosa que escriba, y anoto unas cuantas palabras que más tarde me recuerden la idea. Con frecuencia basta una sola palabra. Una vez iba solo en coche por una carretera rural y se me ocurrió la idea de una historia sobre alguien que se quedaba atascado en un ascensor entre dos pisos de una casa vacía. En el coche no tenía nada con que escribir. Así que paré el motor y me apeé. La parte posterior del coche estaba cubierta de polvo. Con un dedo escribí en el polvo una sola palabra: ASCENSOR. Con eso hubo suficiente. En cuanto llegué a casa me fui directamente a mi estudio y escribí la idea en una vieja libreta escolar de tapas rojas que lleva sólo el título de «Relatos».

Tengo esa libreta desde que hice los primeros intentos de escribir en serio. La libreta tiene noventa y ocho páginas. Las he contado. Y casi todas ellas aparecen llenas por ambas caras, llenas de esas ideas para una historia. Muchas de ellas no sirven. Pero prácticamente todas las historias y cuentos infantiles que he escrito empezaron en forma de nota de tres o cuatro líneas en ese volumen pequeño y gastado de tapas rojas. Por ejemplo:



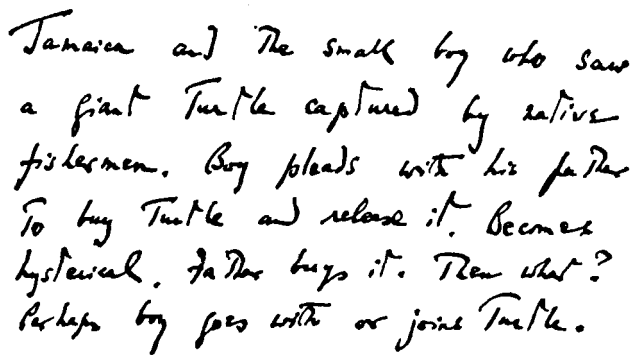
[¿Qué tal una fábrica de chocolate que hace cosas fantásticas y maravillosas... dirigida por un loco?]

Esto se convirtió en *Charlie y la fábrica de chocolate.*



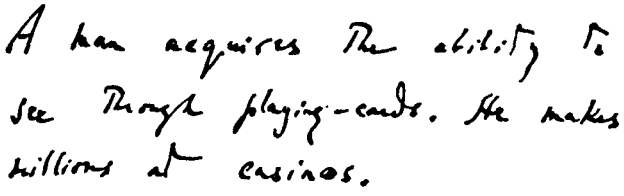
[Una historia sobre el señor Zorro, que tiene una completa red de túneles bajo tierra que conducen a todas las tiendas del pueblo. De noche sale de entre las tablas del suelo y se sirve de lo que le apetece.]

El fantástico señor Zorro.



[Jamaica y el chico que vio una tortuga gigantesca capturada por pescadores nativos. El chico ruega a su padre que compre la tortuga y la suelte. Se pone histérico. El padre la compra. Luego, ¿qué? Quizás el chico se va con la tortuga o se reúne con ella después.]

El chico que hablaba con los animales.



[Un hombre adquiere la habilidad de ver a través de los naipes. Gana millones en los casinos.]

Esto se convirtió en *Henry Sugar.*

A veces estas notas garrapateadas aprisa y corriendo se quedan sin utilizar en la libreta durante cinco e incluso diez años. Pero las que son prometedoras siempre acaban por ser utilizadas. Y si no demuestran nada más, creo que sí indican qué delgados son los hilos con que en última instancia se tejen los cuentos infantiles o las narraciones cortas. La historia crece y se ensancha a medida que la escribes. Las mejores partes de la misma se te ocurren ante el escritorio. Pero ni siquiera puedes empezar a escribir esa historia a menos que tengas los principios de un argumento. Sin mi libretita, me vería

totalmente desamparado.

PAN COMIDO
MI PRIMERA HISTORIA - 1942

No recuerdo muchas cosas; al menos no de antemano; no hasta que sucedió.

Hubo el aterrizaje en Fouka, donde los muchachos de los «Blenheim» nos ayudaron y nos dieron té mientras nos reaprovisionaban de combustible. Me acuerdo de lo silenciosos que eran los muchachos de los «Blenheim», de cómo entraron en la tienda-comedor en busca de un poco de té y se sentaron a beberlo sin decir nada; de cómo se levantaron y salieron cuando terminaron de beber y todo ello todavía sin decir nada. Y sabía que cada uno de ellos se esforzaba por mantener la serenidad porque las cosas no iban demasiado bien en aquellos momentos. Tenían que salir con demasiada frecuencia y no se esperaban refuerzos.

Les dimos las gracias por el té y salimos a ver si ya habían reaprovisionado de combustible nuestros «Gladiators». Recuerdo que soplaba el viento y que la manga de viento estaba completamente horizontal, como un poste indicador, y que la arena volaba alrededor de nuestras piernas y emitía una especie de crujido al chocar contra las tiendas y que éstas aleteaban a causa del viento de manera que parecían hombres de lona batiendo palmas.

-Los chicos de los bombarderos se sienten desgraciados -dijo Peter.

-Desgraciados, no -contesté.

-Bueno, pues hartos.

-No. Es sólo que están agotados. Pero seguirán. Puedes ver que tratan de seguir.

Nuestros dos viejos «Gladiators» se encontraban aparcados el uno al lado del otro sobre la arena y los soldados de aviación, vestidos con sus camisas y sus pantalones cortos de color caqui, parecían ocupados aún en reaprovisionarlos de combustible. Yo llevaba un traje de aviador, de algodón blanco y ligero, y Peter llevaba uno azul. No era necesario volar vistiendo ropa de más abrigo.

-¿Cae muy lejos? -dijo Peter.

-A unos treinta y tres kilómetros de Charing Cross -contesté-. En el lado derecho de la carretera.

Charing Cross era el punto de la carretera del desierto donde ésta se desviaba hacia el norte hasta llegar a Mersah Matruh. El ejército italiano se encontraba en Mersah y las cosas le iban bastante bien. Que yo sepa, fue prácticamente la única vez que a los italianos les ha ido bastante bien. Su moral sube y baja como un altímetro sensible y justo en aquel momento señalaba doce mil porque el Eje se encontraba sentado en la cúspide del mundo. Nos quedamos por allí esperando que terminase el reaprovisionamiento.

-Es pan comido -dijo Peter.

-Sí. Debería resultarnos fácil.

Nos separamos y yo subí a la cabina de mi aparato. Siempre he recordado la cara del soldado de aviación que me ayudó a sujetarme el cinturón de seguridad y demás. Era algo mayor, alrededor de los cuarenta años, y completamente calvo a excepción de un poco de pelo rubio en la parte posterior de la cabeza. Su cara estaba llena de arrugas, sus ojos eran iguales que los de mi abuela y parecía como si se hubiese pasado la vida entera ayudando a pilotos que jamás regresarían. Mientras me ayudaba a instalarme, subido a una de las alas del aeroplano, me dijo:

-Tenga cuidado. Es una insensatez no tener cuidado.

-Es pan comido -dije.

-Ni hablar.

-De veras. No es nada de nada. Es pan comido.

No recuerdo muy bien lo que ocurrió a continuación; sólo me acuerdo de lo que sucedió más tarde. Supongo que despegamos de Fouka y volamos hacia el oeste, en dirección a Mersah, y supongo que volaríamos a unos doscientos cuarenta metros. Supongo que veríamos el mar a estribor y supongo, mejor dicho, estoy seguro de que era azul y resultaba hermoso, especialmente cuando rompía sobre la arena y formaba una línea ancha y blanca que se extendía por el este y el oeste hasta donde llegaba la vista. Supongo que sobrevolamos Charing Cross y que seguimos volando treinta y tres kilómetros más allá, hacia donde decían que estaría, pero no lo sé seguro. Sólo sé que hubo problemas, montones de problemas, y sé que ya habíamos dado la vuelta y nos encontrábamos de regreso cuando los problemas empeoraron. El mayor de todos los problemas era que volaba demasiado bajo para lanzarme en paracaídas y es a partir de ese punto donde mi memoria vuelve a mí. Recuerdo que el morro del aeroplano se inclinó hacia abajo y que yo lo seguí con la vista hacia el suelo y vi unos arbustos que crecían aislados de cualquier otra clase de vegetación. Recuerdo que vi algunas rocas en la arena al lado de los arbustos, y los arbustos y la arena y las rocas saltaron del suelo hacia mí. Eso lo recuerdo muy claramente.

Luego la memoria me falló durante unos momentos. Puede que fuese un segundo o puede que fueran treinta; no lo sé. Tengo idea de que fue muy breve, tal vez un segundo, y que seguidamente oí un ruido a mi derecha al incendiarse el depósito del ala de estribor, luego otro ruido a la izquierda cuando el depósito de babor imitó a su compañero. No le di importancia y durante un rato seguí sentado tan cómodamente, aunque sintiéndome algo soñoliento. No podía ver con los ojos, pero tampoco a eso le di importancia. No había motivo para preocuparse. Nada en absoluto. No hasta que sentí calor en torno a mis piernas. Al principio fue sólo un poco de calor y no me pareció importante tampoco, pero de pronto el calor se hizo más intenso, se convirtió en un calor abrasador que subía y bajaba por los costados de las dos piernas.

Sabía que el calor resultaba desagradable, pero eso era lo único que sabía. No me gustaba, de modo que encogí las piernas bajo el asiento y esperé. Me parece que algo funcionaba mal en el sistema de telégrafo entre el cuerpo y el cerebro. No parecía funcionar muy bien. Por alguna razón se retrasaba un poco en informar al cerebro de lo que ocurría y pedirle instrucciones. Pero creo que al final un mensaje consiguió llegar a su destino y decir: «Aquí abajo se nota mucho calor. ¿Qué debemos hacer? (Firmado) Pierna Izquierda y Pierna Derecha.» Durante un largo rato no hubo contestación. El cerebro intentaba explicarse el asunto. Luego, lentamente, palabra por palabra, la respuesta fue transmitida por los hilos. «El - avión - está - ardiendo. Saltad - repito -

saltad - saltad.» La orden fue retransmitida a todo el sistema, a todos los músculos de las piernas, brazos y cuerpo, y los músculos se pusieron a trabajar. Hicieron cuanto pudieron; empujaron y tiraron un poquito y se esforzaron en gran manera, pero no sirvió de nada. Otro telegrama partió hacia arriba: «No podemos saltar. Algo nos retiene.» La respuesta a esto tardó aún más en llegar, así que me quedé sentado, esperando que llegase mientras el calor crecía a cada momento. Algo me tenía aprisionado y del cerebro dependía averiguar de qué se trataba. ¿Eran manos de gigante que me apretaban los hombros, o peñascos enormes o casas o apisonadoras o archivadores o la gravedad o eran sogas? Aguarda un minuto. Sogas - sogas. El mensaje empezaba a llegar. Llegaba muy despacio. «Las - correas. Desatad - las - correas.» Mis brazos recibieron el mensaje y se pusieron a trabajar. Tiraron de las correas, pero éstas no querían aflojarse. Tiraron una vez y otra, un poco débilmente, pero con toda la fuerza de que eran capaces. Y no consiguieron nada. De nuevo salió un mensaje: «¿Cómo aflojamos las correas?»

Esta vez, creo, esperé la contestación durante tres o cuatro minutos. De nada servía darse prisa o impacientarse. Esa era la única cosa de la que estaba seguro. Pero cuánto tiempo tardaba todo. En voz alta dije: «Mierda. Voy a abrasarme. Voy a...», pero fui interrumpido. La respuesta empezaba a recibirse... no, no empezaba... sí, sí empezaba, poco a poco iba recibiéndose. «Quita - el - pasador - de - seguridad - so- imbécil - y date - prisa.»

Quité el pasador y las correas se aflojaron. Ahora, saltemos. Saltemos, saltemos. Pero no podía saltar. Sencillamente no podía levantarme y salir de la cabina. Los brazos y las piernas hicieron todo lo posible, pero fue inútil. Un último y desesperado mensaje salió corriendo hacia arriba, esta vez con la señal de «Urgente».

«Algo más nos tiene retenidas», decía. «Algo más, algo más, algo pesado.»

Y, con todo, los brazos y las piernas no luchaban. Parecían saber instintivamente que era inútil consumir sus energías. Se quedaron quietos, esperando la respuesta y, caramba, cuánto tardó. Veinte, treinta, cuarenta segundos de calor. Todavía no era un calor blanco ni se advertía olor a carne quemada, pero empezaría a notarse en cualquier momento, ya que aquellos viejos «Gladiators» no estaban construidos de acero reforzado como un «Hurricane» o un «Spit». Tienen alas de lona muy tensa, cubierta con un barniz magníficamente inflamable, y en la parte inferior hay centenares de palitos, como los que colocas debajo de los leños para encender la chimenea, sólo que los del «Gladiator» son más secos y más delgados. Si algún hombre listo dijera «Voy a construir una cosa grande que arda mejor y más aprisa que cualquier otra cosa del mundo» y si se aplicase diligentemente a la tarea, lo más probable es que acabara construyendo algo muy parecido a un «Gladiator». Seguí esperando.

De pronto, la respuesta, hermosa en su brevedad, pero al mismo tiempo explicándolo todo: «Tú - paracaídas - desabrocha - la hebilla.»

Desabroché la hebilla, solté el arnés del paracaídas y con cierto esfuerzo me levanté y salté por un costado de la cabina. Algo parecía estar ardiendo, de modo que me revolqué sobre la arena, luego me alejé a gatas del fuego y me eché cuan largo era.

Oí que parte de las municiones de mi ametralladora estallaba entre las llamas y que algunas balas se enterraban en la arena cerca de mí. No me preocuparon; solamente las oí.

Las cosas empezaban a doler. La cara era lo que más me dolía. Algo no andaba bien en mi cara. Algo le había pasado. Lentamente levanté una mano para palpármela. Estaba pegajosa. Mi nariz no parecía estar allí. Intenté tocarme los dientes, pero no recuerdo si

llegué a alguna conclusión sobre ellos. Creo que me quedé dormido.

De repente apareció Peter. Oí su voz y le oí bailar a mi alrededor y gritar como un loco y estrecharme la mano y decir:

-¡Jesús! Creí que te habías quedado ahí dentro. He aterrizado a cosa de medio kilómetro de aquí y he venido corriendo a más no poder. ¿Estás bien?

-Peter -dije-, ¿qué le ha pasado a mi nariz?

Oí que encendía una cerilla en la oscuridad. La noche llega rápidamente en el desierto. Hubo una pausa.

-La verdad es que no parece estar en su sitio -dijo-. ¿Te duele?

-No seas idiota: ¡claro que me duele!

Dijo que iría a su avión a coger un poco de morfina del botiquín, pero volvió al cabo de unos instantes diciendo que no podía localizar su aparato en la oscuridad.

-Peter -dije-. No puedo ver nada.

-Es de noche -contestó-. Tampoco yo puedo ver.

Hacía frío. Hacía mucho frío y Peter se tendió muy cerca de mí para darnos un poco de calor mutuamente.

-Nunca he visto un hombre sin nariz -decía de vez en cuando.

Yo seguía echando mucha sangre y cada vez que lo hacía Peter encendía una cerilla. Una vez me dio un cigarrillo, pero se me mojó y, de todos modos, no lo quería.

No sé cuánto tiempo estuvimos allí y solamente recuerdo unas cuantas cosas más, muy pocas. Recuerdo que una y otra vez le dije a Peter que en mi bolsillo había una cajita de pastillas para la garganta irritada y que debía tomar una, ya que, de no hacerlo, se le contagiaría mi irritación de garganta. Recuerdo que le pregunté dónde estábamos y que él dijo:

-Estamos entre los dos ejércitos.

Y luego recuerdo voces inglesas de una patrulla inglesa preguntándonos si éramos italianos. Peter les dijo algo; no recuerdo qué les dijo.

Más tarde recuerdo una sopa espesa y caliente y que una cucharada me hizo vomitar. Y durante todo el rato la agradable sensación de que Peter estaba allí, mostrándose maravilloso, haciendo cosas maravillosas y sin alejarse un solo momento. Eso es todo lo que puedo recordar.

Los hombres estaban de pie junto al aeroplano, pintando y hablando del calor.

-Pintando dibujos en el aparato -dije.

-Sí -confirmó Peter-. Es una gran idea. Es sutil.

-¿Por qué? -pregunté-. A ver, dime por qué.

-Son dibujos graciosos -dijo-. Los pilotos alemanes se reirán al verlos; les dará tal ataque de risa que no podrán hacer blanco.

-Oh, tonterías, tonterías, tonterías.

-No, es una gran idea. Es magnífica. Ven a echar un vistazo.

Echamos a correr hacia la línea de aviones.

-Triple salto, uno, dos, tres -dijo Peter-. Uno, dos y tres. No pierdas el compás.

-Uno, dos y tres -dije-. Uno, dos y tres.

Y seguimos bailando hacia los aeroplanos.

El hombre que pintaba el primer aparato se cubría con un sombrero de paja y tenía la cara triste. Copiaba el dibujo de una revista y, al verlo, Peter dijo:

-Muchacho, mira ese dibujo, muchacho.

Y se echó a reír. Su risa empezaba como un rumor sordo e iba en aumento hasta convertirse en una sonora carcajada mientras él se golpeaba ambos muslos con las manos y seguía riendo con el cuerpo doblado hacia adelante y la boca muy abierta y los ojos cerrados. La chistera de seda se le cayó de la cabeza y fue a parar a la arena.

-No tiene gracia -dije.

-¡Que no tiene gracia! -exclamó-. ¿Qué quieres decir con eso de que «no tiene gracia»? Mírame. Mira cómo me río. Riéndome así no haría blanco en nada. No acertaría a un carro de paja ni a una casa ni a un piojo.

Y siguió haciendo cabriolas en la arena, emitiendo ruidos guturales y partiéndose de risa. Luego me cogió del brazo y nos acercamos bailando al siguiente aeroplano.

-Uno, dos y tres -dijo-. Uno, dos y tres.

Un hombre pequeño, de cara arrugada, escribía una larga historia en el fuselaje utilizando un lápiz rojo. Llevaba el sombrero de paja muy echado hacia atrás y la cara le relucía de sudor.

-Buenos días -dijo-. Buenos días, buenos días.

Y se quitó el sombrero de la cabeza con un gesto muy elegante.

-Cierra el pico -dijo Peter, agachándose para leer lo que el hombre había escrito. Peter no había dejado de reírse un solo momento, aunque con menos fuerza que antes, pero, al empezar a leer, su risa volvió a ir en aumento. Se tambaleó de un lado a otro, bailoteando sobre la arena, dándose palmadas en los muslos y doblando el cuerpo-. ¡Madre mía! ¡Qué historia, qué historia, qué historia! Mírame. Mira cómo me río.

Y se puso a bailar de puntillas, sacudiendo la cabeza y riéndose como un loco. De pronto capté la gracia del asunto y empecé a reír con él. Me reí tanto que el estómago empezó a dolerme y caí al suelo y me revolqué en la arena y solté una y otra carcajada porque la cosa era tan graciosa que no podía hacer nada más.

-¡Peter, eres maravilloso! -grité-. Pero, ¿todos los pilotos alemanes entienden el inglés?

-¡Diablos! -dijo-. ¡Diablos! ¡Dejadlo! -gritó-. ¡Dejad vuestro trabajo!

Y todos los pintores dejaron de pintar y se volvieron lentamente hacia Peter. Hicieron una leve cabriola y empezaron a cantar al unísono:

-Tonterías... en todas las alas, en todas las alas, en todas las alas -cantaron.

-Cerrad el pico -dijo Peter-. Estamos en un brete. Debemos conservar la calma ¿Dónde está mi chistera?

-¿Qué? -pregunté.

-Tú hablas alemán -dijo-. Debes traducírnoslo. ¡El os lo traducirá! -gritó a los pintores-. El traducirá.

Entonces vi su chistera negra tirada en la arena. Miré hacia otro lado, después volví a mirar y la vi de nuevo. Era una chistera de seda y yacía de costado sobre la arena.

-¡Estás loco! -grité-. ¡Estás como una cabra! ¡No sabes lo que haces! ¡Harás que nos maten a todos! Estás loco de remate, ¿lo sabías? ¡Loco de remate! ¡Dios mío, qué loco está!

-¡Válgame el cielo! ¡Cuánto ruido arma! No debe gritar así; no le hace ningún bien -esta voz era de mujer-. ¡Mire cómo se ha acalorado! -dijo la mujer y sentí que alguien me secaba la frente con un pañuelo-. No debe alterarse de este modo.

Luego se marchó y sólo vi el cielo, que era azul pálido. No había nubes y por todas partes se veían cazas alemanes. Estaban arriba, abajo, por todos los lados y yo no podía ir a ninguna parte; no podía hacer nada. Se turnaban para atacar y pilotaban sus aviones descuidadamente, ladeándose, dibujando rizos y danzando en el aire. Pero no me sentía asustado, debido a los dibujos graciosos que llevaba en las alas. Me sentía confiado y pensé:

-Voy a enfrentarme con un centenar de ellos yo solo y los derribaré a todos. Los derribaré mientras ríen; eso es lo que voy a hacer.

Luego se acercaron más. El cielo entero estaba lleno de ellos. Había tantos que no sabía a cuáles debía vigilar y a cuáles tenía que atacar. Había tantos, que formaban una cortina negra en el cielo y sólo aquí y allá podía ver un poco de azul asomando entre ellos. Pero había suficiente para remendar los pantalones de un holandés, que era lo único que importaba. Mientras hubiera suficiente para hacer eso, entonces todo iba bien.

Seguían aproximándose. Cada vez llegaban más cerca, hasta delante mismo de mi cara, de modo que veía solamente las cruces negras que resaltaban claramente sobre el color de los Messerschmitts y sobre el azul del cielo; y, al volver la cabeza rápidamente de un lado a otro, vi más aviones y más cruces y luego no vi más que los brazos de las cruces y el azul del cielo. Los brazos tenían manos y se unían unos con otros y describían un círculo y bailaban alrededor de mi «Gladiator» mientras los motores de los Messerschmitts cantaban gozosamente con voz grave. Jugaban a naranjas y limones y de vez en cuando dos se separaban y se dirigían hacia el centro de la pista y lanzaban un ataque y entonces yo sabía que jugaban a naranjas y limones. Se ladeaban y zigzagueaban y bailaban de puntillas y se inclinaban contra el aire, primero de un lado, luego del otro.

-Naranjas y limones, decían las campanas de Saint Clement's -cantaban los motores.

Pero yo seguía confiando. Podía bailar mejor que ellos y mi pareja era mejor. Era la chica más bella del mundo. Miré hacia abajo y vi la curva de su cuello y la suave inclinación de sus hombros pálidos y vi sus brazos esbeltos, ansiosos y extendidos.

Súbitamente vi unos cuantos agujeros de bala en mi ala de estribor y me enfadé y asusté al mismo tiempo; pero sobre todo me enfadé. Luego me sentí confiado y dije:

-El alemán que ha hecho eso no tiene sentido del humor. En las fiestas siempre hay un hombre sin sentido del humor. Pero no hay nada de qué preocuparse; no hay absolutamente nada de qué preocuparse.

Entonces vi más agujeros de bala y me asusté. Eché hacia atrás la capota de la cabina, me levanté y me puse a gritar.

-¡Imbéciles! ¡Mirad los dibujos divertidos! ¡Mirad el que llevo en la cola! ¡Leed la historia que llevo en el fuselaje! ¡Por favor, leed la historia que llevo en el fuselaje!

Pero siguieron viniendo. Tropezaban e iban a parar al centro de la pista de baile, de dos en dos, gritándome al acercarse. Y los motores de los Messerschmitts cantaban a pleno pulmón.

-¿Cuándo me pagaréis?, decían las campanas del Old Bailey -cantaban los motores y mientras cantaban las cruces negras bailaban y se mecían siguiendo el ritmo de la música.

Había más agujeros en mis alas, en la cubierta del motor y en la cabina.

Luego, de repente, hubo unos cuantos en mi cuerpo.

Pero no sentí dolor, ni siquiera cuando empecé a girar, cuando las alas de mi aeroplano empezaron a dar capirotazos, cada vez más rápidos, cuando el cielo azul y el mar negro se persiguieron mutuamente hasta que al final ya no hubo ni mar ni cielo, sino el resplandor del sol mientras yo daba vueltas. Pero las cruces negras me seguían hacia abajo, sin dejar de bailar, sin soltarse las manos, mientras yo seguía oyendo el canto de sus motores.

-Ahí viene una vela para guiarte hasta la cama, ahí viene un hacha para cortarte la cabeza -cantaban los motores.

Y las alas seguían dando capirotazos y a mi alrededor no había ni cielo ni mar, únicamente el sol.

Luego hubo solamente el mar. Podía verlo debajo de mí y podía ver los caballos blancos y me dije a mí mismo:

-Aquellos son caballos blancos cabalgando sobre un mar embravecido.

Supe entonces que mi cerebro funcionaba bien debido a los caballos blancos y debido al mar. Supe que no había mucho tiempo porque el mar y los caballos blancos estaban más cerca, los caballos blancos eran más grandes y el mar era como un mar y como agua, no como un lugar liso. Luego hubo solamente el caballo blanco, avanzando locamente con el bocado entre los dientes, echando espuma por la boca, esparciendo la espuma del mar con sus cascos y arqueando el cuello mientras corría. Siguió galopando alocadamente sobre el mar, sin jinete e incontrolable, y me di cuenta de que íbamos a estrellarnos.

Después empezó a hacer más calor y desaparecieron las cruces negras y ya no había cielo. Pero era sólo un calor moderado porque no era un calor fuerte ni hacía frío. Me encontraba sentado en una silla grande y roja, hecha de terciopelo, y era de noche. Soplaba el viento desde atrás.

-¿Dónde estoy? -pregunté.

-Has desaparecido. Has desaparecido y se te da por muerto.

-Entonces tengo que decírselo a mi madre.

-No puedes. No puedes utilizar este teléfono.

-¿Por qué no?

-Porque comunica solamente con Dios.

-¿Qué has dicho que era?

-Desaparecido y se te da por muerto.

-Eso no es verdad. Es mentira. Es una mentira asquerosa porque estoy aquí y no he desaparecido. Sólo tratas de asustarme y no lo conseguirás. Te digo que no lo conseguirás, porque sé que es mentira y volveré con mi escuadrilla. No puedes impedírmelo porque simplemente iré. Me voy, ¿lo ves?, me voy.

Me levanté de la silla roja y eché a correr.

-Déjeme ver esas radiografías otra vez, enfermera.

-Aquí las tiene, doctor -era la voz de mujer otra vez y ahora estaba más cerca-. Ha hecho ruido esta noche, ¿no es verdad? Déjeme que le arregle la almohada o la tirará al suelo.

La voz estaba cerca y era muy dulce y agradable.

-¿He desaparecido?

-No, claro que no. Está usted bien.

-Dijeron que había desaparecido.

-No sea tonto; está muy bien.

Oh, todo el mundo es tonto, tonto, tonto, pero era un día precioso y yo no quería correr, pero no podía detenerme. Seguí corriendo por la hierba y no podía detenerme porque mis piernas me llevaban y no podía controlarlas. Era como si no me pertenecieran, aunque cuando miraba hacia abajo veía que eran mías, que los zapatos que cubrían los pies eran míos y que las piernas estaban unidas a mi cuerpo. Pero se negaban a hacer lo que yo quería; simplemente seguían corriendo por el campo y yo tenía que ir con ellas. Corrí y corrí y corrí y, aunque en algunos lugares el campo era abrupto y lleno de baches, nunca tropecé. Pasé corriendo junto a árboles y setos y en un campo había unas cuantas ovejas que dejaron de comer y se dispersaron cuando pasé corriendo junto a ellas. Una vez vi a mi madre con un vestido gris claro, inclinada recogiendo setas y, al pasar corriendo cerca de ella, levantó los ojos y dijo:

-Tengo el cesto casi lleno. ¿Regresamos pronto a casa?

Pero mis piernas no quisieron detenerse y tuve que seguir corriendo.

Entonces vi el acantilado ante mí y vi cuán oscuro estaba más allá del acantilado. Había este gran acantilado y más allá del mismo no había nada más que oscuridad, aunque el sol brillaba en el campo por donde yo corría. La luz del sol se detenía en seco al borde del acantilado y más allá sólo había tinieblas.

«Ahí debe de ser donde empieza la noche», pensé.

Y una vez más traté de detenerme pero no pude. Mis piernas empezaron a correr más aprisa hacia el acantilado y empezaron a dar zancadas más grandes y alargué las manos hacia abajo y traté de detenerlas tirando de la tela de mis pantalones, pero no dio resultado; entonces intenté caerme. Pero mis piernas eran ágiles y cada vez que me arrojaba al suelo aterrizaba sobre la punta de los pies y seguía corriendo.

El acantilado y la oscuridad ya estaban mucho más cerca y me daba cuenta de que, a no ser que me detuviera rápidamente, caería al vacío. Una vez más intenté arrojarme al suelo y una vez más aterricé sobre la punta de los pies y continué corriendo.

Corría velozmente cuando llegué al borde y salté hacia adelante, hundiéndome en las tinieblas, y empecé a caer.

Al principio no estaba oscuro del todo. Podía ver arbolitos creciendo en la cara del acantilado y traté de asirme a ellos mientras caía. Varias veces conseguí agarrarme a una rama, pero ésta siempre se quebraba en seguida debido a mi peso considerable y a la velocidad con que caía, y una vez me cogí a una rama gruesa con ambas manos y el árbol se inclinó hacia adelante y oí el crujido de las raíces una a una hasta que el árbol se desprendió del acantilado y yo seguí cayendo. Entonces se hizo más oscuro porque el sol y el día estaban en los campos lejanos de la cima del acantilado, y mientras caía mantuve los ojos abiertos y observé cómo las tinieblas pasaban de gris negro a negro, de

negro a negro azabache y de negro azabache a pura negrura líquida que yo podía tocar con las manos pero no podía ver. Pero seguía cayendo y estaba tan negro que no había nada en ninguna parte y no servía de nada hacer algo o preocuparse o pensar debido a la negrura y debido a la caída. No servía de nada.

-Está mejor esta mañana. Está mucho mejor -volvía a ser la voz de mujer.

-Hola.

-Hola. Creíamos que no iba a recuperar jamás el conocimiento.

-¿Dónde estoy?

-En Alejandría; en el hospital.

-¿Cuánto tiempo llevo aquí?

-Cuatro días.

-¿Qué hora es?

-Las siete de la mañana.

-¿Por qué no puedo ver?

Oí que se acercaba un poco más.

-Oh, simplemente porque le hemos vendado los ojos por una temporada.

-¿Cuánto tiempo?

-Sólo una temporada. No se preocupe. Está bien. Tuvo mucha suerte, ¿sabe?

Me estaba palpando la cara con los dedos, pero no me la sentía; solamente notaba otra cosa.

-¿Qué le pasa a mi rostro?

Oí que se acercaba al lado de la cama y sentí que apoyaba una mano en mi hombro.

-No debe seguir hablando. No le está permitido hablar. Le perjudica. Estése quieto y no se preocupe. Está usted bien.

Oí el sonido de sus pasos cruzando la habitación; luego oí que abría la puerta y volvía a cerrarla.

-Enfermera -dije-. Enfermera.

Pero se había ido.

F I N